

el contrabandista de pájaros

antonio burgos



se

Lectulandia

Este es un libro de imaginación y fantasía. Una obra sin límites ni personajes reales, cuyas vivencias son pura ilusión. Ni Calendas ni Nonas los lugares donde transcurre tienen nada que ver con algún país real. Ni siquiera con las calendas y las nonas de los meses romanos.

Lectulandia

Antonio Burgos

El contrabandista de pájaros

ePub r1.0

Titivillus 18.10.2017

Título original: *El contrabandista de pájaros*

Antonio Burgos, 1973

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

NOTA

Este es un libro de imaginación y fantasía. Una obra sin límites ni personajes reales, cuyas vivencias son pura ilusión. Ni Calendas ni Nonas tienen nada que ver con algún país real. Ni siquiera con las calendas y las nonas de los meses romanos.

A. B.

*Hombres de España: ni el pasado ha muerto ni está el mañana —ni el ayer
— escrito.*

ANTONIO MACHADO

LIBRO PRIMERO

CALENDA, O LA LIBERTAD

*Y a mí qué me importa que un rey me culpe
si el pueblo es grande y me abona.
Voz del pueblo, voz del cielo,
que no hay más ley que son las obras.*

LETRA ANÓNIMA DEL MIRABRÁS

Paso una y otra vez por aquellas calles, me paro a mirar los muros. Parece imposible que no haya quedado una sola huella. En más de una ocasión me he sacado una moneda del bolsillo y he rascado con ella en la cal. Pero no he encontrado señal alguna. Solamente salía otra capa de pintura, quizá más blanca todavía.

Muchas veces le he preguntado a las mujeres que estaban sentadas a las puertas, en sus sillitas bajas, en los atardeceres de verano:

—¿Dónde llegó la sangre en esta calle?

Y me señalaban el rodapié de los balcones, o los azulejos que, sobre las casapuertas, marcaban el número de cada finca. Una tarde que estaba haciendo mi pregunta de siempre en aquella calle, una niña me tomó de la mano:

—Entre usted, señor. Yo no lo vi, pero tantas veces me lo han contado que hasta tengo recuerdos de entonces. La sangre llegó hasta este cuadro. Bueno, hasta donde estaría el cuadro que había aquí, si no lo hubieran quemado.

El cuadro que había ahora tenía una figura con un resplandor sobre la cabeza y un manto azul y blanco ocultándole las caderas y los pies.

En esto a la habitación donde habíamos entrado llegó una vieja, que tapó la boca a la niña:

—Vete a la calle a jugar y no andes contándole historias a este señor. Mire usted, se lo voy a decir yo. Aquí la sangre llegó mucho más alta de lo que dice la niña. Todo este barrio quedó sepultado. La riada empezó cuando por la esquina venían unos muchachos con pañuelos al cuello, gritando, y cantando himnos. Nada más entrar en la calle, los cogió a los pobrecitos la marea. Y después la sangre siguió subiendo, subiendo, subiendo, hasta tapar las cómodas, los roperos, las bombillas, los contadores de la luz del zaguán, las macetas de la baranda de la azotea, los corredores del piso alto. Los que en aquellos días pasaban en aeroplano cuentan que nada de esto se veía, que todo era como un lago, una mancha roja. Es pena que no queden hombres para contarlo. Pero no se tome usted más trabajo de rascar con una moneda por las paredes. Ni de rascar con una moneda las paredes ni de preguntarle a las niñas. Para eso lo mejor es que se vaya usted por los caminos y que hable con la gente, y deje de inquietarnos a nosotros, que ya tenemos bastante con la que tenemos. Mejor que rascar las paredes, que nada sacará sino ponerse perdido de caliches y echarse a perder ese traje negro tan serio y tan respetable que lleva usted, será que hable con unos y con otros. Como no sea así, nunca sabrá dónde llegó la sangre.

De modo que me encaminé hacia la orilla del río, donde paran los autobuses que van fuera. Me acerqué a un quiosco donde creía que vendían los billetes, mirando el poco dinero que llevaba encima:

—Uno para Calenda.

—No, aquí lo que damos son números para la cola —me dijo el hombre que estaba dentro de aquel confesionario civil, maderas pintadas de verde que permitían adivinarlo dentro con calor y sueño.

—Pero yo lo que quiero es ir a Calenda —le insistí.

—Sí, si no le digo que no. Yo le doy un número, se pone usted en la cola, y cuando llegue el autobús, se sube, si es que le toca. Y si no, espera usted a que venga otro. No tardan.

—Pues deme usted un número, qué le vamos a hacer.

Me entregó entonces una cartulina color rosa, que tenía impreso el número 12. Como en la ancha acera había varias colas, cada una de ellas partiendo de la cabeza metálica de un poste con una cartela que tenía pintada una raya con muchos puntos y letras, me dirigí a una mujer que estaba en una de ellas:

—¿Esta es la cola para el autobús de Calenda?

—No, ésta es...

Un guardia que se acercó al vernos hablar no la dejó que continuara explicándome dónde me tenía que poner. Sacando del bolsillo de culera unas esposas, se las puso con un gesto automático, al tiempo que las cerraba, y con un gesto llamó a un compañero que estaba allí cerca:

—Toma, a ésta la llevas al coche, por hablar demasiado.

La mujer no salía de su asombro:

—Pero mire usted, señor agente, si yo lo que iba era a decirle a este señor...

—Y a explicará usted eso en comisaría —y seguía insistiéndole al otro guardia, que parecía que mandaba menos que él—, venga, venga, al coche, al coche...

Después, metiéndome las manos por la cara, empezó conmigo:

—¿No sabe usted que está prohibido?

—No, señor, no lo sabía.

—¡Usted a callar, y cuando le pregunte hable!

—Pero es que me estaba usted preguntando...

—Que le he dicho que a callar, o si no va usted también al furgón.

—No, señor, lo que usted diga.

—A ver, la documentación.

Se la enseñé. Menos mal que la tenía en regla. Porque estuvo un buen rato viéndola. Lo leyó todo. Después, cogió la parte de la fotografía y me la puso a la altura de la oreja izquierda, a ver si nos parecíamos yo y aquel señor con los ojos engurruñados por el fotomatón. Cuando hubo rezongado lo que tenía que rezongar y emitido tres o cuatro palabras inarticuladas, se volvió a acordar de mí; ya me había hecho una demostración práctica de la satisfacción que tenía en ejercer el oficio que

le habían encomendado:

—Conque preguntando, ¿eh?

—No, señor, yo lo que quería era saber...

—Que le he dicho que usted se calla hasta que yo le pregunte. A ver, ¿qué es lo que hacía usted con esa señora?

—Pues preguntarle cuál era la cola del autobús de Calenda.

—¿Cómo, preguntando y sin tener número de orden?

—Sí, señor, aquí lo tengo; mire usted, el 12.

Y le enseñé la cartulina de color rosa que me habían dado en el quiosco. Para qué se la enseñé. El hombre se puso más furioso todavía:

—¿Qué, con que encima queriendo guasearse conmigo?

—No, señor, no es ésa mi intención precisamente. Yo lo único que quiero saber es qué autobús...

—No, si se ve que lo que quiere usted es dormir esta noche en comisaría.

—¿Querer yo dormir en comisaría?

—Sí, usted. ¿No le he dicho ya cien veces que usted sólo tiene que hablar cuando yo le pregunte?

Decidí callarme, mientras el guardia seguía examinando, con mayor morosidad aún que mi documentación, la cartulina que me habían dado en el quiosco verde. Hasta que, por fin, quizá viendo con la sorpresa que yo contemplaba todo aquello, se mostró generoso:

—Tiene usted suerte, porque me ha cogido de buenas y se ve que es usted un pobre hombre, un despistado. Pero ¿a quién se le ocurre? Bueno, dele usted gracias a Dios de que se va a escapar sin multa. Pero ¿usted no sabe que para preguntar en qué cola hay que ponerse hay que ir a aquel otro quiosco, al que está pintado de azul?; ¿usted no sabe que en este país está terminantemente prohibido entablar conversación con nadie?

—¿Ni con los que están en la cola?

—Con nadie. Ni con los que están en la cola.

—Pero si yo no quería entablar conversación, si yo sólo quería...

—Que le he dicho que no me responda... Lástima, lástima me da usted, por eso no lo multo. Tome, hombre —y me devolvió la cartulina con el número 12—, se ve que no conoce el reglamento. Aunque el desconocimiento de la ley no exime de su cumplimiento. Pero me ha caído usted en gracia, con esa planta de pobre hombre.

Como ya me había demostrado suficientemente que él era él y que yo era yo, por si todavía me quedaba alguna duda, comenzó impensadamente a representar el papel contrario. Cuando ya me veía en el furgón, tras ser esposado en una décima de segundo, el hombre empezó a sonreír, sacó un paquete de tabaco y encendió un cigarro. Echándome a la cara el humo de la primera chupada, me dijo:

—¿Qué, de pueblo, no?

—¿Quién?

—Pues, ¿quién va a ser? Usted.

—No, señor, yo soy de capital, pero de fuera.

—¿De capital y no sabe usted que las preguntas sobre la cola en que ha de ponerse uno para coger un autobús han de hacerse en el quiosco azul?

—Perdone usted que se lo diga, pero no, no lo sabía. No suelo venir a esta parada, y menos a esta ciudad.

—Pues ya lo sabe. Al quiosco azul a preguntarlo, y dele usted gracias a Dios, le digo otra vez, de que me ha cogido en el cuarto de hora bueno.

—Sí, señor —fue lo único que me atreví a decir, porque todavía no se me había pasado el miedo y vi que no las tenía todas conmigo.

—Que le he dicho que no me responda sin que yo le pregunte... Ande, vaya, vaya...

Más apesadumbrado estaba por el escándalo que pudiera haber dado que por la ridiculez que me había hecho vivir mi forastera inexperiencia. Pero no era así. Debía ser algo que ocurría todos los días, algo tan habitual como para que cuantos estaban en las colas esperando sus autobuses no le dieran la menor importancia. De modo que solamente sentí vergüenza de mi atrevida ignorancia. Si todos estaban tan callados y tan conformes, y seguían leyendo crónicas de partidos de fútbol en los periódicos que tenían extendidos para aliviar la espera, ¿no era yo culpable de que se hubieran llevado tan de mala manera a aquella pobre mujer al furgón celular? Pensé por un instante preguntar a alguien si la conocía, para llamar por teléfono a sus familiares y decirles que no se extrañaran si llegaba un poco más tarde a casa... Pero ¿a quién se lo iba a preguntar? Me exponía a que otra pobre persona fuera engrillada por los guardias sin tener culpa de nada; incluso a que yo mismo fuera llevado a empellones a aquella camioneta oscura que esperaba en la esquina de la calle, sin cola alguna de gentes que subirse a ella pero —tal como estaba viendo— con frecuentes viajeros forzados.

Así que me dejé de cavilaciones y me dirigí al quiosco azul a preguntar en qué cola debía ponerme para esperar el autobús de Calenda.

Dentro había un hombre casi exactamente igual al que estaba en el quiosco verde. Pensaba preguntarle si era el mismo, que doblara el trabajo: daba igual sensación de calor y sudor al otro lado de la ventanilla, dentro de la misma oscuridad. Pero desistí de preguntarlo. Dados los riesgos y peligros que encerraban en aquella ciudad las preguntas más inocentes, me fui por derecho:

—Por favor, ¿la cola para el autobús de Calenda?

—La tercera.

—¿Le importaría decirme qué he de hacer después de ponerme en la cola? —me atreví, con todo, a preguntar.

—¿Tiene usted la tarjeta rosa?

—Sí —y le enseñé la del número 12.

—Muy bien; pues rellene usted este formulario, y se le enviará a su casa por correo un folleto con las instrucciones.

Escarmentado ya en carne ajena, me limité a rellenar el formulario, con un bolígrafo amarrado a una cadena que el hombre me extendió desde la ventanilla. Procuré mentir lo menos posible. Pero al llegar al casillero de «domicilio», para evitar nuevas preguntas y nuevos riesgos, puse lo primero que se me ocurrió. En realidad, domicilio no tenía, ni fijo ni ocasional. Como estaba cayendo la tarde, y desde el río venía una brisa como de mar, y después del incidente con el guardia estaba feliz de ser libre, y de sentir el viento dándome en la cara, mentí bellamente. Y puse: «Domicilio: Calle del Aire, 3».

Devolví el formulario cuando lo tenía relleno, después de firmarlo.

—Descuide usted —me dijo el hombre de la ventanilla al recogerlo—, que recibirá a domicilio un folleto de instrucciones a todo color, gentileza de la empresa. Ya sabe, para Calenda, la tercera cola.

Era la misma donde estaba aquella mujer que ahora cualquiera sabe dónde andará. Su ausencia, sin embargo, no se notaba. Cuatro o cinco personas más estaban esperando en el lugar dejado vacío por ella. Ya no me atreví a preguntar nada. Me limité a esperar. Creo que pasaron por lo menos dos horas hasta que llegó el autobús, en cuyo techo destacaba una enorme antena de televisión. Lentamente, la cola comenzó a desaparecer, conforme los viajeros iban subiendo. Dentro, un señor exactamente igual a los de los quioscos iba recogiendo las cartulinas rosas. Todo transcurría con lentitud y normalidad hasta que a una voz del hombre de uniforme se presentó otra vez el mismo guardia que había intentado detenerme:

—A éste —le gritaba el hombre de uniforme desde dentro del autobús—, a éste, que ha querido colarse.

Desde lejos, ya que había por delante lo menos quince personas, pude ver cómo el guardia le pedía a aquel hombre su cartulina rosa y cómo inmediatamente le colocaba los grilletes en las muñecas. Cuando pasaron junto a mí, camino del furgón aparcado en la esquina, pude oír que el hombre iba diciendo:

—Todo esto me pasa por mala pata, por tener el número trece...

Y el guardia le replicaba:

—Ni mala pata, ni trece, ni nada. Esto le pasa a usted por alterar la convivencia y el orden.

Pero no pude quedarme con más cosas de las que iban diciendo, porque el hombre de uniforme, que desde dentro del autobús seguía organizando la entrada, al instante empezó a cantar el número de mi cartulina:

—¡El doce! ¡El doce! ¿A ver, quién tiene el doce, o pasamos al catorce?

Dando codazos, me adelanté como pude, pues tenía la seguridad de que, en posesión del número mágico, ya no corría peligro alguno de ser acusado como alterador de la convivencia. Fue mi primera experiencia, que después habría de convertirse en muy útil: si todos estaban de acuerdo en lo mismo, la sangre nunca llegaba al río. O si llegaba, lo hacía por subterráneas tuberías, encauzadas a cinco metros bajo la flor de la tierra, de modo que nadie pudiera oír su curso y mucho menos ver teñirse las paredes o contemplar la subida de su nivel por encima de donde pacen las ovejas destinadas a perecer por asfixia por inmersión en las riadas.

Pensando estas cosas estaba cuando me di cuenta que me había acomodado justamente en el asiento marcado con el número 12. Comenzaba a hacer instintivamente lo que estaba dictado por las normas y que nadie me había enseñado y que el guardia me había mostrado en la ancha acera de la parada.

Yo conocía muchos otros países. Me había subido en muchos otros autobuses. Pero en ninguno vi tantos letreros, tantas advertencias:

«Es muy peligroso asomarse al exterior».

«La razón está con nosotros, no discuta».

«Cuidado con los rateros».

«Prohibido hablar con cualquier persona que no sea el conductor».

Cualquiera que lea con los años este memorial podrá figurarse aquel autobús como el más triste de los que cruzan los caminos de la tierra. Pero no era así. Conforme avanzaba por la carretera, iba desatardeciendo, íbamos volviendo al mediodía. Pudiera parecer como un autobús tétrico. Si así ocurre, es que me he expresado mal. Porque aquel autobús que avanzaba contra el discurrir de la tarde se me ofreció como el más alegre del mundo. Hablar, nadie hablaba. Pero todos, como si previamente se hubieran puesto de acuerdo, nada más que abandonamos las últimas casas de la ciudad, cruzamos la frontera y comenzamos a atravesar los campos de olivares, empezaron a cantar. También contrariamente a lo que pudiera pensarse, las canciones no hablaban de miedo, y de muertes, sino de niños rubios, de botellas de vino, de muchachas en amor y de cementerios con salas de baile dedicadas a las familias dolientes.

Había otras canciones muy hábiles, mediante las cuales los que estaban en los últimos asientos podían conversar en cierto modo con los que ocupaban los de la parte delantera. Francamente el diálogo no servía para nada, ya que nada podían comunicarse. Pero así sabían que seguían estando vivos. Iniciar el canto de uno de estos diálogos con música y aumentar la alegría de todos era una y la misma cosa. Los de delante, por ejemplo, empezaban:

*Nos parece que estamos
llegando ya a Calenda...*

Y los de la trasera seguían con el semitonado de los versos:

*Donde hay siete librerías
y tan sólo una tienda.*

Para mí, que entonces venía de un país donde en los autobuses reinaba un silencio sacro, no por disposición legal alguna, sino porque las conversaciones que pueden entablarse con los ocasionales compañeros de viaje suelen ser, aparte de aburridas, tediosas y a veces hasta comprometidas; para mí, decía, que acababa de llegar entonces de un país donde no se suele hablar con los desconocidos (por desconfianza hacia segundas personas, pero no por miedo a los guardias), el hecho de que todos los que fueran en el autobús cantasen tan desaforadamente era un espectáculo gratuito e insólito. Y para que no me miraran con malos ojos al verme espectador, me convertí también en protagonista. Como podía, seguía el canto, adivinando el final de los versos, lo cual no era nada difícil, dada la escasa calidad de las rimas populares de aquel país.

Frente a la ciudad, la llegada a Calenda me sorprendió por la ausencia de guardias por las calles. Y por lo habladoras que las gentes eran. Nada más bajarnos del autobús, todos comenzaron a dirigirse a mí:

—¿Qué, a ver a algún familiar?

—¿Qué, de turismo?

—¿Qué, a beber nuestra agua, que es la mejor del mundo?

—¿Qué, a descansar bajo este sol y con este aire, el más sano de todo el mundo?

Me acosaron a preguntas. Viendo que todos se acercaban a mí y me hablaban con tal insistencia, subiéndome sobre una maleta que se le había caído a alguien en el tumulto, comencé a hacerlo yo, ya que vi que era ésta la única forma de no ser fusilado a preguntas:

—Un momento —les dije—, responderé a todo lo que ustedes me pregunten si antes me explican unas cuantas cosas...

—Aquí se responde a todo lo que usted quiera, que para eso estamos en Calenda —gritó un hombre, al que no pude distinguir siquiera, entre la risotada general que rubricó sus palabras.

—Pero ¿y los guardias, no dicen nada los guardias? —me atreví a decir, con miedo, recordando todavía los incidentes de la parada del autobús en la ya lejana ciudad.

—Aquí no hay guardias. Mejor dicho, no hay muchos guardias. Aquí, para evitarnos complicaciones, hemos reducido todos los guardias a uno: el Gran Alguacil.

No acababa de comprender, sudoroso y fatigado como estaba tras el viaje; y porque tampoco me esforzaba en hacerlo, ya que el miedo —para qué voy a ocultarlo ahora— no me dejaba razonar demasiado. Por lo que me limité a tener seguridades:

—¿Y aquí en Calenda se puede preguntar?

—Dentro de un orden, todo lo que usted quiera —gritaron, orgullosos de sus grandezas.

—Con una condición, eso sí —puntualizó alguien desde las últimas filas del corro que se había formado en torno a mi persona, y que cada vez iba en aumento, engrosado por cuantos llegaban corriendo hasta la plaza por las esquinas de todas las callejas que a ella daban.

—¿Qué condición? —pregunté.

—¿Pues cuál va a ser? Que el que pregunta debe responder también a lo que nosotros le preguntemos.

—Eso pasa en todas partes —les dije—, es natural.

—¿Natural? —salió otra vez el coro—. ¿Dice usted que es natural? —Y me miraban como a una fiera encerrada en un zoológico, y después se les veía aflorar a la cara la indignación, la ofensa. Yo, francamente, no sabía en qué podía haberlos ofendido. Hasta que el mismo que antes se convirtió en portavoz del coro me expuso las razones que todos sentían como irrefutables:

—¿Eso que usted dice cómo va a ser natural? Eso lo dice usted porque es

forastero y no conoce nuestras cosas...

«Claro que sí», dijeron todos, y hubo un murmullo de aprobación hacia el que hablaba y de reprobación hacia mi atrevimiento, hasta que el Hombre de las Ceremonias levantó las manos, con lo que todos entendieron que debían callar para dejarle seguir conmigo:

—Eso lo dice usted —continuó— porque no conoce nuestras cosas, y porque acaba de llegar como aquel que dice, que el que lo dice soy yo. Si usted conociera un poco este país, sabría que esto no ocurre en parte ninguna. Esto es algo propio de Calenda, como nuestra agua, nuestro aire, como...

Sentí en el alma interrumpirlo cuando iba a comenzar a hacer un discurso. Pero hay cosas en este mundo que no soporto: entre ellas, los velatorios y los discursos. Por lo que, aunque feas las cosas tal como se estaban poniendo, salí en defensa de mis conocimientos del mundo:

—Perdone usted que le interrumpa, pero quizá no me hayan entendido bien. Al decir que el que las gentes pregunten y contesten es algo natural en todas partes, me refería no solamente a todas las ciudades y pueblos de esta parte del mundo, sino de todos los pueblos y ciudades de la tierra.

Para qué lo dije. La indignación, que he de confesar que la habían mantenido con dignidad, hizo explosión. Todos se pusieron a gritar, y a decir de mi persona cosas que no sería de buen tono reproducir en este memorial. El Hombre de las Ceremonias, que actuaba de portavoz, comenzó a desempeñar algo así como el papel de acusador público contra el forastero. Con el agravante de que el forastero era yo. En otro caso no me hubiese importado que representara lo que hubiese querido. Después de levantar otra vez ritualmente los brazos y hacer acallar los rumores de nuevo, me recriminó:

—No sabe usted lo que está diciendo, por eso se lo permitimos. Se ve que es usted forastero, extranjero a lo mejor, quién sabe, porque de todo se ha dado. Aunque en la ciudad toman las precauciones que toman, nunca se sabe lo que nos llega en el autobús.

Aun sin conocerlo, creía que iban a llamar a aquel Gran Alguacil del que me hablaban, todos los guardias en una pieza. Aun sin conocerlo, sentí miedo de aquel Gran Alguacil del que me habían hablado muy de pasada. Menos mal que el Hombre de las Ceremonias siguió en tonos más conciliadores:

—Pero, en fin, aunque usted no sabe lo que está diciendo, se lo vamos a explicar, porque para eso los de Calenda somos únicos en el mundo. Aunque siento decirlo, he de confesarle que no, que no, señor; que en todas partes, como usted dice, no se pregunta y se responde libremente, como aquí. Ya ve lo que ocurre en la ciudad...

Ahora pienso que soy incorregible. Porque caldeados los ánimos como estaban, tuve el atrevimiento de volver a rectificar al Hombre de las Ceremonias:

—Pero yo he estado en...

Menos mal que no me dejó terminar y que insistió en sus razonamientos, para

ganarme para siempre para la honrosa causa del orgullo de Calenda:

—Usted habrá estado en donde haya querido o en donde le hayan dejado estar, eso ahora no nos interesa. ¿A que no? —preguntó retóricamente a los presentes, sabiendo de antemano que iban a responderle que no, como efectivamente le contestaron con un aullido colectivo. Y después siguió:

—Bueno, pues aunque usted haya estado en todas esas partes, en ninguna habrá encontrado una cosa tan grande como ésta, que va usted por la calle, y ve que pasa por la acera de enfrente una señora mayor que a lo mejor ni conoce, y le dice «buenos días», y la señora, como lo más natural del mundo, porque estas cosas las llevamos en la sangre, va y le responde, quizá también sin conocerlo siquiera: «Buenos días tenga usted». Y a lo mejor está usted en la Tienda, por poner un caso, y le pregunta a Juan el Poeta, por ejemplo: «Juan, ¿a qué hora se cierra?». Y Juan va y le dice a usted: «A la una, si es por la mañana, o, a las ocho, si es por la tarde, señor». Eso sí, todo *señor*; aquí nunca le dirán a usted que no o que sí a secas, sino diciéndole señor; porque, claro, como todos somos unos señores, lo menos que podemos pensar es que los demás lo son, aunque sean forasteros, o extranjeros, quién sabe, que de todo hay en este mundo, hay mucha malicia suelta.

Ya ni siquiera estaba alucinado. A cada frase, perdía mi capacidad de sorpresa. Lo que aquel hombre siguió diciendo se me fue metiendo en el cerebro como una música, como el vuelo insomne de un mosquito, como el canto adormidero de una chicharra en la siesta. Inevitablemente, me estaban haciendo un discurso. La única fortuna que me quedaba era consolarme pensando en que me evitaría el fastidioso velatorio si los ánimos se exaltaban y decidían sentenciarme a muerte por forastero y ejecutarme en plena plaza pública, sobre el cadalso de la maleta de la que ya, en previsión, me había bajado sin que nadie se diera cuenta, para que fuera la del apasionado Hombre de las Ceremonias la cabeza que apareciera por encima de las de cuantos estábamos reunidos todavía una hora después de que se hubiera marchado el autobús.

—En ningún sitio, pues, señor —continuó— encontrará esta forma nuestra de ser. En la ciudad, usted mismo habrá visto lo que ocurre, que encarcelan a todo el que pregunte algo por la calle. Y en el extranjero, no se fíe usted de la mitad de las cosas que dicen. Todo es propaganda, todo está amañado por los que no nos pueden ver, por los que tienen envidia de nuestras costumbres, de nuestra convivencia...

Entonces caí en la cuenta de que el Hombre de las Ceremonias hablaba prácticamente el mismo lenguaje que el guardia que a punto estuvo de detenerme en la parada del autobús. Al principio de toda aquella extraña situación había pasado por mi imaginación como uno de los altos pájaros que revoloteaban el cielo de la plaza, pero hasta que no oí la defensa de la convivencia no caí en la cuenta. También pensé entonces que, según lo que con tanta vehemencia me explicaban, tenía derecho a que me dijeran cuanto yo entonces no podía comprender. Entendí con la urgencia del temor que la única salida que se me ofrecía era la adulación:

—Les ruego que me perdonen —les dije—, pero comprenderán que con la fatiga del viaje no estaba en condiciones de corresponder caballerosamente al recibimiento que tan señorialmente me ha ofrecido Calenda, por parte de las personas aquí presentes. Me doy cuenta de la importancia que tiene para mí el privilegio de estar aquí, con esta temperatura tan agradable, respirando este aire...

Estaba visto que, aunque los aborreciera o precisamente por eso, no se me daban mal los discursos improvisados. Porque cuando estaba diciendo lo del aire, todos empezaron a aplaudirme y no me dejaron terminar. Cuando ya dejaron de tocarme las palmas, dada mi inexperiencia oratoria, no tuve más remedio que preguntar:

—Perdonen, señores, pero ¿qué es lo que estaba diciendo? Es que, comprenderán, he perdido el hilo con estas muestras de convivencia...

Nada, estaba predestinado para orador en Calenda, y yo no lo sabía. Decir lo de la convivencia y que me empezaran a aplaudir todos ocurrió sin que me diera cuenta. Como estaba muy cansado y en lo que mayormente pensaba era en buscar un sitio donde poder dormir, y la predisposición de mi improvisado auditorio a los aplausos era, por las trazas, infinita, decidí cortar el discurso por lo sano:

—Perdonen, señores, pero quisiera retirarme a descansar. Si tienen la bondad de indicarme dónde puedo hacerlo estos días que esté con ustedes...

Como no podía ser menos, terminaron aplaudiéndome. Y el Hombre de las Ceremonias, que como dije se había erigido en portavoz de todos, saliendo de la calle que se abrió al instante de entre el corro de los que me escuchaban, se acercó solícito:

—Descuide, señor, le acompañaremos todos a la Posada. No se preocupe si pensaba buscar un alojamiento más modesto; la comunidad de Calenda tiene mucho gusto en contarle como su Huésped Ilustre.

Entonces caí en la cuenta de que, viniendo de donde venía, no llevaba dinero encima. Por lo que no me costó gran trabajo aceptar la invitación. Subiéndome otra vez sobre la maleta sin que su dueño —al que en seguida adiviné, ya que mis zapatos no tenían nada de particular para que aquel muchacho los mirara con tal insistencia—

me recriminara por zafársela como se la estaba zafando, di mi último discurso del día. Ya estaba acostumbrándome, y mentir sería decir que no me empezaba a gustar:

—Señores, muchísimas gracias en mi nombre y en el de mi familia, por la hospitalidad de que me hacéis objeto.

Otro aplauso. No sé de dónde, o si es que la tendrían en permanente estado de emergencia para esos casos, pero la verdad es que por una de las esquinas de las callejas entró en la plaza, formada y tatachinera, una banda de música muy solemne. Al llegar junto a nosotros se detuvo. El que la dirigía, después de saludar al Hombre de las Ceremonias, se volvió de espaldas, mirando a los músicos y, tras de mantener los brazos extendidos durante unos segundos, de golpe cortó secamente el aire con su batuta, como si fuera a decapitar nerviosamente a una mariposa inexistente. Entonces comenzó a sonar una música lenta y ridícula. Los que llevaban el sombrero puesto se lo quitaron. Los otros se pusieron serios y solemnemente acartonados, como si estuvieran de cuerpo presente. Comprendí que era su himno. Por lo que también evité respirar lo menos posible, para semejar al máximo un cadáver con vida.

Otro aplauso más, que esta vez secundé, ya que vi que no estaba, por fin, dedicado a mí, me anunció que el himno había terminado. Iba a ponerme a pensar lo chocante que hacía que cuantos en el autobús habían cantado tanto, no dijeran una sola palabra en semitonado mientras sonaba la música de la banda. Pero no pude hacerlo —lo hago ahora, con una calma que entonces no podía tener—, porque el Hombre de las Ceremonias, que cada vez se me aparecía como más importante, me tomó del brazo:

—¿Trae usted equipaje?

—No, señor, yo siempre viajo con lo puesto.

—Sana costumbre —me dijo; y comenzamos a andar, con la banda delante, tocando una música que me era absolutamente desconocida, lo cual no debía ocurrir a cuantos conmigo marchaban formando una comitiva demasiado grande como para ser improvisada, quienes palmoteaban llevando el compás.

Hombres en camiseta con servilletas anudadas al cuello salían a los balcones a aplaudir al escuchar que se acercaba la música. Muchachas en flor me tiraban besos desde las ventanas, ramos desde los balcones, con desgana protocolaria. Niños salidos de las escuelas me miraban con igual curiosidad que si fuera un circo ambulante, gitano, elefante, cabra amaestrada, mujer barbuda y equilibrista, todo en una pieza.

Por fin llegamos a la Posada. Al entrar, volvió la banda a tocar el himno y yo a aguantar solemnemente la respiración. Menos mal que se marcharon pronto y no me obligaron a un discurso de despedida, porque había perdido el repentino hábito oratorio en la fugaz contemplación de un pueblo que me recibía, sin que yo todavía acierte a explicarme por qué, como a un héroe.

Al despedirse de mí, el Hombre de las Ceremonias me preguntó:

—¿Desea usted alguna otra cosa?

—No, señor, muchas gracias. Me abruman ustedes con sus amabilidades.

—No, al contrario. Usted es quien nos abruma. ¡Darnos antes las gracias en nombre de su familia, una institución tan querida en Calenda, qué detalle!

—Muchas gracias. Oiga, perdone: yo tenía interés en hacerle unas preguntas...

—No se preocupe, ya está todo previsto. A estas horas está siendo anunciado un acto especial en nuestro Gran Salón, mañana a las doce, en el que podrá usted preguntar todo lo que quiera.

Tan perplejo quedé que me despedí apresuradamente del Hombre de las Ceremonias y cuando me di cuenta estaba ya en mi habitación, tendido en la cama. De haberla traído, ni siquiera hubiera tenido fuerzas para deshacer la maleta. Tan cansado estaba. Pienso ahora que eso me evitaba en aquellos días viajando sin equipaje. Aunque a cambio me ocurrieran lances como el de la búsqueda del cepillo de dientes.

Porque no estaba, sin embargo, tan cansado como para no pensar que no llevaba cepillo de dientes y que necesitaba comprar uno si a la mañana siguiente no quería tragarme con el desayuno todos los malos sabores que la noche suele dejar en la boca como venganza porque nos pasemos sus horas durmiendo. Así que decidí salir a comprar uno. Pregunté a los empleados de la Posada:

—Eso, señor, tiene que ser en la Tienda.

—¿Qué tienda?

—¿Cuál va a ser? —me respondieron con una sonrisa de suficiencia—. La única que hay. ¿No ha oído usted la copla sobre nuestro comercio?

—¿Copla? —tuve que preguntar, aturdido entre el cansancio y la dominadora amabilidad de los de la conserjería.

—Sí, el señor quizá no la conozca, pero aquí siempre la cantamos. Es una que mayormente solemos cantar cuando venimos en el autobús. Yo tengo muy mal oído, pero podrá hacerse una idea. Verá, dice...

El conserje se quitó la chaqueta del uniforme, se desanudó la corbata para dejar libres las venas del cuello, y con un enorme vozarrón empezó a cantar.

Como hacía tantos gorgoritos y paladeaba la letra con virtuosismo y orgullo, pude fácilmente interrumpirle antes de que terminara:

—Deje, deje —me atreví a decirle—, ya la conozco. Es la copla que habla de las siete librerías y la tienda, ¿no?

—Exactamente, señor. ¿La conocía? —me preguntó con no oculto orgullo.

—Sí, la escuché en el autobús. La cantaban todos...

—Como en la ciudad no dejan hacer otra cosa, ni hablar, comprenderá que lo hacemos adrede en el autobús, para que todos noten que somos de Calenda. No crea que deja de ocasionarnos problemas. Nos miran con odio. Pero no pueden hacer nada. Cumplimos el reglamento... —Sonrió—. Ya sabe usted que todo el mundo nos tiene envidia, porque aquí —otra vez sonrió, con el nerviosismo de la propia satisfacción—, en fin, ya conoce nuestra convivencia...

Me parecía de nuevo estar en la plaza, tratando de acallar a los que conmigo habían venido en el autobús. Por lo que corté por lo sano de nuevo, yendo al grano de lo que pretendía, y volví a preguntar al conserje:

—Entonces, ¿en la Tienda que dice puedo encontrar un cepillo de dientes?

—De todo puede usted encontrar allí. ¿Sabe ir?

—No, acabo de llegar a Calenda...

—No se preocupe, haré que lo acompañe un muchacho. Un Huésped Ilustre de nuestro pueblo...

Iba a decirme dos o tres halagos más. Menos mal que tocó un timbre que tenía sobre el mostrador, y salió de detrás de una puerta, casi automáticamente, el muchacho que llamaba para acompañarme:

—Acompaña al señor, que es nuestro Huésped Ilustre, a la Tienda de Juan.

Estaba anocheciendo. Se acababan de encender las farolas, pero lo habían hecho

prematuramente. El muchacho, completamente en silencio, me llevaba por las calles, dando muchas revueltas; su silencio y el de la tarde que cayendo estaba me dejaban oír los comentarios de las gentes, que me miraban otra vez como a un circo ambulante desde detrás de los visillos de las ventanas, desde detrás de las persianas de los balcones. Ahora no salían a aplaudirme señores barrigones en camiseta con paños manchados de grasa anudados al cuello, pero en cambio podía oír:

—Es el forastero...

—Quita, que ya no es forastero, que lo han nombrado Huésped Ilustre...

—Fíjate cómo anda...

Para evitar tener que escuchar tales comentarios, traté de entablar conversación con el muchacho de la Posada, que tan en silencio me acompañaba:

—Muchacho, ¿tú eres de aquí, de Calenda?

—Sí, señor.

—Pues no lo pareces, tan callado...

No dijo más. Siguió andando tan automáticamente como había salido de la puerta junto a la conserjería en la Posada. Como los comentarios seguía escuchándolos («¿Adónde irá ahora?», «Vete tú a saber éste, con tanto Huésped Ilustre»...) y no confiaba en mis nervios, y temía organizar un altercado ante cualquier portal desde el que se me mirara como a la trapecionista gorda del circo pobre, insistí en hablar con el muchacho mientras andábamos:

—¿A qué hora cierran la Tienda? La Tienda de Juan le dicen ustedes, ¿no?

—Eso él se lo dirá personalmente —me contestó, tajante.

Seguimos andando. Los comentarios callejeros también seguían, y con ellos crecía mi nerviosa indignación. Así que insistí en las preguntas a mi joven acompañante:

—Usted, entonces, ¿es de aquí de Calenda?

Por toda respuesta, sacó su documentación y me la enseñó, señalando el renglón donde figuraba Calenda como lugar de nacimiento. Para evitar encontrarme con mi orgullo al término de cualquier comentario, me entretuve en ir leyendo la documentación del Muchacho Que Apenas Hablaba, casi con tanta delectación como el guardia había leído la mía en la parada del autobús de la ciudad. Supe por aquella cartulina que el muchacho tenía diecinueve años, que había nacido en Calenda, que allí vivía y que era botones de la Posada. Cuando ya sus generales de la ley no tenían secreto para mí, le devolví la documentación. Tanto me extrañaba su mutismo, que tuve que preguntarle de nuevo, ahora con la mayor reserva:

—Y siendo usted de Calenda, ¿por qué no le gusta hablar, por lo que se ve, igual que a sus paisanos?

—Quizá pronto lo sepa —fue todo lo que me respondió.

Iba a insistir, a ver qué podía sacarle. Pero en esto llegamos a la Tienda.

Menos mal que, a pesar de su mutismo, el Muchacho Que Apenas Hablaba ejerció sus buenos oficios en la Tienda. No sabría calcular ahora cuántas, pero sí puedo decir que muchas personas se agolpaban ante el largo mostrador, todas vociferando, cada cual intentando que los despacharan a ellos antes, los más diciendo que cómo iba a ser eso, que ellos habían llegado antes y que los otros acababan de entrar. El Muchacho Que Apenas Hablaba me hizo pasar, no sin grandes esfuerzos, a través de aquella marea humana y me llevó a la parte del mostrador que estaba más tranquila, donde el que desde el primer momento se me apareció como Juan el Poeta estaba atareado con cientos de papelitos de diversos colores, que clasificaba pinchándolos en unos alambres punzantes empingorotados en peanas de madera, que tenía colocados ordenadamente en el mostrador. La presentación fue lacónica:

—De parte de la Posada, que atienda usted bien a este señor, que es nuestro Huésped Ilustre.

Después, el Muchacho Que Apenas Hablaba, muy suficiente, se dirigió a mí. Por momentos creí que iba a desaparecer su mutismo. Pero todo lo que me dijo fue:

—Supongo que sabrá volver solo...

Como comprendí que lo que quería era irse cuanto antes y aún no estaba en las claves de su mutismo, no le puse el menor inconveniente:

—Sí, sí. Y si no, no se preocupe. Ya preguntaré...

«Ya preguntaré a alguien más simpático que tú», pensé para mis adentros, pero me pareció demasiado decirlo. Quisiera o no, empezaba a vestir mi recién estrenado cargo de Huésped Ilustre. Así que no me fue difícil corresponder con una sonrisa a los halagos de Juan el de la Tienda, quien con mucho apartamiento de alambres de los papelitos de colores y saliendo de detrás del mostrador, al tiempo que se quitaba el guardapolvo terrizo que hasta entonces llevaba, después de levantar un trozo practicable de la madera del mostrador, comenzó a hacerme los honores. Y en Calenda, por lo que en aquellas breves horas ya llevaba comprobado, hacer los honores era imposible sin echarle a uno un discurso. Menos mal que me iba acostumbrando:

—Bien venido sea, Huésped Ilustre, a la Tienda, a la famosa Tienda de Calenda. Esto, aunque caiga en verso, se lo digo intencionadamente.

Hablaba con voz de algodón y seda. Sobre las orejas, el pelo se le rizaba en dos tufos dieciochescos, que a la legua denotaban unas buenas horas previas de espejo y peine. Era entrado en carnes sonrosadas, de triste muñeca antigua de china, con coloretos de sangre o de pintura en los pómulos, contrastando con la estética palidez del rostro. Gesticulando mucho y ahuecando más la voz, mientras con una mano me mostraba el camino a seguir y con la otra me empujaba en la espalda para que lo siguiera, me fue alejando del griterío del mostrador para llevarme, por fin, a una estancia de la trastienda, decorada en medieval y con muchos libros ocultando la humedad de las paredes.

—Por favor, tome asiento —me dijo, mientras me empujaba para que no tuviera

otro remedio que dejarme caer en un incómodo butacón frailuno, cuyas patas eran unas garras aguileras que apresaban una piedra de madera para no perder el equilibrio —. Le venía diciendo, y ahora se lo repito más solemnemente —añadió—, que sea usted bien, venido a la famosa Tienda de Calenda, que aunque caiga en verso, es intencional. Habrá usted oído cantar nuestra célebre copla...

—Sí, la de la librería y la Tienda —me limité a contestar, fastidiado ya, a pesar de los pocos minutos que habían pasado desde mi llegada al local, con tanta estudiada escenografía como derrochaba ante mí el tendero.

—¿Dónde la ha oído, si preguntar no es molestia? —me dijo relamidamente, cada vez más muñeca antigua, sonrosados sus pómulos y empezando a asomarle dos satisfechas bolsas grasientas bajo los ojos, que le marcaban unos puntos negros en el sebo de la piel.

—Pues, en el autobús... Sí, en el autobús. La cantaba la gente...

Para qué lo dije. Aquel hombre, dejándome solo en aquella especie de despacho donde me había hecho sentar, se fue al otro extremo de la estancia, donde bajo un dosel de damasco rojo había un sillón como el que yo ocupaba, pero con un altísimo respaldo, colocado a manera de trono. Subiendo el tono de la voz y ahuecándola más todavía, cada vez los libros que forraban las paredes podían contener menos el rancio olor a humedad.

—Sí, el pueblo la canta. Pero esa copla es mía, la he escrito yo. Sólo mía. Ésa es mi grandeza. Haber salvado a los de Calenda con unos versos. Si no fuera por mí, tendrían que venir callados en el autobús. Y si hablaran, se expondrían a que los detuvieran los guardias y los volvieran para siempre a la ciudad. No podrían más vivir en esta luz, con este sol, respirando este aire...

Los ojillos, sobre las bolsas de sebo con puntitos negros, se le ponían relucientes de orgullo. No hacían falta dotes de clarividencia para comprender que aquel hombre había acuñado los mitos de Calenda. Decía lo mismo que los demás, con igual rutina, pero en sus palabras había un temblor nervioso de vanidad que al instante lo hacían aparecer como el mitólogo de la comunidad.

Bajando de su dosel, se acercó a mi sillón frailuno para preguntarme:

—¿Desea alguna otra cosa, o simplemente conocerme? Si es así, ya me ha conocido, ya sabe dónde puede acudir cada vez que quiera que le hable de nuestra luz, de nuestro sol, de nuestra agua.

—Verá usted, es un poco largo de contar —le dije resueltamente—, pero llegaré al final y empezaré directamente. Yo venía nada más que a comprar un cepillo de dientes.

—¿Cómo dice? —me preguntó, examinándome con indignación, antes de alejarse otra vez hacia su dosel.

—Sí, un cepillo de dientes; me da igual que sea de cerda dura que de cerda blanda, tengo buena dentadura. Pero quisiera comprar un cepillo de dientes. ¡Ah! Y un tubo de pasta, un tubo pequeñito. Es que siempre viajo sin equipaje y...

Cayó derrotado sobre su dosel, con displicencia de rey a quien acaban de anunciar la conjura que lo destronará antes de que se ponga el sol. Echado hacia atrás, los pies lánguidamente caídos sobre el escabel, me hizo con superioridad una señal para que me acercara. Sobre las bolsas grasientas y puntillistas, sus ojos brillaban con odio, acosados:

—¿Y para esto sólo viene usted aquí, me hace perder el tiempo?

—Es que me han dicho que en la Tienda...

—La Tienda, la Tienda —comenzó a discursar, con asco—, siempre la Tienda. Mire usted que el Hombre de las Ceremonias mandó, y ya va a hacer cuarenta años de esto, cerrar todas las tiendas y poner en ellas librerías, para que la gente se olvidara de cosas tan ordinarias como comprar sombreros, regaderas, fiambreras para las excursiones y paraguas plegables. Con este sol, con esta agua nuestra, con esta cosa de preguntar y poder responder, ¿cómo ocuparse de esas cosas? ¿No le parece que con un pueblo así sólo riman la cultura, la sabiduría, la belleza?

Era odioso. Se revolcaba en su propia mitología como un cerdo en un arroyo. Porque no soy violento, que si no, apenas me hubiera importado gran cosa representar una escena de teatro clásico, estrangulando a aquel hombre bajo el damasco rojo de su dosel, en la estancia casi en penumbra. Como no soy violento, y en aquella hora todo mi interés se centraba en encontrar un cepillo de dientes, volví tímidamente a insistirle.

—Todo eso está muy bien. Pero el aseo también es importante, señor. Recuerde la frase de los romanos...

—¿Los romanos? Unos ordinarios. Así les fueron las cosas. Unos auténticos ordinarios, que nada más que se preocupaban de levantarles templos a los dioses para tenerlos contentos y que no les faltaran ni el trigo ni el aceite. Trigo y aceite, qué ordinariez también...

Yo creía que había terminado su tópico discurso sobre la romanidad. Pero cuando iba a insistir en que me vendiera mi ordinario cepillo de dientes, el mitólogo siguió adoctrinándome.

—Y eso que dice usted de los romanos, ya sé por dónde va, es otra ordinariez. ¿Cómo va a poder haber una mente sana, amante de lo bello, de nuestro aire y de nuestro sol, en un cuerpo deformado por el esfuerzo físico, ridiculizado por la musculatura hecha a fuerza de ejercicios antinaturales? Decididamente, una ordinariez...

Como empecé a ver que no había posibilidades de que me vendiera el cepillo de dientes y supuse que al final, cuando me hubiera leído sus poesías completas, encargaría tan ordinario trabajo a un dependiente de los que se afanaban fuera en contener a la gente ante el largo mostrador, opté por seguirle la corriente, pensando aquello de los poetas y los locos que tantas veces había oído decir:

—Entonces usted en sus obras, ¿qué defiende?

—Defiendo cuanto los habitantes de Calenda han hecho suyo gracias a mi

iniciativa y a la del Hombre de las Ceremonias: la convivencia, la familia, nuestro sol, nuestro aire, nuestra agua. Mi querido amigo, sabrá usted que se encuentra en uno de los lugares más privilegiados de la tierra...

—Pues me gustaría leer sus versos...

—Quizá ya los conozca.

—Sí, conozco los que cantaban las gentes en el autobús, esa copla que, por cierto, ¿no es publicitaria?

Como comprendió —porque el mitólogo podría ser todo lo que se quisiera, pero hay que reconocer que cogía las cosas al vuelo— que yo había decidido abandonar la ordinariez del cepillo de dientes, no me miró ya con la indignación que yo esperaba:

—¿Publicitaria? Puede ser, si usted lo cree así. ¿Pero le parece incorrecto hacer publicidad de lo propio, cuando se tiene certeza de que lo propio es lo mejor? No me refiero a la Tienda, que al fin y al cabo me ha sido concedida como premio a mi preocupación por Calenda. Antes que yo tuviera uso de poesía, porque los poetas no tenemos uso de razón, sino uso de poesía, porque sabrá usted que la poesía es todo lo contrario de la razón: es la ilusión, la belleza, la magia de las palabras... Como le iba contando, antes de que yo empezara a comunicar mis descubrimientos, aquí en Calenda había ocho tiendas. Pero eso era antes de la Revolución. Ésta, que era de un pobre noble —que quebró por querer poner los precios más baratos para que todo el mundo pudiera comprar de todo—, y siete más. Pero cuando empezamos nuestra Gloriosa Revolución, decidimos cerrar las tiendas y convertirlas en librerías. Para la ordinariez de comprar cosas, sobraba con una, como comprenderá. Y tuvieron el mal gusto de regalármela, como premio a mis altos servicios ciudadanos. Así que, mi querido amigo, mi Huésped Ilustre, comprenderá que no cabe la publicidad. Aunque la letra de esa copla dijera otra cosa, los artículos de mayor necesidad no tendrían más remedio que comprarlos aquí.

—¿Ganará mucho entonces, no?

—No le demos importancia a lo que no la tiene y sigamos con la belleza. Quizás esté usted equivocado con los versos que escuchó en el autobús. No, no son publicitarios, por lo que ya le he dicho. Pero, si lo fueran, ¿le parece ordinario hacer publicidad de la verdad, de la belleza, del bien? Porque, no le dé más vueltas, el bien, la verdad, la belleza tienen un nombre, Calenda, como dije una vez en un discurso. Son nuestra convivencia, nuestro sentido de la conversación, que ya ve usted que se pregunta y se responde lo que se quiere, como en ninguna otra parte del mundo ocurre. Nuestro aire, nuestro sol, nuestro pan...

El orgullo del mitólogo empezaba a interesarme:

—Le repito que me gustaría conocer sus versos.

—Y yo le repito que ya los conoce —me respondió sonriente, tocado de muerte en su vanidad.

—No me habré expresado bien. Quería decirle que me gustaría comprar sus libros. Estarán a la venta en cualquiera de las siete librerías, ¿no?

—¿Comprar? —volvió a indignarse—. Otra ordinariez. Comprar, comprar... Por lo visto a la gente sólo le gusta comprar... Ése es el único vicio de Calenda. Tanto compra la gente, fíjese usted, que no sé lo que hacer con el dinero que me entran por las puertas. Pero yo no tengo esas debilidades. Mis versos no los podrá usted comprar, porque son de todos, son del común, como un monte donde pueda pastar el ganado de todo el pueblo.

—¿Y cómo es que conozco todos sus versos?

—Los conoce usted porque no he escrito en toda mi vida más que cuatro. Exactamente los cuatro versos de la copla que cantan en el autobús, pero soy un poeta. Y si soy un poeta, ¿para qué escribir más? Cuatro versos pueden ser suficientes para condenar a un hombre a muerte o para glorificarle en vida, como a mí, desgraciadamente, me ha ocurrido. Porque verá que ahora soy muy feliz con la Tienda, con el dinero, con las ordinarieces de la gente que se mete aquí a todas horas pretendiendo que les venda mantas para los viejos, biberones para los niños, collares para las mocitas, sábanas de hilo para las recién casadas...

Desde el mostrador llegaban las voces de los que intentaban que les despacharan, porque se iba acercando la hora del cierre. Fue entonces cuando volví a acordarme de lo que me había llevado a la Tienda:

—Bueno, resumiendo, y si no le molesto: ¿le importaría venderme un cepillo de dientes, que me han dicho en la Posada...?

No me dejó terminar. Más indignado que nunca, saliéndosele los ojos por fuera de las bolsas sebáceas que los enmarcaban, señaló escultóricamente la puerta con la mano extendida, como el descubridor de un continente ignoto:

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Pedirme un cepillo de dientes a mí, a un poeta...! ¡Qué ofensa! ¡Dependienteeees!

Y llegaron cuatro dependientes que me cogieron en volandas y, pasándome entre las gentes que se agolpaban ante el largo mostrador y me miraban con curiosidad, me pusieron en la calle.

Por unas calles oscuras, creo que sin que nadie se fijara demasiado en mí, llegué a la Posada. Y me dormí. No debían haber pasado muchas horas, y por supuesto que no habría llegado todavía la medianoche, cuando alguien llamó a la puerta de tal modo que al momento comprendí que no sería ni el lechero ni el repartidor del periódico. Porque tengo el sueño ligero, que si no, no podría haberlos oído; tan imperceptibles sonaron los golpes.

Adormilado, abrí. Me encontré con una cara conocida. Pero el sueño no me dejaba recordar demasiado. Menos mal que aquella misma persona, colándose en la habitación sin que yo la hubiera invitado a entrar y cerrando tras sí la puerta, con más miedo que misterio, se identificó. Lo hizo como cuantos tienen la certeza de que no nos acordamos de ellos:

—Me recordará, ¿no?

Por no ser menos, respondí lo obligado en estos casos:

—Claro que sí, hombre. ¿Cómo no le voy a recordar? Usted es...

Naturalmente que no sabía quién era. Su cara desde luego sí la había visto, y en las últimas horas. Pero lo mismo podía ser un compañero del viaje en autobús, que el Hombre de las Ceremonias, que un dependiente de la Tienda de Juan el Poeta. Tuve la suerte de que el hombre no fuera aficionado a los equívocos:

—No diga que me recuerda, porque se le ve en la cara que no. Soy el botones que esta tarde le acompañó a la Tienda.

—¿Pero —le dije, por excusarme— cómo se me iba a olvidar su cara? Claro que sé que usted es el botones. Es que no me ha dejado decírselo...

Iba sin uniforme. Y se había apeado del suficiente tono de lacónico misterio con el que aparecía nimbado por la tarde.

Por decir algo, ante la violencia de aquella involuntaria visita, me excusé:

—Perdone, pero es que sin el uniforme parece usted mayor, menos niño, vamos...

Desconcertaba. Nunca podía uno saber qué iba a decir en el instante siguiente el Muchacho Que Apenas Hablaba.

—¿Sabe qué me trae aquí?

—Evidentemente no viene a traer el periódico, porque es muy temprano para que haya salido.

—No, vengo a ayudarle. A salvarle.

A chamusquina no olía. Por lo que sentí una gran satisfacción. Debe ser sobre todo engorroso salir en pijama y con una manta por los hombros de un hotel que está ardiendo por los cuatro costados, sin que funcionen los ascensores, sin luz en los largos pasillos alfombrados, sin nadie en la conserjería a quien pedir el libro de reclamaciones para protestar contra tamaña imprevisión, no especificada en el viaje de vacaciones organizado por la agencia.

Tampoco entraba el agua por debajo de las puertas, ni temblaban las paredes, ni el aire se hacía más irrespirable de lo que es habitual en las habitaciones con las ventanas precintadas por culpa del aire acondicionado. Así que, con sueño y con

pocas ganas de pasar revista a los peligros que pudieran acecharme, poniendo un gesto de curiosidad, me entregué al Muchacho Que Apenas Hablaba.

—Vengo a salvarle —me precisó—, porque le están dando una falsa imagen de Calenda. Cuanto vio en el autobús, en la plaza, en la Tienda, aquí mismo en la Posada, nada tiene que ver con la realidad. La gente habla y habla, se pregunta y responde. Pero no es feliz. No crea que todos son como el Hombre de las Ceremonias, como Juan el Poeta. Ellos son los que siempre se dejan ver, los que acosan a los viajeros para impedirles que conozcan a otras personas que hay aquí, y que somos muchísimos, aunque usted crea lo contrario o se lo hayan hecho creer; muchísimos a los que no nos gusta hablar, que creemos que esta agua es malísima, que la convivencia no hay quien la soporte, que el pan suele estar duro, que el aire casi siempre es irrespirable con los humos de las fábricas y que el sol, aparte de que calienta demasiado en los veranos, se come los colores de las cintas que se ponen en el pelo las muchachas.

Sin que yo todavía le hubiera comunicado mi complacencia por tenerle en mi habitación —como realmente ocurría—, ya había tomado posesión de ella. Le veía pasear con ademán de jefe, extendiendo mucho los brazos hacia el techo, mientras me iba colocando su discurso:

—Usted habrá estado en otros pueblos, en otras ciudades, y podrá comparar. Pero nosotros no conocemos otra cosa que ésta. Y por los papeles que nos llegan a escondidas sabemos que por ahí, en otras ciudades, está prohibido hablar y entablar conversación con extraños, y que hay otros pueblos donde todo lo hacen con máquinas. Pero viven felices. Están satisfechos con el agua que beben, pero no dan discursos para decir que es la mejor del mundo. En el invierno, los viejos y los jubilados se calientan al sol en las plazas, como los gatos ancianos, pero no por eso ponen los ojos en blanco cuando pronuncian la palabra *sol*. En fin, qué voy yo a contarle que usted no sepa. ¿No le han hablado de Nonas?

—¿Nonas? —era la vez primera que me preguntaban por aquello y me llamaba la atención, como todo lo que envolvía al Muchacho Que Apenas Hablaba, que empezaba a aparecérseme como un Joven Luchador—. ¿Qué es Nonas?

—Un país vecino, donde todo lo hacen con máquinas. ¿No le han hablado de Nonas?

—Pues no...

—No se crea cuanto le digan. Viene a ser como lo del sol y lo de nuestra convivencia. ¿Me permite sentarme?

Y antes de que se lo permitiera, se sentó. Metió la cabeza entre las manos, en un súbito abatimiento.

—¿Le pasa algo, joven?

—Nada, muchas gracias. Muchas gracias por escucharme, por no llamar al Gran Alguacil. Otro en su caso ya lo habría hecho. A otros compañeros les ha ocurrido, por eso duran tan poco los botones en esta Posada.

—¿Llamar yo? No lo entiendo. No sé por qué habría de llamar a nadie, como no fuera al conserje para que le despidiera por haberme despertado, por haber entrado en la habitación sin mi permiso y sin uniforme, y por haberme desvelado.

—No, yo me refería a que me denunciara por alterar la convivencia, la mítica convivencia nuestra de Calenda que inventó Juan el Poeta en maldita sea la hora.

—No se preocupe, joven —le tranquilicé, viéndole tan abatido en el sillón—, por mí puede despotricar todo lo que quiera contra Calenda, que no voy a meterme en la complicación de llamar a nadie. Aquí, como ve, la gente se mete en las habitaciones sin llamar. ¿Para qué llamar encima? Se llenaría esto...

Por primera vez, se echó a reír. Aproveché para preguntarle:

—Pero ¿le pasaba algo, se encuentra mal?

—No, es que estoy hablando más de la cuenta; después tendré que hacer mi autocrítica. Va a creer usted que nosotros somos también igual que los demás...

—Si yo no digo nada, si es usted quien lo está diciendo todo...

—Por eso precisamente, señor viajero, porque no va a saber usted distinguirnos.

—Sabría si fueran tan callados como los de la ciudad.

—Eso pensamos todos, pero tendrán que pasar muchos años. Mientras que todo el mundo hable y pregunte, y haga loas del agua y del pan, no tendremos más remedio que conformarnos con hablar. Hasta que no llegue el momento en que pueda uno pasar horas y horas callado sin que lo denuncien ante el Gran Alguacil...

—¿Y cuándo llegará ese día, joven?

—Todavía está muy lejano. Muchos han muerto con la esperanza de conocerlo. Me temo que muchos más vamos a morir con la misma esperanza.

Tan triste se puso el Joven Luchador, que me sentí en la obligación de consolarle:

—No se preocupe, hombre, si son ustedes tantos como dicen, haciendo cosas calladamente, a lo mejor, ¿quién sabe?

Me miró como a un profeta:

—¿Usted cree?

—Cómo que si lo creo...

—Entonces, mejor todavía para lo que me ha traído aquí.

—¿Ah, pero le ha traído algo que no sea el afán de despertar a los clientes por... digamos la Causa? —le dije con toda la mala intención que se me vino de golpe, entre el sueño y la sorpresa—. A lo mejor los de los suyos no duermen y tampoco quieren que duerma nadie...

—Algo de eso es, señor —siguió diciéndome el Joven Luchador, que ya me empezaba otra vez a recordar al hermético Muchacho Que Apenas Hablaba de la tarde—; pero no dormimos solamente algunos días. Son los días en que nos dedicamos a trabajar por Calenda.

—¿Pero no estábamos en que no podían ver a Calenda?

—Es lo que dicen todos. Todos los que no nos conocen. Precisamente yo he venido para que usted nos conozca y no piense como los demás. Nosotros, señor mío,

somos tan de Calenda como el que más hable; nos gusta esta agua como al que más excelencias diga de ella; pero entendemos que las cosas deben ser de otra manera. Estamos con Calenda, pero no con el Hombre de las Ceremonias...

Después de todo, no era difícil iniciarse en los misterios del Joven Luchador. Por lo que me permití continuar el enunciado de sus anatemas:

—Comprendo: ustedes, con Calenda, pero no Juan el Poeta.

El Muchacho Que Apenas Hablaba casi se emocionó. Se le fue de golpe el abatimiento y, levantándose del sillón donde tan postrado había estado, comenzó otra vez a dar paseos por la habitación:

—Veo que nos comprende —me dijo.

Yo seguía con mi escepticismo y mis ganas de dormir:

—No sé si comprenderé a los demás. A usted, por lo menos, empiezo a comprenderlo. Aunque no le miento si le digo que comprenderle me ha costado el sueño.

En retórico como estaba, lo del sueño le vino maravillosamente para seguir haciendo proselitismo conmigo:

—Muchos compañeros han perdido el sueño por Calenda. Usted los ve durante el día y están en la Tienda, gritando como el que más para que les vendan una muñeca para su hija; o en la plaza, comentando la buena mañana que hace con todo el que pasa; o en el autobús, cantando a voz en grito la canción tonta que compuso Juan. Durante el día adoptamos las costumbres del pueblo para que no nos descubran. Pero por la noche, trabajamos. Trabajamos por Calenda. Y muchos, de tanto trabajar, hasta han perdido el sueño. Hay viejos luchadores que no duermen desde hace diez años. Son los que más hacen, pero casi todos se vuelven locos, o mueren con los nervios destrozados. Es una tensión que sólo aguantan las vanguardias.

Harto ya de discurso, y como aquella música me sonaba igual que la del Hombre de las Ceremonias, sólo que con distinta letra, no pensaba más que en echarme de nuevo a dormir, que demasiado ajetreado había tenido el día como para continuarlo en monsergas nocturnas. En un momento en que el Joven Luchador hizo una pausa, le tendí la mano:

—Bueno, querido amigo, encantado de haberlo conocido. A ver si estoy aquí varios días y puede usted seguir contándome esas historias tan interesantes.

Se puso pálido:

—Pero ¿cómo? ¿No va usted a venir?

—¿Ir a estas horas? ¿Dónde? ¿No le parece que dónde mejor se puede ir ahora es a dormir?

—Los que no piensan como nosotros, los que están enloquecidos con los mitos de Juan, quizá. Pero nosotros debemos estar despiertos, trabajando, luchando.

—Animo, joven: a luchar, a trabajar, a estar despierto —le animé—. Pero con su permiso, un servidor va a seguir durmiendo —dije, abriéndole la puerta e invitándole a salir.

—Es que ya están todos avisados en el centro de que va a ir usted esta noche — me suplicó, otra vez con el hermetismo con que siempre acababa vencíendome, mientras cerraba con miedo la puerta que yo le había abierto.

—¿Al centro? ¿A la plaza a estas horas?

—No —me explicó—, no es el centro urbano. Es el centro, nuestro centro, donde nos reunimos a trabajar por las noches... Quisiéramos que usted viniera para conocerlo.

Desvelado irremediadamente, vi que no me quedaba otro remedio que ir. Si a los que me habían declarado su Huésped Ilustre les consentía que me echaran discursos, ¿por qué no había de escuchar a estos otros que habían tenido la hospitalidad de revelarme sus secretos? Así que no tuve otra salida que la aceptación:

—Quizá sea interesante hablar con sus compañeros de lucha...

—No, hablar no podrá usted, señor. Ya sabe cuáles son nuestras convicciones.

—Entonces usted, ¿cómo es que habla, y que puede estar aquí hablando conmigo?

—Me han encargado de las relaciones con los forasteros y estoy autorizado por los responsables. Hay que tener cuidado en no contagiarse. Sus mitos se le meten a uno por la sangre como una droga. Solamente haciendo cada día unas duras autocríticas me puedo mantener duro. Por eso confían en mí para las relaciones con los forasteros y soy el único que está autorizado a hablar con ellos.

—¿Y está muy lejos el centro?

—Él sitio no se lo puedo decir, por elementales razones de seguridad que comprenderá. Usted me espera en la puerta principal dentro de diez minutos. Yo saldré por la puerta de servicio y me reuniré allí con usted.

Me llevó por muchas oscuras calles, en las que ni siquiera podía distinguir los rótulos escritos en las esquinas. El Joven Luchador otra vez me conducía como por la tarde, cuando ejercía de Muchacho Que Apenas Hablaba al llevarme a la Tienda. En silencio, marchando a un paso más ligero que yo, algunos metros delante en cuanto me distrajera, me dio ocasión de ir pensando en el contraste del hombre que en la conserjería había alabado momentos antes mi improvisado paseo:

—Se ve —me habían dicho— que el señor tiene buen gusto. No hay nada más bello que un paseo por Calenda de noche.

Quizá fuera así. Lo cierto es que quizá no habría calles más oscuras que aquellas por las que me llevaba con tanto misterio el Joven Luchador. Tenía la impresión de que volvíamos a bajar la cuesta que poco antes habíamos subido, a doblar la esquina que habíamos desdoblado al principio. «Razones de seguridad», pensaba cada vez que me daba un tropezón contra el suelo, sin atreverme a protestar.

Nos detuvimos al llegar ante un portalón, en el que el Joven Luchador llamó con una señal que se adivinaba como convenida previamente y cabalística. Nos abrió un muchacho al que —ahora sí que no tenía duda— había visto en la plaza aplaudiendo más que nadie, cuando el Hombre de las Ceremonias me daba su discurso de

bienvenida.

Entramos directamente a un salón inconfundible: el despacho de Juan el Poeta, en la trasera de la Tienda. Había más luz que cuando yo había estado allí al anochecer. Había desaparecido el ambiente de tristeza y se percibía un alegre silencio. Apenas se advertían los libros que tapizaban la humedad de las paredes. A una larga mesa de reuniones, de la que antes no me había dado cuenta, estaban sentados unos hombres mayores, muchachos, algunas mujeres. Dos niños andaban a gatas por allí, mientras todos se afanaban en su trabajo. Hasta había uno sentado de medio ganchete en el sillón que Juan tenía bajo el dosel del fondo.

Todos construían figuras arquitectónicas con palillos de dientes, que engomaban en sus extremos pacientemente. Sobre las mesas había unas cajas de medicinas, de donde sacaban los palillos con unción y misterio, para engomarlos y disponerlos en la esquina exacta del edificio en miniatura.

Antes de que tuviera que preguntar, el Joven Luchador, siseando las palabras como si mientras estuvieran oficiando una ceremonia religiosa, me explicó:

—Éste es nuestro trabajo. Hasta ahora solamente somos cien mil. A estas horas, en todo Calenda, hay tres mil personas en centros como éste, construyendo monumentos con palillos de dientes. En el momento en que todos los habitantes de Calenda hagan por las noches catedrales, o castillos, o torres con palillos de dientes, el Sistema se habrá derribado por sí solo, de inercia y de vejez, y sin que nadie los empuje caerán el Hombre de las Ceremonias y el Gran Alguacil.

También en voz religiosamente baja le pregunté:

—Pero ¿éste es el despacho de Juan el Poeta, no?

—Sí, pero no se lo diga a nadie. Ni ellos mismos saben donde están. No se lo decimos por razones de seguridad. Vienen a trabajar, pero no saben dónde lo están haciendo. Solamente lo sé yo. Yo me encargo de acompañarlos cada noche, como lo he traído a usted. Solamente que a muchos los debo traer con los ojos vendados, porque identificarían los sitios. Por eso tardé tanto en llegar a su habitación, perdone que le hiciera perder el sueño. Aunque le parezca lo contrario, éste es el centro más seguro. Por eso le he traído aquí.

No me lo acababa de creer:

—¿El más seguro? ¿En la Tienda de Juan precisamente? ¿Pero esto no es el sancta sanctorum de Calenda?

—Precisamente por eso. Es donde menos pueden imaginarse que estamos. Ellos saben lo que hacemos. Serían tontos si no lo supieran. Figúrese el trasiego de tres mil personas todas las noches por las calles, de un lado para otro. Ponen rondas de alguaciles y de agentes especiales, pero no pueden dar con nosotros. Estamos muy bien organizados. Porque los más señalados y los más comprometidos no vienen a los centros, sino que se quedan haciendo las figuras en sus casas. Y aquí no vienen sino los que ya han dado pruebas de amor a nuestra Causa, los que ya saben hacer figuras en tres dimensiones. Porque hay muchos que le llaman a uno para enseñarle una

estrella de Sión, pongo por caso, hecha con palillos de dientes, igual que nuestros trabajos. Pero son agentes. Entonces, cuando enseñan una de esas estrellas, hay que poner cara de sorpresa, y preguntar qué es, y para qué sirve. Se lo advierto porque no me extrañaría que mañana le hicieran la prueba, si le han visto por la calle conmigo. Y si encontraran en usted entonces un resquicio de seguridad, le encarcelarían.

Como quien enseña una exposición de trabajos escolares, me fue mostrando lo que estaba haciendo cada cual. Hizo que me detuviera especialmente ante un anciano que construía un perfecto Duomo de Milán:

—Tiene más mérito que nadie —me dijo el Joven Luchador—. Hace muchos años, lo cogieron los especiales en su casa una noche, mientras hacía el Duomo de Milán. Se pasó muchos años en la cárcel. Lo torturaron. Le dieron drogas para que se olvidara de los palillos de dientes. A pesar de todo, ahí lo tiene. Cada semana se hace un Duomo de Milán. No hace otra cosa. ¿Hay que echarle valor, eh? —me preguntó con entusiasmo.

—Sí, muchísimo valor —tuve que contestarle.

Una muchacha hacía la Torre Eiffel. Como yo mostrara cierta curiosidad por su trabajo, el Joven Luchador me explicó:

—Es lo más llamativo, pero también lo más fácil. Por eso se lo dejamos a las jóvenes compañeras que están empezando a trabajar en la Lucha. Si los alguaciles la cogen con una Torre Eiffel, como es lo que más encuentran, con un poco de suerte quizá ni la encarcelan.

Había otros que hacían Torres de Pisa, Plazas de San Marcos, Vaticanos, Casas Blancas, Kremlims, Casas Rosadas, Palacios de la Moneda. Se les veía apasionados, con los ojos enrojecidos por la emoción y el odio. Observé que aprovechaban al máximo el material. Por ejemplo, si para rematar un capitel necesitaban solamente medio palillo, sacaban uno de las cajas de medicinas, lo cortaban con aplicación, engomaban una mitad y la otra, la volvían a depositar en la caja con unción, como quien guarda una joya. Tanto me llamó la atención que no hubiera por el suelo ni sobre las mesas qué digo ni un palillo, ni un trozo, ni una astilla, que le pregunté a mi apasionado guía:

—¿Por qué aprovechan tanto los palillos?

—Es que están prohibidos en Calenda, como comprenderá. Cuando vieron que los utilizábamos para derribar el Sistema, los prohibieron. Desde entonces tenemos que hacernos con ellos clandestinamente y traerlos a escondidas. Estos que se están usando hoy han venido esta misma tarde, precisamente en el autobús que le trajo a usted. Nos los ha pasado una mujer en el fondo de una cesta de huevos, entre la paja. Uno de los nuestros, que es médico, fue a su casa a recoger la cesta y después me los llevó a la Posada en estas cajas, con el pretexto de que eran las medicinas del cliente de la trescientos dos, que padece del estómago. Otras veces los traemos dentro de frascos de jarabe, pero hay que limpiarlos después y es peligroso. Hay muchísimas formas, y ni los alguaciles ni los especiales pueden registrar a todo el que pasa por la

calle. Como más frecuentemente los llevamos es en el forro de los vestidos o en una doble suela, en los zapatos. Claro que los especiales acaban siempre descubriendo cada método nuevo que inventamos y hemos de estar renovándonos continuamente. Para eso piensan exclusivamente los del Centro Intelectual, que a cambio están dispensados de tener que hacer de madrugada catedrales y torres, como nosotros.

Como el Joven Luchador vio que con sus palabras me adormilaba, a pesar de la sorpresa con que lo contemplaba todo, comprendió que ya era hora de que me fuera a la Posada. Los hombres seguían trabajando cuando cruzamos el portalón por el que habíamos entrado:

—¿Le acompaño?

—No hace falta, siempre me deja usted volver solo desde este sitio. ¿No es así?

—Pero ya sabe —me alertó el Joven Luchador al despedirse—: ni aunque le torturen diga usted que ha estado aquí. O, bueno, dígalo en ese caso. Así quién sabe si se conseguirá que Juan el Poeta caiga en desgracia.

A pesar de lo profundamente que había dormido, escuché cuando por debajo de la puerta una mano hacía deslizar el periódico. Me levanté sin resto alguno de sueño en los ojos, y eso que ciertamente había dormido pocas horas, y tomé el diario. Mi foto venía en la primera página. La habían tomado sin que yo me diera cuenta cuando hablaba la tarde anterior en la plaza con el Hombre de las Ceremonias y mis compañeros de autobús. Sobre la foto venía un título que decía: «Bienvenida a nuestro Ilustre Huésped». No venía mi nombre por parte ninguna, lo cual me extrañó. Sin embargo, convocaban para la reunión del Gran Salón que me anunciaron. Aunque con una extraña frase: «Podrán asistir exclusivamente los compromisarios que esta semana están de turno».

Cuando pedí el desayuno, pregunté al camarero que me lo trajo a la habitación si podía venir un botones para mandarlo a un recado. Esperaba que el botones que llegara fuera el Joven Luchador, el Muchacho Que Apenas Hablaba, y que él me pudiera explicar aquel rompecabezas del Gran Salón, tal como se me aparecía en el anuncio del periódico.

Pero, por las trazas, el muchacho que acudió a mi habitación no era precisamente de los Que Apenas Hablaban y Luchaban por derribar el Sistema con monumentos de astillas. Era hablador como los de plaza, ceremonioso y entrometido:

—Buena mañana, señor... Podrá usted disfrutar a gusto de nuestro aire y de nuestro sol. Como verá, en Calenda llueve muy pocos días. Es algo que nos envidian todos, pero especialmente los de Nonas.

La misma excusa del paquete de tabaco que pensé para ver al Joven Luchador me sirvió para quitarme de encima a aquel muchacho que hablaba por los codos, no sin que antes me preguntara:

—El tabaco, ¿cómo lo quiere, señor? ¿Rubio, negro, emboquillado, sin emboquillar, largo, corto?

Le dije que como más coraje le diera ya que, como no sé si he dicho ya en este memorial, hace muchos años que me retiré del tabaco.

Eché de menos el cepillo de dientes que el Poeta no se dignó venderme en la Tienda, cuando al salir de la habitación me sentí en la boca el mal sabor de la noche y del poco sueño. A la puerta de la Posada me esperaba un coche oscuro, con visos de oficialidad; el hombre uniformado que lo conducía me invitó a subir:

—Muy buenos días, señor. ¿Ha pasado buena noche nuestro Ilustre Huésped? Vengo a recogerle por encargo del Hombre de las Ceremonias para llevarle al Gran Salón. Los compromisarios ya estarán llegando.

Aparecía todo cubierto de banderas y de grandes retratos del propio Hombre de las Ceremonias y de otra persona a la que no había visto todavía pero que, dados los lugares de privilegio en que estaba colocada su figura, supuse al momento que era el Gran Alguacil. Yo esperaba encontrar ciertamente más gentes en el Gran Salón. Pero apenas llegarían a los ciento cincuenta. Pensé que la ausencia se debía a la humildad de mi persona, relación de todo punto explicable.

Sin darme tiempo a pensar qué hacer para corresponder a los aplausos que me tributaron al entrar por el alfombrado pasillo, me subieron al escenario y me ofrecieron un sillón dorado, donde mis piernas quedaban casi ridículamente colgando, de alto que el asiento era.

No había hecho más que sentarme cuando por el pasillo hizo entrada la banda que la tarde anterior había aparecido también, impensadamente preparada, en la plaza. Como me temí, al llegar junto al escenario se puso a tocar el himno, que todos escucharon puestos en pie. Casi me caí al hacerlo yo.

Fue entonces, mientras sonaba el himno, cuando mayormente tuve tiempo de darme cuenta de las banderas y los retratos que ya dicho queda, y de otra cosa: que apenas había mujeres en el patio de butacas, ni muchachos.

Terminado el himno, el Hombre de las Ceremonias se adelantó hasta una tribunilla que habían colocado junto a las candilejas, para que pudiera leer con comodidad unos papeles que se sacó del bolsillo:

—Nuestro Ilustre Huésped —comenzó a decir—, poco sabedor quizá de nuestras tradiciones, va a tener ocasión en este solemne acto de conocer las realidades de Calenda. Vosotros también, compromisarios de turno, podréis preguntarle cuanto queráis, dentro de un orden y solicitádomelo previamente.

Un hombre con planta de campero —en su frente se observaba la zona blanquecina que el sombrero le protegía del sol— fue el primero en pedir la venia para preguntarme:

—Buenos días, buen hombre. La familia, ¿bien?

—Sí, muy bien —le respondí sorprendido—, muchas gracias.

—Y los niños, ¿buenos? —siguió tercamente en su retahíla.

—No, no estoy casado —le dije—. Bueno, quiero decirle que no tengo hijos.

No resistí la fácil tentación de añadir, para hacerme simpático:

—Porque también podría tener hijos a pesar de ser soltero, naturalmente...

Yo esperaba que todos sonrieran con mi picardía, como en estos casos se suele hacer por delicadeza. Pero lo que escuché fue un autoritario campanillazo del Hombre de las Ceremonias, que me increpó con mayor indignación que delicadeza:

—Estimado señor Huésped Ilustre; señores compromisarios: Como habrán observado, nuestro Huésped es totalmente desconocedor de las tradiciones de Calenda y cree, como tantos forasteros equivocados, que los hombres solteros pueden tener hijos. Está usted equivocado, Ilustre Huésped nuestro, como lo están tantas personas que desconocen la verdad y la belleza de nuestras formas de convivencia. Sabrá usted que ni los hombres ni las mujeres solteros pueden tener hijos. Le explicaré un poco divulgativamente, ya que es usted forastero. Poder, poder, lo que se dice poder, pueden tenerlos. Pero no se ha dado un solo caso en la historia de Calenda, ya va para cuatro mil años. Nuestro respeto a la familia no lo permite. Así que prácticamente es como si no pudieran. ¡Qué prácticamente! —Se enfadó consigo mismo—. Y sin prácticamente también. ¡Que no pueden! ¿Entendido?

Tuve que decir a la fuerza que sí, para que los campanillazos no llegaran a ser un repique general. Desde por la tarde me había acostumbrado a decir temerosamente que sí a todo. No cabía duda de que estaba en óptimas condiciones para que me nombraran hijo adoptivo de Calenda.

El Hombre de las Ceremonias hizo un gesto al campero que me estaba preguntando por la familia, para que siguiera:

—Señor Huésped, pero si usted no tiene hijos, tal como le iba preguntando, tendrá hermanos, y tíos, y a lo mejor le viven sus padres...

—No —respondí con una sonrisa—, no tengo a nadie. Estoy solo en el mundo...

El Hombre de las Ceremonias aprovechó la ocasión para ponerme como ejemplo. Señalándome con un puntero extensible y metálico que sacó del alto pupitre tras el que se hallaba, como quien muestra una mariposa pinchada con un alfiler en un tablero de corcho, gritó:

—Vean, señores compromisarios; vean a lo que puede llegar la negación que de todos nuestros valores hacen los extranjeros. Ahí lo tienen, un hombre sin familia. ¿A que si fuera de Calenda esto no podría ocurrir?

Salió un *no* general que hizo temblar las tablas del escenario. La banda comenzó a tocar con alegría y todos a aplaudir, mientras yo sentía más vergüenza que nunca y el Hombre de las Ceremonias empezaba a saludar a quienes le ovacionaban.

Aquello me dio una gran tristeza. Cuando más aplaudían llegué a sentir envidia de ellos, enajenado por el entusiasmo que exteriorizaban. No pude pensar más en esto porque el campero, cuando se hubieron terminado los aplausos y los tatachines de la banda, seguía implacable con sus preguntas, sin titubear:

—¿Qué, de turismo?

—No, a correr mundo.

—Conque a correr mundo, ¿eh?

—Pues sí, señor, a correr mundo —tuve que decir. Me creía estar en un camino, en el departamento de madera pingosa y gutapercha de un tren de tercera, pero no en una asamblea como aquella.

El campero siguió muy seriamente haciéndome preguntas:

—Buen día, ¿eh?

—Sí, señor, que hace una bella mañana.

—Como que nuestro aire...

—Y vuestro sol —le dije, para evitarme más complicaciones—, ¿dónde me deja usted vuestro sol?

Por vez primera me aplaudieron y vi que dejaban de mirarme con malos ojos. Con la visita nocturna a la trastienda de Juan el Poeta y con el mal sabor de boca por culpa de no tener cepillo de dientes, no había tenido ni tiempo ni humor de pensar que lo más conveniente en el Gran Salón sería seguirles la corriente, decir que sí a todo y basta. Noté que el campero, en las preguntas que me hizo después, había perdido en parte el tono de superioridad y de desconfianza con que comenzó aquel almidonado

diálogo:

—Señor Huésped, si el preguntar no es molestia...

—No, en absoluto. Pregunte, pregunte usted todo lo que quiera, para eso creo que estamos aquí. En ninguna parte como en Calenda se puede preguntar y responder con esta libertad...

Estaba visto que ya me había aprendido los resortes que les hacían reaccionar. Porque otra vez me aplaudieron. Cuando alguien siseó para que dejara de aplaudir una empecinada mujer —como si hubiéramos estado en un banquete habrían dado con las cucharillas en las tazas de café—, siguió el campero:

—No, lo que quería preguntarle es qué viene usted a hacer aquí.

—Se lo diré, señor mío, nada de importancia...

Pero me interrumpió:

—No crea usted que le hago esta pregunta por desconfianza, ¿eh? Que aunque es usted forastero, no se le ve cara de mala persona. Es porque muchos vecinos me han dicho esta mañana: José, como usted va a poder verle y hablar con él, pregúntele usted, vamos, que le pregunte que qué vende, hablando mal y pronto.

—Pues, señor —le dije, muy parsimoniosamente—, vender no vendo nada. ¿Cómo voy a hacerle la competencia a la Tienda?

Ya sí que rieron. Así que pude continuar metiéndomelos en el bolsillo:

—Yo es que —les dije—, estaba harto de estar en la ciudad, preguntándome dónde había llegado la sangre, con aquel silencio, con aquellos guardias por las calles, con aquel miedo. Y me dije: «Tengo que irme a Calenda. Allí sí que seré feliz».

Ni que decir tiene que volvió a tocar la banda. A un gesto del Hombre de las Ceremonias, todos dejaron de aplaudirme y el campero pudo terminar su intervención:

—Ea, pues que usted siga bien. Me alegro de verlo bueno.

Luego hablaron un cartero, un aguador, un anciano, la mujer que tanto aplaudía. Después, el Hombre de las Ceremonias dio un discurso. Al final, dijo, dirigiéndose a mí:

—Y ahora, aquí estamos a disposición de nuestro Ilustre Huésped para que él pueda preguntarnos todo cuanto quiera.

Temiendo más campanillazos, y acordándome de cuanto por la noche me había enseñado el Joven Luchador, me limité a decir:

—Yo, queridos amigos, cuando venía para acá, pensaba hacer muchas preguntas. Ya, todas ellas son innecesarias. Me habéis ganado con vuestra generosidad. No tengo que hacer ninguna pregunta. Porque a todas mis preguntas han respondido ya el aire, el sol, el agua de Calenda.

Todavía resuena en mis oídos, ahora que me acuerdo de aquello, la ovación que me dieron, y todavía me duelen en las piernas las agujetas que tenía al día siguiente. Porque se empeñaron en llevarme a hombros hasta la Posada. Y el Gran Salón estaba

en un extremo del pueblo.

Leyendo los periódicos de la tarde comprendí por qué había tan poca gente en el Gran Salón, por qué tanto estudiado entusiasmo. En primera página, con algunas fotos, venía la información de la sesión que yo había protagonizado. La leí. Pero lo que más me interesó fue un informe complementario que apenas destacaba el periódico, como sabido por todos:

«A la asamblea —escribían— correspondió esta mañana asistir, de acuerdo con nuestras normas de convivencia, a los siguientes ciudadanos:

»—*Varones nacidos en los meses pares de 1924.*

»—*Mujeres nacidas en los meses impares de 1914.*

»—*Vecinos menores de treinta años de las casas de la acera izquierda del Barrio Nuevo.*

»—*Ancianos supervivientes de la Gloriosa Carga de Caballería en la Revolución.*

»—*Comisionados del Gremio de Aguadores.*

»*Como recordarán nuestros lectores —seguía diciendo el periódico—, a la próxima asamblea, cuya celebración se anunciará oportunamente, deberán asistir:*

»—*Varones nacidos en los meses impares de 1924.*

»—*Mujeres nacidas en los meses pares de 1914.*

»—*Vecinos mayores de treinta años de las casas de la acera izquierda del Barrio Nuevo.*

»—*Ancianos supervivientes del Glorioso Cuerpo de Acemileros en la Revolución.*

»—*Comisionados del Gremio de Carteros».*

Deseé por un momento llamar al Joven Luchador, que seguro que estaba entre los botones del turno de la tarde. Pero temí que si nos veían hablar demasiado, algo podría ocurrirnos a cualquiera de los dos. Por un instante preferí los grandes silencios miedosos de la ciudad, mis preguntas por la altura que había tenido en cada esquina la riada de la sangre, los guardias vigilando las colas de los autobuses, el furgón gris aparcado en la esquina previsoramente. Pensé que todo en la ciudad era más espontáneo, que siempre había forma de evitar la presencia de los guardias, de preguntar a las muchachas en la misma calle de cada tarde por qué la sangre había llegado tan alta en aquella casapuerta.

Así que, para hacerme el encontradizo con el Joven Luchador, y viendo que era ya la hora, puesto que había dormido una larga siesta y comenzaba a anochecer, me fui hacia el comedor de la Posada.

Cuando me senté a la mesa, un camarero me trajo el periódico abierto por la página donde hablaban de mí y de la asamblea celebrada por la mañana en el Gran Salón.

—Muchas gracias, ya lo he leído —le dije.

—¿Le ha gustado la asamblea al señor?

—Mucho.

—¡Quién conociera una de ellas! —dijo casi suspirando.

—¿Pero no ha estado usted nunca allí? —me extrañé.

—No, señor. Según lo que publica el periódico, a mí me tocará dentro de unos catorce o quince años. Van todavía por los de 1924, y yo nací en 1937...

—Créame que lo siento —fue todo lo que se me ocurrió decirle.

—No lo sienta, señor —me respondió muy digno—; ésta es la grandeza de nuestras normas de convivencia, que está uno toda la vida esperando el día en que pueda asistir a la asamblea, preparándose para ella.

—Entonces, ¿aquel hombre de campo que me preguntó?

—¿Cuál, el que viene en el periódico con tantas alabanzas? —me dijo el camarero—. Ésa es nuestra grandeza, como le iba diciendo, señor. Ese campero que le preguntó, según he podido saber por lo que he desprendido de lo que leí en el periódico, dicen que es la vez primera que viene a Calenda, que solamente dejó el cortijo para hacer la Revolución y participar en la famosa Carga de Caballería con su mulo de noria. Según me ha dicho el cocinero, que está muy enterado de nuestras cosas históricas, porque dentro de siete meses le tocará asistir al Gran Salón, ese campero es analfabeto. ¿No es grande que hasta los analfabetos puedan hablar una vez en su vida en la asamblea, señor?

Tras el elogio a que me vi obligado, me comenzaron a servir la cena. En silencio estaba yo comiendo, cuando vi que dos muchachas que estaban cenando en una mesa cercana empezaron a discutir con el camarero. El hombre que tan amablemente había hablado conmigo antes de servirme la cena se mostraba ahora agresivo con ellas, con los ojos enrojecidos por el odio. Así que presté atención a lo que se traían en la

discusión, y, disimulando mientras partía anatómicamente el pescado, pude enterarme de que lo que ocurría es que habían pedido unos palillos de dientes. El camarero estaba explicándoles a gritos:

—¿Pero ustedes no saben que los palillos de dientes están prohibidos en Calenda, porque atentan a la convivencia?

Las muchachas se pusieron a reír y darse palmotadas, celebrando su sorpresa ante tal contestación. Hasta me miraron intencionadamente, para que participara en su alborozo. Les había entrado una risa nerviosa que difícilmente pudieron contener cuando por la puerta que daba a la cocina salieron cuatro alguaciles y se las llevaron, después de esposarlas.

Cuando todo había pasado, mientras firmaba mi conformidad en la nota de la comida, pude preguntar al camarero, haciéndome de nuevas:

—¿Y por qué están prohibidos los palillos de dientes?

—Muy claro, señor —me dijo—: la gente, sabrá usted, no siempre sabe hacer recto uso de la libertad que aquí disfrutamos. Y engañadas por falsas doctrinas que vienen de fuera... En fin, usted me entenderá, usted no, usted es un forastero honrado, un forastero que respeta nuestro orden, y por eso ha sido declarado nuestro Huésped Ilustre. Pero no todos los forasteros son iguales, señor. Hay algunos que siembran la cizaña, que predicán doctrinas erróneas entre la juventud y los ideológicamente más débiles. ¿Y sabe usted qué hacen con los palillos de dientes?

—Pues no, señor; no tengo ni idea —respondí, fingiendo cuanto podía.

—Pues ¡catedrales y monumentos! —exclamó indignado.

—¿Cómo que catedrales y monumentos? —insistí en mi falsa candidez.

—Pues sí, señor: catedrales y monumentos. Los cogen, y con goma y cortándolos hacen copias en miniatura de los monumentos famosos. Incluso hay algunos tan faltos de patriotismo que se atreven a copiar con palillos de dientes la torre de la iglesia.

—Y eso está mal... —dije, por seguir en mi salvadora ingenuidad.

—¿Cómo que está mal? ¡Está castigadísimo! ¿No ve usted que nuestras normas dicen bien claro que los palillos de dientes no deben servir más que para hurgarse las encías y las caries el que las tenga, o todo lo más para ponerles en la punta un hisopillo de algodón atado con hilo y limpiarles las orejas y las narices a los niños de pecho? Pues nada: ellos, llevados por esas doctrinas, se empeñan en todo lo contrario. Y lo que más me fastidia es que hacen todo esto porque saben que va contra nuestras tradiciones. Fíjese usted si serán ilusos —me dijo ya en un tono menos amenazante—, que creen que así van a derribar nuestro sólido Sistema.

Se puso a reír. Yo también reía con todas las ganas que podía improvisar.

Afortunadamente, había pasado con éxito el primer control. Porque cuando salía del comedor vino hacia mí, como si me estuviera esperando solamente para eso, uno de los empleados:

—¿Ha cenado bien el señor?

—Magníficamente —le dije—. Muy fresco el pescado, ¿eh?, muy fresco, sí, señor.

—¿Ha estado bien servido?

—Estupendamente atendido. Y muy amable el camarero que me ha servido. Es nuevo, ¿no?

—Por eso quería darle explicaciones, señor, en el caso de que no hubiera quedado satisfecho. Es que, en realidad, no es un camarero.

—¿Que no es un camarero? Pues sirve estupendamente...

—No, no es un camarero. Es un alguacil del cuerpo especial. Hoy les correspondía hacer el control de huéspedes.

—¿Control de huéspedes?

—Sí, comprobar el grado de salud moral de las personas que están alojadas en la Posada. Para eso, de vez en cuando, vienen estos alguaciles, «los especiales» les llamamos en Calenda familiarmente, y se ponen a servir como camareros, o a hacer recados, de botones, o a dar las llaves en conserjería. Así pueden comprobar por sí mismos la salud moral de nuestros clientes y adoptar las oportunas medidas de seguridad para los visitantes que ellos juzgan peligrosos para la comunidad.

El empleado del hotel, correctísimo con su profesional traje de etiqueta, me dio un cigarro, que rechacé con un gesto, y me invitó a sentarme en el amplio salón de la entrada, mientras pedía una copa para mí, a un camarero que llamó para eso.

—Verá —continuó explicándome, muy amable siempre—, a otros huéspedes no se le dan estas explicaciones, como comprenderá. Pero quería dárselas, no fuera a tener quejas de lo mal que le hubiera podido servir y nos pidiera al irse el libro de reclamaciones.

Reímos. Yo añadí, para redondear la broma:

—Además, que una firma de un Huésped Ilustre debe estar en el libro de honor, no en el libro de reclamaciones...

Reímos otra vez. Y siguió el alto empleado de la Posada vestido de etiqueta:

—A veces los *especiales* nos hacen quedar en muy mal lugar, y llueven las reclamaciones al libro. Menos mal que no las tienen en cuenta, porque miran las fechas en que se producen y no nos ponen multas. El Sistema es muy generoso para las empresas que, como la nuestra, están siempre dispuestas a colaborar a la mejor convivencia. Pero comprenderá que se dan casos francamente divertidos, y algunas veces hasta desagradables.

—Claro —me imaginé en seguida—, un especial que le echa a un señor la sopa por encima y cosas así, ¿no?

—Y todavía más —me dijo el Hombre del Traje de Etiqueta, sin ocultar su alborozo—. Una vez bajó una señora en camisón a reclamar, de madrugada. Un especial que tenía que hacer las veces de fontanero para ver si por las noches todos nuestros clientes estaban encamados de acuerdo con nuestras normas de convivencia, como no sabía nada de fontanería, había roto las cañerías del cuarto de baño y se había inundado la habitación. Pero las cosas no suelen ser tan graves. Cuando vienen los especiales, lo normal es que con la carne sirvan vino blanco y con el pescado, tinto; que traigan los platos ya servidos desde la cocina, pequeñas minucias. Nunca es nada grave, aunque generalmente sí es divertido. Además, la empresa puede prestar un gran servicio al Sistema.

Ya estaba francamente interesado en los modos de represión. Así que con todo desparpajo pregunté, mientras aceptaba a que me invitaran a una segunda copa:

—Y este control, ¿se hace únicamente aquí en la Posada y para nosotros los forasteros, o es para todo el mundo?

—Naturalmente que es para todo el mundo. Los otros controles son cosa sabida, por eso no le he hablado de ellos. ¿No los conoce usted?

—¿Otros controles? —Volví a la rentable candidez, por lo que pudiera tronar, aunque me maliciaba de qué se trataría.

—Sí, existen muchos otros —me dijo el Hombre de Etiqueta—. Los especiales son unos chicos estupendos, créame, unos magníficos profesionales. Son unos técnicos, y hacen lo que les ordenan, aunque la gente diga lo que dice. En la escuela les exigen mucho, pero salen francamente bien preparados.

—A la vista está —razoné, halagando—. Nunca me han servido tan bien en un restaurante como esta noche, sin que ello signifique censura para el personal digamos habitual de la Posada —dije para alabar a camarero tan especial, aunque la verdad es que no suelo comer muchas veces en restaurantes.

—Como le decía —continuó el Hombre de Etiqueta—, les exigen, pero los preparan bien. Este mismo agente que le ha servido esta noche a lo mejor mañana tiene que ayudar a misa de ocho, para controlar al cura, y después conducir el autobús que va a la ciudad para ver si se cumplen las normas del acuerdo entre Calenda y la ciudad sobre silencio en el autobús, y luego por la tarde quizá tenga que hacer de fogonero en el ferrocarril y por la noche hacerse pasar por chulo de prostitutas. Les pagan francamente bien, pero es un trabajo muy difícil. El sistema les debe mucho mucho más de lo que les puede pagar.

Como cada vez tenía menos confianza en nadie, y hasta empezaba a pedirme cuentas a mí mismo por haberme comportado tan desenfadadamente con el botones cuando vino a buscarme a la habitación, pensando como estaba en que también podía ser el Joven Luchador un especial, no creía conveniente alargar más aquella conversación, dado que podría hacer demasiadas preguntas. Por lo que vi el cielo abierto cuando el Hombre de Etiqueta me sugirió:

—¿No conoce Calenda de noche?

Fugazmente relacioné esta pregunta con la que me hizo otro empleado del hotel desde el mostrador de la conserjería cuando la noche anterior salía hacia un destino desconocido con el Muchacho Que Apenas Hablaba y que luego resultaría ser el Joven Luchador. Así que le dije:

—Bueno, sí; anoche me di una vuelta por ahí, solo, a tomar el aire. Este aire de Calenda...

En vez de aplaudirme, como ya empezaba a pensar que fuera lo lógico, picaramente bajó la voz:

—No, pero no me refiero a ese tipo de noche. Yo me refería a la noche... En fin, usted me entiende. Las chicas, los locales nocturnos...

Y después me hizo un gesto intemporal e internacional de lo que nos podría aguardar en esa noche.

—Pero ¿está permitido eso en Calenda? —dije con verdadera sorpresa.

—Bueno —me confesó—, comprenderá que no está permitido por nuestras normas. Pero siempre hay fórmulas. Usted me entiende... Los alguaciles pasan la mano, porque comprenden que es natural. Hasta los especiales, cuando tienen que hacer el papel de chulos de prostitutas, hay veces que representan su función demasiado a lo vivo. Para eso los enseñan tan bien en la escuela...

—En ese caso —dije, sin dejar de pensar en que el Hombre de Etiqueta fuera un especial—, no me gustaría subvertir el orden de los que han declarado su Huésped Ilustre.

—¿El orden? Pero si eso es lo más natural. Lo que pasa es que no se puede decir a los cuatro vientos, porque entonces, comprenderá usted... ¿Usted conoce al Hombre de las Ceremonias, no?

—Naturalmente. ¿Cómo no lo voy a conocer?

—Pues menudas juergas nos hemos corrido juntos... Solamente le digo eso para que usted se haga una idea...

Y tan atrayente me pintó después la subrepticia vida nocturna, que no tuve más remedio que aceptar su invitación para visitar juntos algunos locales. Contra lo que había ocurrido la noche anterior con el Muchacho Que Apenas Hablaba, esta vez salimos los dos juntos por la puerta principal. El portero nos miró picaramente cuando el Hombre de Etiqueta pidió un coche. Porque, también contra lo ocurrido la noche anterior, esta vez mi acompañante no se había quitado la ropa de trabajo.

Lina me llevó a uno de los rincones más oscuros del ya de por sí oscuro local. Momentáneamente, el Hombre de Etiqueta se había perdido por otro rincón con una amiga de Lina, justamente la que con ella y un hombre de sexo no claro —que después desapareció con un muchacho— había hecho momentos antes un número de estristís que anunciaron como «La convivencia».

Lina me echó sus manos por los hombros. Había un faro que portuaria y cronométricamente pincelaba rayos de luz por los más oscuros rincones. Yo, francamente, no estaba como para cronometrar cada cuántos segundos nos tocaba la pasada de aquellas largas cerdas de luz. Pero a cada destello podía comprobar que Lina tenía pintados los labios con un potingue que, a la luz, los hacía reflectantes. Solos como estábamos en aquel oscuro rincón, intenté besarla. Me puso entonces un dedo en la boca y me alejó un poco. Y con voz de copa bordeada de azúcar y sal, me dijo:

—¿Por qué no te vienes mejor a mi apartamento?

—¿Y el Hombre de Etiqueta?

—Deja al Hombre de Etiqueta, estará por ahí con Tina y se irán a su apartamento también...

—Pero tendremos que pagar esto...

—Déjaselo también al Hombre de Etiqueta.

Y me cogió de la mano y me sacó de allí a través de muchos tropezones con parejas que se abrazaban en la oscuridad, tendidas sobre la moqueta roja. Después de tirar los vasos y las copas de dos mesas, subimos por una escalera de caracol débilmente teñida de luz rojiza. Agradecí el aire fresco de la calle, congestionado como estaba con las copas que nos habíamos bebido, con los abrazos imposibles, con el humo de tantos cigarros en local tan angosto y con la proximidad de los brazos, de los pechos, de los labios de Lina.

Ella se adelantó unos pasos y comenzó a darle vueltas al bolso, como hacen los niños con sus cubos en la playa, como si también hubiera apresado dentro de la negra piel rugosa y esmaltada un trozo de mar e intentara demostrarme que no se caía, que quería permanecer allí en vez de volver a convertirse inútilmente en ola.

Lina, con sus catorce copas de más, cantaba:

.....
Nos parece que estamos...
.....

Viendo la que se nos podía venir encima si nos topábamos con un especial haciendo las veces de pocero, paré el primer taxi que pasó. En cuanto ella dijo dónde nos tenía que llevar, me puse a darle besos. Ahora pienso que fue la forma más amable de callarle la boca para evitar mayores complicaciones. Porque a pesar de estar como estaba, no dejé de pensar en que el taxista también podía ser un especial.

Bien distinto había sido en el taxi que nos llevó a mí y al Hombre de Etiqueta desde la Posada a aquel local. El Hombre de Etiqueta conocía al taxista. Así que en cuanto subimos, le dijo:

—¿A ver si adivinas dónde podemos ir a estas horas?

—¿Dónde va a ser, señor? —Adivinó servilmente el taxista, aunque hay que reconocer que no había que hacer grandes esfuerzos indagadores, dada la picarona voz de mi improvisado anfitrión y confidente—. Supongo que será a «Las Vacas Gordas».

Cuando llegamos vi que le dejó una buena propina, aparte de lo que marcaba el taxímetro. Mientras se guardaba el dinero en la cartera, me sentí en la obligación de confesar:

—Perdone, pero no quisiera entrar...

—¿Por qué —siguió tranquilamente guardando los billetes entre los forros de seda de la piel de su cartera—, teme algo, a pesar de venir conmigo? Ya sabe que soy colaborador del Sistema, ciudadano útil, que nada nos puede ocurrir. Venga... ¿No será que le dan miedo las mujeres?

Y me tomó del brazo. Pero no eran de miedo, y mucho menos de miedo a las mujeres, mis reparos. Eran de dinero:

—Es que no estoy en condiciones de poder corresponder a su invitación. Y quizá tengamos que invitar a unas chicas. Como este viaje ha sido muy precipitado, apenas traigo dinero...

No es que apenas llevara dinero. Es que no llevaba dinero. Pero como si tal cosa no ocurriera. La obsequiosidad del Hombre de Etiqueta hacía juego con la distinción de su pantalón a listas negras y grises:

—No se preocupe usted lo más mínimo. Y, además, tome, porque en estas cosas nunca se sabe dónde acaba uno y a lo mejor tiene que invitar a una chica por ahí.

Sin que me diera cuenta y, por tanto, pudiera evitarlo, me metió unos billetes en el bolsillo de la americana. Intenté devolvérselo, y tras un amable forcejeo, un deportivo judo de la buena educación, la obsequiosidad y la honradez, tuve que desistir, cuando me tomó del brazo y, entrándome por una pequeña puerta antigua, hizo gala de unas enormes dotes de originalidad:

—Vamos, mi querido amigo, que la noche es joven.

La tónica juventud de la noche de Calenda pude comprobarla cuando traspasamos la pequeña puerta de cuarterones y entramos en un saloncito venéreo alfombrado de rojo, donde un hombre con capote de uniforme azul celeste se quitaba la gorra para darnos las buenas noches y una señora, detrás de un mostradorcillo, intentaba darnos una ficha de latón a cambio de unos abrigos que no llevábamos. Por lo que, como compensación, tuvimos que comprarle unos paquetes de tabaco, por no desentonar. Estaba haciendo en Calenda una magnífica colección de paquetes de tabaco que nunca me habrían de servir para nada.

En aquel saloncito venéreo de la entrada había unos sillones que ahora no me

explico para qué servirían, dada la rapidez con que cogimos hacia abajo los también alfombrados peldaños de una escalera de caracol, misteriosa y oscura.

Abajo había una larga barra de bar en penumbra, llena de gente y de humo, y se veían como muchas mesas con siluetas sentadas en torno a ellas. El foco del que antes hablé me permitió, de entrada, ver alternativamente un pecho a medio descubrir, unas bragas rosa al final de un espléndido muslo, un cuello esbelto rodeado de un collar que lo hacía aún más apetecible, el bigote de un señor muy acaloradamente en faena, una botella de *whisky*.

Nos sentamos en dos taburetes que quedaban libres en la larga barra del bar. Se acercó un camarero con igual amabilidad que el especial que me había servido la cena:

—Buenas noches —dijo dirigiéndose al Hombre de Etiqueta—, veo que viene usted acompañado por nuestro Ilustre Huésped.

Por lo visto, todos me conocían, aunque yo no había hecho el menor esfuerzo para que así sucediera. Tras saludarme muy cumplidamente dijo a mi acompañante, con suficiencia:

—Usted, ya lo sé. Lo mismo de siempre. —Y dirigiéndose a mí, como si no estuviera presente—: ¿Y nuestro Ilustre Huésped?

—Lo mismo —dije, para no desentonar y para evitar que, si las cosas rodaban mal, no pudieran acusarme más que de complicidad.

Aquello estaba malísimo. Lo servían en una copa con el pie muy alto, de forma que había que alzarse del taburete para tomar el primer sorbo sin que el líquido alcohólico se derramase. Menos mal que después era más fácil. Pero cuando ya tenía consumida la copa de forma que bebería hasta era un placer escenográfico y escultórico —pensé por un momento que, naturalmente, las habría diseñado Juan el Poeta y que las vendería en su Tienda—, se acercaron las dos chicas de las que ya he hablado, muy atractivamente vestidas. Quiero decir con esta frase que llevaban muy poca ropa encima, y que la que llevaban era toda de lentejuelas y cosas que relucían bastante cuando el faro nos daba sus sistemáticas pasadas para animarnos más a beber, a fumar, a desear que aquella señora que estaba sentada frente se echara un poco más hacia atrás, a fin de poder comprobar si sus bragas eran celeste, negras o blancas, aunque nunca se podían distinguir con certeza los colores entre tanto humo y tanta penumbra.

Las dos muchachas nos saludaron profesionalmente. Al Hombre de las Ceremonias le dieron un beso. A mí, simplemente, la mano y eso de:

—Chao...

Después, también profesionalmente, nos preguntaron si las invitábamos. El Hombre de Etiqueta, porque yo no estaba en condiciones de soltar prenda, dada la desierta soledad de mis bolsillos, dijo que sí.

Y comenzó la lección de geografía. A mi lado se sentó la más alta. Me pidió un cigarro, y entonces saqué los dos paquetes de tabaco que inútilmente llevaba, para

que pudiera escoger. Encendiendo uno, me preguntó:

—Tú no eres de aquí, ¿no?

—No, yo soy mayormente forastero.

Reía. Y bebía bastante bien. Porque no había acabado de preguntarme esto cuando, sin previa consulta al Hombre de Etiqueta, le hizo un gesto al camarero que, desde el otro lado de la barra, cruzando milagrosamente el humo sin caer fulminado y la penumbra sin tropezar, acudió con prisas para llenarle la alta copa. Mientras provocativamente abría mucho la boca al echar el humo, volvió a la lección de geografía y a las generales de la ley:

—¿Y qué eres?

—¿Quién yo? —respondí tímidamente, puesto que al echar el humo lo hacía circularmente, seguro que para que no se pudiera respirar en rincón alguno del local.

—Quizá no te lo creas —le dije, muy nervioso al ver sus caderas oscilando intencionadamente sobre el taburete—, pero soy el Huésped Ilustre.

Se bajó rápidamente del taburete, riendo a carcajadas, echándose las manos al estómago, con lo que me privó del espectáculo de sus caderas y de sus pechos. Después que se había reído todo lo que se tenía que reír, me pidió permiso innecesariamente:

—Ay, hijo, déjame que me ría. ¡Qué golpes tienes...!

Y se vino para mí, que no me había movido de la incómoda altura del taburete. Y mientras me echaba una mano por detrás de la nuca, apartando a un lado al Hombre de Etiqueta, que en cuanto se puso a hablar con la otra nos dio la espalda, me mostró entre risas a su compañera:

—Tina, ¿sabes lo que es éste?

El Hombre de Etiqueta y la otra se volvieron para mirarme, con curiosidad, en vista del espectáculo verbal que comenzaba a dar mi acompañante, que les dijo:

—Pues es... Bueno, pero es que esto tiene una gracia...

Y de nuevo comenzó a reír y a llevarse las manos al estómago, por lo que apenas se le pudo escuchar cuando dijo:

—Este hombre, que dice que es Huésped Ilustre...

La otra preguntó:

—¿Cómo dices?

—Huésped Ilustre, sí, hija, huésped ilustre... Míralo, con esta cara, y Huésped Ilustre el pobrecito mío...

Los otros se rieron. Francamente, me sentó mal que el Hombre de Etiqueta siguiera aquella broma, precisamente cuando ya estaba empezando a sentir orgullo de que me hubieran declarado Huésped Ilustre. Pero vi que, por encima de la fiesta que se traían conmigo nuestras dos ocasionales acompañantes, el Hombre de Etiqueta me hizo un gesto como para decirme que no tomara en cuenta aquello, que él comprendía que debía sentirme digno y ofendido, pero que consintiera, a cambio de cuanto podíamos conseguir de las dos muchachas en la larga, tópicamente joven noche de

Calenda.

Así que seguí respondiendo de buena o mala gana a la lección de geografía de mi acompañante, que en seguida me dijo que se llamaba Lina, y que su amiga, Tina; que ella no era de Calenda, pero que llevaba allí desde hacía mucho tiempo y que se sentía como en su propia casa, que le agradaba el juego tan divertido de tener que aparentar durante el día que trabajaba como limpiadora nocturna de las oficinas del Gran Salón.

Luego se retiraron las dos, con la excusa de que iban a empezar las atracciones y tenían que hacer su número. Pero pasó bastante tiempo y en la pista seguía bailando la gente, y las luces encendiéndose y apagándose, y el faro barriendo los rincones. El Hombre de Etiqueta lo encontró muy natural. Y me contó que cada año cerraban varios locales nocturnos:

—En cuanto los descubren los especiales, claro —adiviné.

—No, los especiales los tienen localizados incluso desde antes de que se abran. Los cierran por cosas nimias. Al menos, ésa es la razón que dan, para no decir por qué los cierran de verdad. Por ejemplo, éste, «Las Vacas Gordas», es del mismo dueño que «Las Vacas Flacas», otro que cerraron el año pasado. ¿Y sabe usted por qué lo cerraron?

Como acababa de comprobar que dotes de adivino no tenía y el Hombre de Etiqueta estaba con las copas muy hablador, apenas tuve que hacer un gesto para que continuara:

—Pues lo cerraron porque las copas no tenían la altura reglamentaria. Llegaron los especiales con un libro viejísimo y el dueño no tuvo más remedio que cerrar.

—¿Un libro viejísimo? —Todo aquello me extrañaba de gran manera.

—Sí, las «Ordenanzas del Consejo», se llamaba o una cosa así como ésta. Unas leyes del siglo XIII que, según dijeron después los periódicos, cuando ya había pasado todo aquel jaleo, nadie se había tomado el trabajo de derogar y estaban, por tanto, todavía en vigor. Y en aquel libro se decía que las copas de los locales públicos debían tener una altura determinada. Llegaron los especiales, sacaron un doble decímetro, las midieron, y como vieron que no daban la talla, echaron a todo el mundo fuera y lacraron la puerta. Lina y Tina también estaban trabajando allí. Y a las pobres las echaron a la calle en traje de faena.... Vamos, que llevaban el estristís por la mitad cuando los especiales se pusieron a echar a la gente. Y a ellas, pues con lo que llevaban puesto, que era algo así como un bañador de cinco piezas, según me han contado. Por lo visto, a Tina le dejaron ponerse encima un abrigo de pieles que le había regalado aquella misma noche un forastero. Pero, nada, con la ropa de faena a la calle, una noche de invierno que todavía se recuerda. Si no murieron entonces de frío, nunca más morirán. Lina y Tina deben ser inmortales.

Me siguió contando el Hombre de Etiqueta que, como podía suponer —y eso que yo ya no suponía nada, para evitarme frustraciones mentales—, las ordenanzas del siglo XIII fueron sólo un pretexto. En realidad cerraron «Las Vacas Flacas» porque

Lina y Tina hacían un estristís que titulaban «La Familia». Y me puntualizó más: no fue tampoco por su completa desnudez final —con sólo cuatro sellos de Correos con la efigie del Hombre de las Ceremonias sobre los pezones de sus flotantes pechos— por lo que clausuraron el local, sino porque el número comenzaba con la aparición de las dos vestidas de pies a cabeza con uniforme de gran gala del Glorioso Cuerpo de Acemileros de la Revolución.

El que hacían ahora —porque finalmente lo hicieron, después de muchos acordes de atención y mucho cambio de luces— era, sin rodeos, hasta edificante. Su progresiva desnudez se mostraba como un cuadro moralista sobre la concupiscencia de la carne. Porque, por temor a los especiales, todo estaba ambientado en el siglo XIII, en la época del famoso libro, que el dueño del local se había leído de punta a cabo para hacer las oportunas mediciones de refajos, enaguas, sobremantos y guardainfantes que Lina y Tina se iban quitando poco a poco, entre estallidos de luz y de música. Ver a aquellas dos singulares muchachas quitarse siete enaguas una detrás de otra era un espectáculo que neutralizaba cualquier asomo de erotismo. Para mayor insistencia, al final, cuando ya se quedaban como todos temíamos más que esperábamos, sonaba el himno, y tenían que adoptar —al igual que todos los presentes, incluidos los que se revolcaban amorosamente por los oscuros rincones— una solemne rigidez que alejaba cualquier gesto incitante.

Fue después, ya vestida de su tiempo, cuando Lina me llevó a un rincón, me sacó de allí cuando yo intenté abrazarla y yo llamé al taxi. De lo que pasó después, apenas me acuerdo. Solamente puedo decir que cuanto ocurrió en el apartamento fueron cosas que, supongo yo, también pasarían cuando en el siglo XIII un hombre y una mujer se quedaban solos de madrugada. Supongo también que estas cosas estarían perfectamente justificadas por las aún no derogadas Ordenanzas del Concejo.

—Buenas noches —dije al llegar a la Posada.

—Buenos días —me respondió el portero, sin ocultar una sonrisa de complicidad.

Y para evitar que mi barba de ya casi veinticuatro horas y mi traje arrugado infundieran nuevas sospechas, me acosté y dormí hasta casi el anochecer.

Cuando bajé a cenar estaba de ascensorista el Joven Luchador. En la corta distancia del descenso de unos cuantos pisos me puso al día de sus trabajos:

—Ha debido haber una delación. ¿No vio ayer por la noche a los especiales?

—Sí, ya los vi. Pero le aseguro que no le he dicho ni media palabra a nadie.

—Tenga mucho cuidado que...

No pudo advertirme de más. Ya habíamos llegado a la planta noble, y la presencia de otros clientes, que se disponían a subir en el ascensor, hizo enmudecer automáticamente a mi iniciador.

Habían debido correrse las voces de mi timidez. Porque raro era el día, después que pasaron algunos de mi estancia en Calenda, que no me abordaba alguien para contarme su problema. Y el caso era que me lo contaban y nunca me pedían ni siquiera mi opinión. Todo el mundo quería enseñarme algo, comunicarme algo, iniciarme en algo.

Por eso me sorprendió que aquella mujer alta y bien vestida, con porte extranjero, me dijera nada más empezar a hablarme:

—En sus manos está mi felicidad.

Pensé en una apasionada proposición de matrimonio en una viuda a la que se le hubiera pasado la edad. Después de todo, hasta hubiera sido normal. Raro era el día que mi foto no venía en los periódicos, por una u otra cosa, y siempre con comentarios elogiosos rodeándola de plomo. Alguna mujer se habría enamorado de mí, quizás exclusivamente por esta mi cercanía en las páginas impresas con actores guapísimos, con héroes de guerras lejanas, con hombres ricos y poderosos. Puestos a contribuir a la formación de una institución tan tradicional en Calenda como la familia, no me hubiera importado hacerlo con una mujer de una distinción tan atractiva como aquélla, ya entrada en años, que muy serenamente me echaba a la cara el humo de un largo cigarro que había sacado momentos antes de una delgadísima pitillera de plata, contra la que lo golpeó. Estaba visto que todas las mujeres de Calenda, de la vida o de la aristocracia, o al menos las que había podido conocer hasta entonces, se empeñaban en echarme el humo a la cara, con lo que me molesta.

—Usted me puede hacer feliz —siguió—, solamente usted.

Traté de hacerme interesante, ya que, aunque cada vez tenía mayores argumentos para desconfiar en mis dotes de adivinación, creí que el camino que tenía que recorrer aquella señora para llegar a su felicidad pasaba por una cama, quizá por la de mi habitación o por la de su posible señorial apartamento de esculturas antiguas, espejos con bronce, candelabros de plata y retratos de nobles y rubios antepasados en uniformes carnavalescos anteriores a la Revolución. Pero de nada me sirvió. Echando más cuenta a su pitillera de plata —en el juego nervioso de las manos— que a mi

presencia, casi sin mirarme, me contó apresuradamente su tragedia:

—Verá, es muy largo de contar, pero se lo resumiré, ya sé que usted es un hombre muy ocupado. Todo empezó cuando quise labrarme una casa nueva. El palacio me traía los recuerdos de mi marido...

Por esta vez no había fallado al predecir su nobleza. Muy satisfecho, seguí escuchando:

—Como sabrá, la Revolución abolió la nobleza en Calenda.

—No, no lo sabía.

—Sí, querían que todos fueran iguales. Y para demostrarlo, nos quitaron los títulos e hicieron marqueses a todos los hijos de prostitutas y de madres solteras abandonados aquel año en la Inclusa.

—Crearon entonces una nueva nobleza, no la abolieron —filosofé la historia.

—No, abolieron la tradicional nobleza de Calenda. Aunque hay que reconocer que eso fue sólo sobre el papel. Los marqueses incluseros, cuando pasaron los años y pudieron usar sus títulos, no tenían de qué vivir, después que pasaron por la Casa Cuna y por el Hospicio. Y como todos se convirtieron en ladrones, o en traficantes de palillos de dientes, el título no les servía para nada. Lo único que les servía era lo que no tenían: el dinero. Y nosotros teníamos el dinero, pero nos faltaban los títulos que nos habían quitado los que hicieron la Revolución. Dinero, a pesar de todo lo que ha ocurrido en Calenda y de cómo nos han perseguido y nos han hecho la vida imposible, a nosotros nos sigue sobrando. Nos quitaron las tierras, pero los colonos siguen abonándonos unas rentas simbólicas.

—¿Por qué?

—Por tradición, dicen, para no romper con las instituciones de Calenda, aunque el Hombre de las Ceremonias se lo tiene prohibido. Yo vivo de eso, de aquellas tierras que me quitaron y que ya no me pertenecen. Pero cada año vienen a casa los antiguos colonos o los hijos de los antiguos colonos y me dejan sus dineros, las primeras cestas de la cosecha, las terneras de las vacas de vientre que han parido. A muchos los detienen al salir; pero nunca faltan a llevar las rentas. Yo creo que no es por tradición, como ellos dicen muy orgullosamente, sino por miedo. Cuando estoy sola y pienso en estas cosas, en el fondo creo que me siguen sintiendo miedo, que creen que Ignacio podrá un día volver de nuevo al poder.

—¿Ignacio?

—Sí, el pobre de mi marido. Ignacio, Igny el Noble es el nombre con que ha pasado a la historia. ¿No le han contado sus hazañas?

—No, nadie; usted es la primera.

—También es el miedo, señor, el miedo. Él lo era todo en Calenda hasta que el Hombre de las Ceremonias y el Cuerpo de Acemileros hicieron la Revolución. Se sublevaron...

—¿Y a Ignacio, vamos, a su marido?

—Lo fusilaron en la plaza. Yo he querido irme lejos, para olvidar todo esto; pero

no me dejan. Para más escarnio, me han hecho cantinera de honor del Cuerpo de Acemileros. Rechacé el nombramiento y me encarcelaron. Al cumplir la condena y quedar en libertad, me nombraron nuevamente. No tuve más remedio que aceptar y que acudir cada mes a cobrar el sueldo, porque es un puesto de honor, pero retribuido. De eso, y de lo que dejan en casa los antiguos colonos cada año, puedo ir viviendo. Y le mentiría si le dijera que vivo mal...

—¿Y la antigua nobleza?

—Algunos pudieron escapar y están ahora en Nonas, muy bien situados, porque llegaron antes de que se iniciara allí la conquista del bienestar, que sabe que es el Sistema que tienen. Pero casi todos corrimos la misma suerte. Por eso, como le estaba contando, cuando los marqueses incluseros pusieron en venta sus títulos, nosotros se los compramos. Los tenemos nuevamente. Y así, nos autorizan a tener palacios, a usar colonia inglesa, a timbrar coronas grabadas en oro en nuestras cartas, a ponernos diminutivos de distinción en nuestros nombres de pila y a usar el título en vez del apellido. Gracias a nuestra astucia de clase, no solamente podemos hablar —en privado, naturalmente— de las hazañas de Ignacio, sino llamarle «el Gran Igny», como le decíamos al pobre en vida, o «Igny el Noble», como ya le he contado que ha pasado a la historia.

Me sentí atraído por las hazañas de Igny, sobre las que su viuda pasaba una y otra vez en el vuelo rasante de la memoria. En cuanto se lo pregunté, me hizo una epopeya de urgencia:

—Fueron famosas —dijo riendo, recordando sin duda los mejores años de su vida—. ¿Sabe lo del pan?

—¿Lo del pan? No tengo el gusto...

—¡Lo del pan fue lo más grande! —comentaba para ella misma entre grandes risotadas—. ¡Qué grande era Igny! Verá usted: fue que hubo una gran sequía. Los colonos se levantaron. Algunos historiadores vendidos al Sistema éste del Hombre de las Ceremonias han dado en decir que aquello fue el precedente de la Revolución; vamos, el ensayo general con vestuario. Eso es una ordinariez. Entonces lo que ocurrió fue que vino la sequía y nosotros, claro, como teníamos hechos los contratos con los colonos sin decir si había sequía o no, cuando llegó la hora les exigimos nuestras rentas. Cuando había buena cosecha no se preocupaban de darnos las gracias, ni de dárselas al cielo, ¿no? Pues lo lógico era que les cobráramos siempre las rentas, hubiera sido el año malo o bueno, ¿no le parece?

En tantos contrapuntos se metía, que temí que acabara sin contarme las hazañas del difunto Gran Igny en aquella sequía. No sin grandes trabajos dialécticos lo conseguí, porque a cada caso se reía de lo que acababa de contar ella misma, como en un continuo chiste:

—Todos se sublevaron, todos. Primero, los segadores; después, los mozos de cuadra... ¿No ha visto que ahora hablan mucho de los acemileros, que los acemileros para arriba y los acemileros para abajo, que gracias al Cuerpo de Acemileros ganaron

la Revolución?

—Sí, no me diga más... —Y ahora era yo quien reía, recordando tanto discurso como había tenido que soportar sobre el tema.

—Bueno —continuó la Noble Dama—, pues de acemileros, nada de nada. Mozos de cuadra es lo que eran, que se sublevaron en aquella sequía también, como los sembradores, y los guardas... Todos. Se reunieron, y cercaron nuestros palacios. Cada grupo, el palacio del señor al que tenían que pagar las rentas. ¡Buenos se pusieron los señores! Enfadadísimos y con razón, ¿no le parece?

—No sé que decirle, señora, no conozco el tema —tuve que confesar, para evadirme.

—Pues si no lo conoce se lo voy a seguir explicando. Cuando los otros señores se vieron venir a aquella gente, mandaron a un criado que les dijera: «Que dicen los señores que vayan ustedes a hablar con el Gran Igny. Que lo que él haga, harán ellos». Así que fíjese usted la que le echaron encima a Igny, el pobre. Pero menos mal que tenía valor para acabar con esa gentuza y más. Así que cuando llegaron a casa los del pueblo, mandó un criado para decirles que subieran unos cuantos de ellos, que quería hablarles. Parlamentar, ¿no se dice? Subieron. A mí me mandó retirarme. Pero pude escuchar tras una puerta. ¿Y sabe qué les dijo?

Le confesé que no tenía la menor idea de las hazañas del Gran Igny.

—Pues les dijo —continuó la Noble Dama— que qué querían. Y los otros les dijeron que pan, y no pagar las rentas, que el año había sido muy malo y todavía duraba la sequía. Y entonces Igny, con uno de aquellos golpes geniales suyos, qué hombre, va y les dice: «Todo se arreglará, señores. Tendrán ustedes pan, no pagarán las rentas». Y después les preguntó: «¿Tienen ustedes hambre?». La gentuza aquella se puso a bramar. Él, con su aplomo de siempre, que para algo había estudiado en Inglaterra, fue y les dijo: «Bien, hablemos tomando el aperitivo». No me negará que hay que tener valor para tomar el aperitivo con los colonos que venían a matarnos.

—Sí, hay que tener valor —le dije. Y por agravar la tensión, añadí en broma—: Valor, y una botella de vermut...

Tras reír cortésmente mi ocurrencia, la Noble Dama, esta vez sin la menor incitación por mi parte, prosiguió el relato de las hazañas de su Igny:

—Así que mandó llamar a los criados, y les sirvió de todo. Lo mismo que tomábamos nosotros en el aperitivo, sin distingo alguno. Y los criados, sirviéndoles con guantes blancos a aquella gentuza, no crea. Igny era muy demócrata. Otra cosa no tendría, pero a demócrata no le ganaba nadie. Todavía se recuerda que cuando recorría nuestros campos, les daba tabaco y les decía buenos días a los que se cruzaban con él por los caminos. Así que mientras que los otros estaban allí comiendo y bebiendo, que no sabían ni comer ni beber con educación, y daba asco cómo engullían los canapés de salmón, comenzó a buscar soluciones. Dijo que le pagaran más tarde, cuando hubieran recogido la cosecha. «Pero es que no vamos a recoger nada, es que hemos perdido hasta las simientes», le dijo uno de ellos, de lo más

ordinario. Igny, una solución y otra, y los otros, que nada, que lo que querían era que les perdonáramos la renta de aquel año. ¿Eso cómo iba a ser, no cree? Así que a Igny se le ocurrió una solución genial. Con mucho aplomo, porque hacía falta tenerlo, les dijo que si lo que tenían era hambre, y que no querían pagar las rentas, que aceptaran una apuesta. Es que Igny era genial para las apuestas, mire. Claro, como había estudiado en Inglaterra... Les dijo a aquellos ordinarios que si eran capaces de comerse todo lo que les sirvieran los criados, que les perdonaba las rentas. Y los otros, pobrecillos, aceptaron. Uno hasta tuvo la desfachatez de decir: «¿Cómo todo? Hasta a su señora de usted nos la comemos, con un respeto, claro, es un decir». Igny, con su flema, no lo tomó en cuenta; si lo llega a tomar, habría mandado en seguida que un criado le diera dos tiros a aquel soez. Porque, eso sí, a Igny nunca le gustó mancharse las manos de sangre, y menos de sangre plebeya.

Después me contó la comida que Igny ofreció a los colonos rebelados. Pero como mis conocimientos de gastronomía no son muy extensos, no me atrevo a reproducir el extenso menú para evitar inexactitudes y errores que quizás harían reír a muchos que leyeran mi memorial. Lo que sí recuerdo es el fin de la historia:

—Total —me dijo la Noble Dama, resumiendo—, que todos fueron muriendo, uno detrás de otro, entre grandes arcadas, revolviéndose en sus propios excrementos y vómitos. Ninguno pudo sobrevivir al banquete. Igny entonces mandó que los criados bajaran a la plaza, donde todavía esperaban los otros revoltosos, que optaron por montar a sus muertos en los carros que habían traído cargados de hoces para asesinarlos y de hachas para cortarnos las cabezas y las manos, y llevárselos a las fincas para darles sepultura. Desde entonces, hasta la Revolución, nadie intentó rebelarse más.

Por mí, me hubiera quedado horas y horas escuchando las hazañas de Igny. Pero la prisa que la Noble Dama aparentaba y la información que me proporcionó sobre un volumen que los amigos del héroe, exiliados en Nonas, habían editado allí, y que clandestinamente podía comprarse en Calenda, hizo que no insistiera en el tema y escuchara cada vez con mayor curiosidad el relato que de sus males había venido a hacerme:

—Por todo esto —me explicó—, comprenderá que no puedo seguir viviendo en el palacio, ya que me trae muy malos recuerdos y muchas nostalgias de Igny. Además, que me han hecho una aceptable propuesta de compra. El Hombre de las Ceremonias quiere poner allí el Centro de Estudios sobre la Revolución y está dispuesto a pagar un buen dinero. Así que hace unos meses decidí que lo mejor era mandar que me labraran en las afueras una casita con jardín, para retirarme allí en mi vejez.

—Casa que estará ya muy adelantada —dije, como siempre, por decir algo, como suelo hacer para vencer mi timidez.

—Éste es el problema —me explicó la Noble Dama, mirándome con muy malos ojos—, que no me dejan terminarla.

—Claro, cosas de papeles, autorizaciones, diligencias —entendí. Pero entendí muy mal, porque la mujer siguió explicándome:

—No, nada de eso. La documentación, el proyecto, todo está en regla. Pero los albañiles no pueden trabajar. Verá usted: cuando compré el terreno, el Hombre de las Ceremonias me pidió permiso para organizar allí un acto con tal motivo. Pusieron todo aquello acotado de banderas, con escudos, y altavoces con música. Llegó mucha gente con la banda, y el Hombre de las Ceremonias dio un discurso para celebrar que me hiciera una casa y dejara libre el palacio para el Centro que allí querían hacer. Delante de todos, en una tribuna con colgaduras que levantaron también, firmó la documentación para que la casa pudiera levantarse cuanto antes, para que no tuviera ningún inconveniente burocrático. Pero cuando fui a la Tienda de Juan el Poeta para que me vendiera tres camiones de ladrillos, sacos de cemento y cargas de yeso, me preguntó si estaba colocada ya la primera piedra. Como no estaba, organizaron a los pocos días otro acto. Yo me vi obligada a presidirlo, a echar la primera paletada de mezcla y hasta a pronunciar un pequeño discurso dando las gracias. Traicioné la memoria de Igny, pero creí que era la única forma de que me dejaran tranquila.

Se puso repentinamente triste. Sacó otro cigarrillo de la pitillera y volvió a echarme el humo de la primera chupada en la cara. Yo ya había dejado de pensar en que el camino de la felicidad de la Noble Dama pasara por mi habitación. Todo lo más pasaría por encima de un camión de cemento.

—Pero no me han dejado tranquila desde entonces —se me quejó, como si yo tuviera la culpa de algo— y, lo que es peor, no hay forma de aligerar la obra. ¿Qué se termina algo de los cimientos? Pues allí que llega el Hombre de las Ceremonias con la banda de música y mucha gente, y empiezan a dar discursos y vivas. ¿Qué

terminan el cerramiento de las obras? Pues llegan otra vez, tocan el himno y declaran la jornada como festiva, con lo que los albañiles se van y no trabajan ese día. Y después, al día siguiente, cuando van a comenzar a cavar una zanja, llega otra vez el Hombre de las Ceremonias con su acompañamiento para celebrar el primer golpe de pico en una zanja. Es insoportable, mi querido amigo, no hay forma de que me terminen la casa.

—¿Y qué quiere usted que le haga yo?

—Algo, lo que sea. Usted es Huésped Ilustre y puede hacer algo. A usted le echan cuenta. Algo, no sé, hablar con el Hombre de las Ceremonias, pedirle que me dejen tranquila, que no den allí más discursos ni organicen más concentraciones, que se pueda acabar de una vez la obra.

Me quedé pensando. Entendí al momento que debía haber un evidente interés en que aquella casa no se terminara. Porque entre los monumentos del pueblo me habían mostrado con satisfacción casas terminadas de los cimientos a la azotea en cuarenta y ocho horas, escuelas levantadas en tres días, iglesias en las que habían cubierto aguas en una semana, con el campanario incluido, todo concluido tan rápidamente en la fiebre de cemento, piedra y ladrillo que siguió a la Revolución. Se lo dije así a la Noble Dama. No se resistía:

—Pero usted podrá influir...

Le prometí una visita al Hombre de las Ceremonias, con el único objeto de interesarme por su casa, cosa que hice al día siguiente sin la menor tardanza. Sinténdolo mucho, cuando a la caída de la tarde la Noble Dama acudió de nuevo a la Posada para conocer el resultado de mis gestiones, no pude darle ninguna noticia esperanzadora. Derribada en un sillón del vestíbulo, justamente donde habíamos hablado el día anterior, escuchó el relato de mi cabildeo por despachos y antesalas:

—Mucho me temo, señora —le dije—, que su casa nunca llegue a estar terminada, por mucho interés que usted tenga. Después que le compraron el palacio que todavía habita cayeron en la cuenta de que no podían poner allí el Centro de Estudios de la Revolución, por la sencilla razón de que todavía no lo han creado.

—¿Y a qué esperan para crearlo? —me preguntó con impaciencia, como si todo dependiera de mí.

—Esperan, Noble Señora, a que hayan muerto todos los que hicieron la Revolución. Temen que si el Centro empieza a funcionar ahora, se lleguen a saber sobre la Revolución cosas que no interesa que se sepan.

—¿Qué cosas? —me preguntó la Noble Dama. Ya no supe qué contestar. Porque yo tampoco lo sabía. Como el camino de su felicidad no pasaba por mí, a la mañana siguiente acudí a ver las obras de su casa. No me fue difícil dar con el lugar. Primero, porque ella me lo había explicado con todo detalle. Y después, porque bastó con que en la plaza me incorporara a la manifestación que iba allí, con la banda de música delante, a celebrar el quinto golpe de pico en la segunda zanja de los cimientos.

No encontré un clima de confianza hasta haber entrado en cuatro librerías de las siete que había en Calenda. En la quinta encontré un dependiente que parecía recordarme una de las caras que se afanaban aquella noche en la trastienda de Juan ante los monumentos de palillos de dientes. Nada le dije, por prudencia. Como en las otras cuatro, miré los títulos de los libros expuestos, hojeé algunos de ellos. Todos de la misma monotonía: «Contribución al estudio de las tradiciones de Calenda», «Familia y sol en Calenda», «Nuestra luz (poemas)»... Pregunté a aquel hombre por algunos autores, por algunos libros. Siempre escuchaba de sus labios la misma respuesta:

—Está prohibido...

Todo lo más, me decía:

—Se agotó hace unos años, y no han querido volver a editarlo.

Notaba una sonrisa cómplice, por lo que me atreví a hablarle del libro que ciertamente me interesaba. Finalmente lo hice:

—Me han dicho que en Nonas se ha editado un libro con las hazañas del Gran Igny, y que quizás aquí me lo podían facilitar...

Miró alrededor, y haciendo una seña a la muchacha que se encargaba de la caja, me condujo, a través de estanterías repletas de muchos ejemplares de los mismos pocos libros, a una escalera que bajaba a un sótano. Una vez allí, entre libros que hablaban de todas las glorias de Calenda, recorrió una falsa pared de madera que imitaba mampostería y, mostrándome un armario lleno de libros bien diferentes de los que había en la tienda, todos de distinto tamaño y grosor, con los rótulos del lomo en muchos colores, me dijo:

—Aquí los tiene. Ahí está el libro que usted busca y quizá muchos otros que también le interesan.

Nada hablamos de clandestinidad; supuse que eran clandestinos y creo que él se dio cuenta al instante de mi comprensión. Me dejó a mis anchas abrir unos y otros, sacarlos de los anaqueles, leer páginas enteras. Él, mientras tanto, se quedó allí cerca, aparentemente afanado en quitar el polvo a unos estantes, pero se veía a leguas que lo que hacía en realidad era vigilar si alguien bajaba por la escalera. Sin dejar de ocuparse en su pretexto, se disculpó:

—Perdone que le diera tantas evasivas al principio. Los especiales nos traen a mal traer. Suelen venir con listas en las que exclusivamente hay libros prohibidos, de los que hace muchos años que quemaron en la plaza, en una enorme pira a la que prendió fuego el Hombre de las Ceremonias en persona, pira que hicieron con los libros que expurgaron de todas las librerías y bibliotecas de Calenda. Si cuando vienen los especiales con las listas se le ocurre a uno decir que sí, que tiene alguno de los libros, lo denuncian.

—¿Multan?

—No, quitan el permiso para tener abierta la librería y se lo dan a un antiguo acemilero, a alguna viuda de la Revolución, como premio a determinados servicios.

Ya sólo queda esta librería sin estar regentada por un hombre de confianza del Sistema. Ésta es la más tradicional, era la única que había antes de la Revolución, cuando toda Calenda estaba llena de grandes comercios y de tiendecillas de mala muerte. Todas las otras librerías las fueron dando como premio por favores recibidos. A nosotros nos la requisaron, pero podemos seguir viviendo como empleados.

—¿Requisar? —dije, mientras seguía viendo los libros prohibidos, aunque sin echar demasiada cuenta a las páginas que pasaban ante mis ojos.

—Sí, vamos, que pasó a ser de todos. Desde entonces me dan un sueldo por estar al frente de esto, como a Juan el Poeta, sólo que él también se lleva las ganancias de lo que vende por tener la tienda en la que fundieron todas las que requisaron, y que casi todas estaban en locales de los nobles.

—Pero no será rentable tener una librería, y menos habiendo siete... Con estos libros...

—Al Hombre de las Ceremonias no le importa. Con que canten la copla de Juan el Poeta cuando vienen en el autobús, se siente pagado. Además, cuando tiene que rendir cuentas a la asamblea, con dar números falsos le basta. Siempre hay fedatarios que los hacen pasar por buenos.

Con tanta observación, no encontraba el libro que estaba buscando, por lo que llamé a mi amable confidente. Entonces hizo que me pusiera al pie de la escalera, para que yo mismo vigilara si bajaba alguien, mientras él sacaba del estante oculto el libro que yo buscaba. Tras cerrar de nuevo la pared falsa, me dio dos libros:

—Éste es el que buscaba usted; y este otro se lo regalo yo.

Miré las cubiertas y los lomos. En uno ponía: «La Gran Carga vista por un joven agradecido». En el otro, «Anecdotario Heroico del Glorioso Cuerpo de Acemileros». Temí que el librero fuera un especial, que todo hubiera sido una farsa para prenderme y hubieran fallado, como tantas veces en mí, mis presuntas dotes de fisonomista:

—Pero si yo venía buscando...

No me dejó terminar:

—Sí —entendió al instante—, usted venía buscando el libro de las hazañas del Gran Igny. Y este es. Lea, lea...

Me dio abierto uno de los dos libros, y una sola línea fue suficiente para deshacer mi equívoco.

—Entonces, ¿estas cubiertas? —le pregunté.

—Se las ponemos para despistar. Quién sabe lo que le podría ocurrir si le ven salir de mi librería con estas dos obras bajo el brazo. ¿Y se figura lo que me podrían hacer a mí?

Después, más que del de las hazañas del Gran Igny, me hizo unos desmedidos elogios del otro libro, por lo que llegué a pensar que él mismo fuera quien lo había escrito. Y como me lo había regalado, no tuve más remedio que escuchar los elogios sin rechistar, diciendo a todo que sí. Parecía que todo había terminado, después que no consintió que le pagara nada —lo cual me evitó tener que confesarle que no

llevaba dinero encima— cuando me pidió un favor:

—Cuando llegue a la Posada, ¿le importaría arrancarle las cubiertas a los dos libros y dárselas al botones?

—Con mucho gusto.

Tan educado soy en estas ocasiones que se me olvidó, con las finales fórmulas de cortesía y agradecimiento, preguntarle por qué quería que estropeará de aquella forma los camuflados libros, sólo por entregarle las cubiertas al Muchacho Que Apenas Hablaba.

El Joven Luchador tenía un gesto de enfado parecido al de la primera tarde, cuando me acompañó a la Tienda. No se inmutó ante mi alborozo al verle:

—¿Dónde se mete usted? Tengo que contarle muchas cosas...

Estuve en la asamblea...

—Sí, ya lo sé todo —se limitó a decirme, con su ideológico mutismo.

—Pues sí, en la asamblea, y en las librerías...

Me cortó:

—Y también con los nobles. Nos está traicionando. Sé que ha estado aquí mismo en la Posada hablando largamente con la Noble Dama, y que incluso ha intimado con ella y ha ido a pedirle un favor en su nombre al Hombre de las Ceremonias...

—¿Pero cómo se atreve usted? ¿Cómo lo sabe? —me indignó y se me agolpaban las palabras.

—Nuestra Causa lo sabe todo, señor. Como también sé para qué me ha llamado. Tome, un paquete de tabaco...

Y depositó una cajetilla más sobre el enorme montón que se iba formando sobre la mesa de escritorio. Ahora me tocaba a mí el alborozo:

—Pues se ha equivocado esta vez, jovencito. Le llamo para algo muy distinto. En una librería me han dado este encargo para usted.

—¿En una librería? —preguntó extrañado, mientras yo abría el armario y en el fondo de un cajón, donde los tenía disimulados entre folletos turísticos de Calenda, saqué los dos libros, que desencuaderné con tal destreza que parecía que en mi vida me hubiera dedicado a otra cosa.

—Aquí tiene; esto es para usted —le dije, entregándole las dos cubiertas, con la satisfacción manual del ilusionista que acaba de coger la paloma por las alas y la muestra al público, nerviosa y forcejeadora.

Le cambió la cara, se terminó su seriedad. Comenzó a darme explicaciones, a tratar de expresarme su agradecimiento. Le interrumpí:

—Déjese de tonterías. Hace bien en dudar de quien quiera, y no tiene que darme ninguna satisfacción. Lo único que le pido a cambio es que me diga una cosa.

—¿Cuál?

—¿Por qué he tenido que traerle estas cubiertas de libros?

—Muy sencillo —me explicó—. Es que entre el cartón y la piel que le han puesto en la encuadernación vienen los palillos con los que seguiremos esta noche luchando en el Centro.

Y como lo que estaba realmente deseando era que me llegara el sueño leyendo las hazañas del Gran Igny, le dejé que se fuera sin mayores averiguaciones.

Di tantas vueltas a la llave para cerrar por dentro la puerta de la habitación que por poco paso el mecanismo de rosca, en mi afán de conseguir la mayor seguridad posible en la lectura clandestina. Bajé las persianas. Tontamente, me cercioré de que no había nadie debajo de la cama ni dentro del armario, ni tras las cortinas de la bañera, simples operaciones sin riesgo alguno en las que, no sé ahora por qué, pasé un gran miedo.

Así que sentía bajo el embozo cómo me palpitaba el corazón de impaciencia y miedo cuando, ya acostado, comencé a leer el libro. Se titulaba en realidad, ya sin el disfraz de la cubierta falsa, «Las gestas de un patricio de Calenda». No tenía autor. Al menos no tenía un solo autor, ni ninguno conocido. Porque bajo el título, en la portadilla, ponía con letras más pequeñas: «Reunidas por un grupo de amigos agradecidos, desde el exilio de Nonas».

Sin cuanto la Noble Dama me relató acerca del Antiguo Sistema no hubiera comprendido una sola palabra de aquella grandilocuente narración que, a cada línea que leía, aumentaban mis deseos por saber qué ocurrió realmente cuando el Hombre de las Ceremonias hizo triunfar la Revolución.

No quisiera cansar a las personas que un día, como pienso, podrán leer este memorial. He de pedirles perdón por mi osadía, pero me siento en el deber de, en lo que la memoria me ayude, transcribir algunos fragmentos de tan singular documento histórico, que así tendrá una mayor difusión, dado que difícilmente la obra sobrevivirá a las quemaduras que han sido decretadas contra ella —como en sus últimas páginas se indica— en muchas ciudades y naciones y en diferentes épocas.

Quizás el que más interesa, desde la mentalidad de nuestro tiempo y de nuestra sociedad, es el que voy a tratar de reconstruir ahora y de transcribir con la mayor fidelidad que la memoria me permita.

RELACIÓN DE LAS SABIAS MEDIDAS DE GOBIERNO ADOPTADAS POR EL GRAN IGNY DE CALENDIA EN OCASIÓN DE LA GLORIOSA PRIMAVERA^[1]

«Venidos como fueron los grandes calores, y agotada el agua no sólo de ríos y de fuentes, sino también de regatos y aljibes, así como de pozos y veneros bravíos, el pueblo, incitado por los malos consejos del hambre y de los falsos profetas surgidos del polverío que la tierra levantaba en aquellas gloriosas fechas, comenzó a alborotarse contra la benéfica presencia del Gran Igny de Calenda en las tierras que heredado había de sus antepasados. Y un día los aguadores acudieron a Palacio a quejarse al señor natural de tierras y vidas de que, a causa de la sequía, no tenían con qué llenar sus cántaros y poder ganarse su pan y el de sus hijos.

»Como entonces había en Calenda setecientos aguadores, el Gran Igny mandó decapitar a un diezmo de entre ellos. Y con la sangre que manaba de sus cercenados cuellos mandó llenar los cántaros de los que habían quedado con vida. Y, mandando a los pregoneros a las esquinas, a los patios de los cortijos, a las eras del común y a los cruces de los caminos, ordenó que todos bebieran de lo que los aguadores les vendían de sus cántaros. Los más rebeldes quisieron ver antes el color del bebedizo que los alguaciles les obligaban a tragar, conforme los aguadores lo escanciaban; pero a estos rebeldes les fueron vaciadas las cuencas de los ojos con verdes chupones de olivo encendidos en los por aquellos días tan frecuentes fuegos de las rastrojeras.

»Para establecer sobre la paz un sereno dominio, el Gran Igny adoptó en aquellos días, además de las dichas, las siguientes sabias y prudentes medidas de gobierno.

»Prohibió que se encendieran candelas para hacer la comida, tanto en los hogares como en los campos, por el peligro que había de que la lumbre prendiera en los árboles secos y en las mieses agostadas. No dejó lucir en todo Calenda más llama que la del Milagroso Altar de las Benditas Animas del Purgatorio, donde una vez al día los alguaciles cargaban contra las mujeres rezadoras para que pudieran entrar los hombres y encender de aquella lumbre los cigarros, aunque fuera en sagrado, que para ello nuestro señor había obtenido la oportuna licencia del ordinario del lugar, así como gracias abundantes para los que lo hicieran.

»Mandó cortar la lengua, por herejes, a los que se quejaban del Cielo a causa de la tardanza de las lluvias.

»Mandó rezar por las lluvias que había que propiciar.

»Ordenó que se alterara la costumbre de que las campanas doblaran a los muertos, dejando que taparan los badajos con estopa, tendente a que los que agonizaban pudieran dormir las últimas horas de su vida sin ser despertados por los

toques.

»En todo tiempo glorificó al Cielo y mandó levantar monumentos para pedir lluvia, y para doblar los jornales en tan gloriosos días en que vio crecer su poder prohibió que ni bestias ni carros fueran empleados en el transporte de las piedras con que hacer tales monumentos, piedras que eran portadas a hombros por los braceros que en cuadrilla llegaban hasta Calenda comiendo raíces por las cunetas de los caminos después de matar a las cabras que lo mismo que ellos querían hacer.

»Permitió que los que morían trayendo auestas una piedra para los monumentos de pedir las lluvias quedaran para siempre sepultados bajo ellas, rehusando recibir el tributo de sepultura que hasta entonces había estado en vigor.

»Mandó a sus soldados a luchar contra los países vecinos que querían derribar la grandeza de su dominio y su paz mediante la manda de caravanas de socorredores con odres de agua, para poner en duda ante sus súbditos su poder. Los soldados llegaron y colgaron de los árboles a los socorredores con jirones de tela de las mismas banderas blancas que traían, y con sus mismas espadas horadaron los odres, mientras vitoreaban el poderío de su señor. Y un soldado que intentó calmar su sed con el agua que se escapaba de un odre que acababa de apuñalar fue decapitado mientras bebiendo estaba y, traído a Calenda, fue dejado para ejemplo en la plaza, sobre el flácido pellejo que había intentado usar contra el poder de su señor; y congregado el pueblo, mientras los aguadores repartían el contenido de sus cántaros, llenos hasta los bordes con la sangre reciente sacada con sanguijuelas a los enemigos colgados de los árboles, tocaron las músicas, y desfiló la tropa ante el cadáver del traidor y las moscas que lo empezaban a cubrir, mientras todos aclamaban a su señor, que salió a contemplar la escena desde el balcón de Palacio, llevando en su serena mano una copa de vino, que bebía a pequeños sorbos, con nobleza, mientras correspondía a las aclamaciones que su pueblo le hacía.

»Y fueron talados todos los avellanos que en sus tierras había, para que los sabios no cortaran varas e indujeran al pueblo a pensar cosas malas, recorriendo con ellas en las manos los campos en adivinación de veneros.

»Y con los cangilones de las norias mandó hacer estribos de gala, recubriéndolos con plata, para toda su caballería, que cada tarde desfilaba en la plaza ante los huesos de los traidores antiguos y los pájaros que los cubrían y ante las agusanadas carnes de los recientes y los olores que daban.

»Y habiendo comprobado la fidelidad de su pueblo durante dos inviernos y tres veranos, plúgole al Señor que los cielos mandaran la lluvia deseada. Y entonces el señor de tierras y vidas, para que las aguas no cayeran sobre los rebeldes, mandó encerrar a éstos y a los aguadores, que murieron todos después que fueron bebiendo en la reclusión sus propios orines».

Cuando me desperté sentí la necesidad de llegar al lavabo y dejar correr el grifo, y echarme agua sobre la cabeza y meter los pulsos en ella. Cogí el libro que todavía estaba sobre la cama, abierto por la página que leía cuando me dormí, y comencé a destruirlo, operación que me llevó muchas horas. Quemadas, las hojas dejaban un casi indeleble reborde amarillento y sepia en la taza del retrete. Rotas a trozos, era muy difícil hacerlas pasar por el desagüe. Me comí un trozo, pero sería muy pesada la digestión de un volumen tan grueso. Como era una mañana de viento, abrí el balcón y dejé volar varios trozos, que cayeron en los tejados cercanos. Tejados a los que podrían subir los especiales disfrazados de deshollinadores, de albañiles o de gatos en celo. Así que volví a guardar el libro, buscando mejor ocasión en que deshacerme de él. Entonces me encontré en el fondo del cajón del armario con el otro que me había regalado el librero y del que tantos elogios me hiciera. Lo abrí y sentí una gran decepción. Era un manual para hacer monumentos con palillos de dientes, con muchos gráficos y dibujos dando instrucciones y recomendaciones de cómo trabajar. Venían también láminas en color de la Torre de Pisa, del Duomo de Milán, de la Estatua de la Libertad, seguramente que para tomarlas como modelos en las figuras que hicieran en los centros de lucha. El libro habría de serles a los de la Causa de gran utilidad, a juzgar por su título: «Manual de lucha. Acciones clandestinas».

Otro día vi en el periódico que iban a rendirle un homenaje a la Xenófoba. Como ya he repetido que me fastidian los discursos, las funciones de ópera —esto no lo he dicho todavía, pero el que lea este memorial lo irá sacando en claro, como tantas otras cosas mías—, los actos solemnes y las excusas innecesarias, y el asunto no estaba falto de interés, decidí hacerle a la Xenófoba mi homenaje particular, yendo a visitarla.

Así que, solo, me encajé donde ella vivía. Tenía una edad ancianamente indefinida. Si me hubieran dicho que aquella mujer amamantó como ama de cría al Gran Igny, lo hubiera creído. Si me hubieran asegurado que bordaba a punto de cruz servilletas para que se limpiaran los que bebían sangre de los cántaros de los aguadores cuando la gran sequía, también lo hubiera hallado de todo punto natural. La encontré sentada en una sillita baja, cosiendo. A bulto se comprendía que realmente hacía como la que cosía. Sus azules ojos glaucos tenían el acuoso brillo de la ceguera. Se comprendía mayormente porque le sangraban los dedos.

—Como se empeña en coser y no ve —me dijo una sobrina que vivía con ella y que se mostró quizá demasiado hospitalaria cuando le dije lo que me llevaba a la casa —, no vea usted los pinchazos que se da. Porque tiene la manía de dar una y otra vez con el dedo hasta acertar donde está la punta de la aguja. Y hasta que no se hace sangre, no para.

Con hilo, apenas tenía bordado nada en el paño que sostenía sobre la falda. Pero aquel lienzo tenía unas flores de sangre vieja que no dejaban de componer belleza.

Impresionado me quedé al ver el cruento bordado. La sobrina no le daba la menor importancia, tan acostumbrada estaba a la sangre. Mientras me miraba muy comprometedoramente, se agachó a la sillita baja para decir a la Xenófoba:

—Abuela, que está aquí nuestro Huésped Ilustre, que viene a verla a usted y a traerle...

Y volvió a mirarme, con una sonrisa provocativa mientras, agachada, sus piernas asomaban por la abertura a medio abotonar de la bata. En voz baja, para que la Xenófoba no se enterara, me increpó:

—¿Pero no le trae usted nada?

—No —me quedé muy confuso, mirándole las piernas y mirándome mis manos vacías—. Pero no importa —seguí diciendo, en voz baja—, dígame que le traigo... Cualquier cosa, lo que se le ocurra, lo que más le guste a ella.

Incorporándose, con lo que me perdí mi preferido espectáculo de piernas, la muchacha le dijo a la Xenófoba:

—Sí, abuela, nuestro Huésped Ilustre, que le trae un saludo de su país...

Observé que la Bella Muchacha, antes de decirle qué traía, hizo una mueca sádica y que me miraba riéndose. Todo tenía su explicación, como comprendí cuando la vieja se levantó y, señalando la puerta con sus dedos ensangrentados, se dirigió hacia el lugar donde creía que yo estaba:

—¡Fuera, fuera, extranjero del demonio! No perviertas mi casa, que siempre ha

sido honrada. ¡Fuera! Niña, dile que se vaya.

—Señora, no se ponga así —me atreví a calmarla—. El saludo se lo traigo en mi nombre propio, como ciudadano postizo de Calenda.

—Entonces, bueno está lo bueno —me dijo, con muy mal humor, volviéndose a sentar en la sillita baja y cogiendo de nuevo la labor.

—Es que su... Aquí la muchacha no ha sabido quizás expresarse bien.

—Sí, sí, sí ha sabido —rezongó la vieja, con mucho trasfondo en la entonación que le dio a las afirmaciones—, ha sabido perfectamente, porque ésta es una lagarta que lo que quiere es matarme a disgustos. ¿Pues no me dice que los artistas de cine son guapos? ¿Habrás visto herejía semejante?

En vista de que no había forma de aquietar a la pobre Xenófoba, me conformé con seguirle la corriente, como habrá visto el lector que suelo hacer en estos casos:

—¿Pero quién ha dicho eso? —le volví a preguntar con toda la indignación que pude fingir.

—¿Pues quién va a ser? Ésta, que es una lagarta —y me señalaba a la muchacha. La muchacha, mientras, se había puesto a mi espalda y me había echado los brazos por el cuello. Cuando yo hablaba con la vieja, ella me acariciaba la espalda con sus cabellos, me cogía las orejas, intentaba recorrer mis piernas con sus manos. Aunque fueron muchas, no se me había presentado hasta entonces una situación tan violenta como extraña en los días que llevaba en Calenda. Porque me parecía poco caballeroso burlarme así de la vieja Xenófoba y porque me resultaba lamentable no poder acceder a los evidentes deseos de la Bella Muchacha, quizá reprimida durante muchos años por los prejuicios de la anciana heroína.

Sin corresponder a las caricias de la muchacha, seguí haciendo de tripas corazón para halagar a la Xenófoba:

—Nada, señora: lo que yo digo siempre, que como lo de aquí no hay nada en el mundo.

—Nada, no señor; usted lo ha dicho. Como lo de aquí, nada.

—Por eso le van a dar un homenaje...

—Pero no se fíe, que eso de los homenajes es también una costumbre extranjera, que hay que desterrar. Lo que pasa, ¿sabe usted lo que pasa? —Y como para confesarme un secreto, se acercó a la otra silla baja que la Bella Muchacha me había traído dejándome tranquilo por un momento. Luego añadió—: Lo que pasa es que esto se le ha ocurrido al Hombre de las Ceremonias, lo del homenaje, ¿sabe usted? Y a él, ¿quién le dice que no?

—Usted se lo merece, abuela. Usted ha hecho muchos méritos —dije, por tratar de acabar cuanto antes aquella enojosa visita, de la que comenzaba a arrepentirme.

—No, dice usted mal. He hecho pocos méritos. Todo lo más, lo de los grifos.

—¿Lo de los grifos?

—Sí, cuando la gloriosa sequía. Usted sabe lo que pasó, ¿no? Bueno, pues a mí se me ocurrió decir que así estábamos mejor, que los grifos eran un invento del

demonio, una cosa del extranjero. Y es que en el extranjero lo hacen todo nada más que para acabar con nosotros, que no nos pueden ver, este aire, esta agua... Por decir aquello me dieron una medalla, me la dio el Gran Igny. Verá usted. ¡Niña! —y llamó a la Bella Muchacha, que había desaparecido desde que me trajo la sillita baja y dejó de acariciarme. Cuando la Xenófoba sintió sus pasos, le dijo con un desagradable tono de voz:

—Niña, trae la medalla que me dieron cuando lo de los grifos, para que la vea aquí el señor. Está en el segundo cajón de la cómoda.

La muchacha, con un gesto de desesperación, me hizo partícipe de cuanto tenía que soportar a la anciana, a la que recordó:

—Abuela, ¿pero no se acuerda usted ya de que la medalla la tuvimos que tirarla cuando la Revolución, para que no le hicieran nada?

—¿A mí? ¿Quién me va a hacer nada a mí, si lo único que he hecho toda mi vida ha sido velar por las cosas nuestras, para que no entren aquí las costumbres extranjeras, que las trae el demonio? —Y dirigiéndose a mí de nuevo, recriminando a la muchacha, me confesó—: No se crea lo que dice ésta. La medalla la tiró ella, que es una lagarta, porque le hacía limpiarla todos los días con unas yerbas que son la mar de buenas para pulir los metales, y que hay que ir por ellas al monte. No las busque usted donde vea terrones, sino a la vera de los arroyos. Allí se crían las yerbas que yo uso para limpiar las medallas y que esta lagarta no quiere ir a por ellas.

—Que no, abuela, que fue usted misma la que le dijo a mi madre que tirara la medalla, cuando la Revolución, que como se la había dado el Gran Igny tenía miedo de que la metiera en la cárcel el Hombre de las Ceremonias —volvió a insistir la Bella Muchacha—, ¿no se acuerda ya usted?

—Bueno, cuando fuera —cortó la vieja con muy mal humor la fallida búsqueda de la medalla—; lo que yo le digo a usted es que yo apenas tengo méritos, y no sé por qué me dan medallas los unos y homenajes los otros. A lo mejor es por la Revolución.

—¿Por la Revolución?

—Sí, porque en aquellos días, después que mandé tirar la medalla, yo me dedicaba a ir por las esquinas y a decirle a la gente que pasaba, al oído, muy bajito: «¿Sabe usted? El Gran Igny es extranjero, viene de extranjeros, toda su familia son extranjeros. Tenemos que echarlo. Tiene el demonio dentro del cuerpo, como extranjero que es».

De la Revolución, como me parece que dije unas cuantas páginas atrás, en otro pasaje de este memorial, no había escuchado hasta entonces más que relatos inconexos, anécdotas personales, alguna gesta contada con ribetes de escasa verosimilitud. Pensé que quizá la Xenófoba pudiera hacerme una narración completa y calmar de una vez mi insatisfecha curiosidad. Pero nada más lejano. Cuando le hice saber mis deseos, todo lo que me dijo, como siempre hacen los ancianos protagonistas supervivientes, fue:

—¡Huy, la Revolución! ¡Cuántos tiros! A un muchacho que vivía aquí en la esquina de esta calle, que era de los de Igny y trabajaba con él en su palacio, lo mataron. Y dejaron su cadáver tres días en la calle, para escarmiento. Como Igny era extranjero...

Volví a insistir:

—Y usted, ¿presenció la Gran Carga?

—¿La Gran Carga? ¡Huy, qué de tiros! Yo no, yo estaba aquí, sí señor, encerrada; encerrada y con las trancas puestas en la puerta. Pero qué de tiros, no se puede usted imaginar... Y además, que los tiros son un invento del demonio, una cosa de los extranjeros.

Descorriendo la cortina de una habitación, que se veía desde donde yo estaba sentado junto a la Xenófoba, la Bella Muchacha comenzó a decirme por señas que la dejara, que no le echara cuenta a la anciana, que estaba loca, al tiempo que me invitaba a ir con ella a una cama que también veía desde allí. Para hacer la invitación más apetecible, comenzó a desnudarse.

En vista de que de la Revolución poco podría contarme la Xenófoba, hice caso a la muchacha:

—Señora, he tenido mucho gusto en saludarla. Reciba usted mi enhorabuena. Me sumo al homenaje que le van a rendir por su defensa de los habitantes de Calenda contra los peligros extranjeros.

—Niña —fue todo lo que me respondió, sin siquiera darme las gracias—, acompaña a este señor hasta la puerta. Pero no vayas a acostarte con él, como haces con todos los que vienen. Que ver, no veo; pero oído sí que lo tengo fino, y como escuche moverse el colchón de muelles, os mato a los dos a bastonazos. La otra vez te escapaste, lagarta, porque era el Hombre de las Ceremonias cuando vino a decirme lo del homenaje y no iba a mataros a palos a los dos, pero ahora, como me entere...

Me quedé atónito, mientras la Bella Muchacha vino corriendo, abrochándose los botones de la bata que se había quitado. Así quedé hasta que la Xenófoba me empujó mientras me enseñaba el bastón:

—Venga, venga. A la calle, a la calle, que ya sé yo a qué vienen tantos cumplidos, a querer acostarse con la niña, so lagarto, que es usted todavía más lagarto que ella. Extranjeros, que sois todos una partida de extranjeros, que siempre estáis pensando en lo mismo, como si no hubiera otra cosa que hacer en el mundo...

No pude evitar que me diera un bastonazo. Como tampoco pude evitar que, apresuradamente, la Bella Muchacha me hiciera el amor detrás de la puerta. Digo *me hiciera* y no me refiero para nada a *le hice* porque realmente ella llevó toda la iniciativa. Mientras estaba allí complaciéndola lo mejor que podía, la vieja decía a cada instante:

—¿Niña, se ha ido ya ese extranjero?

Y la muchacha se limitaba a decir, de modo que no se le notara la voz entrecortada:

—Sí...

—¿Y qué haces en el zaguán todavía, si se puede saber? —volvía a insistir la Xenófoba, dando golpes en el suelo con su amenazante bastón.

Tuve que salir corriendo cuando sentimos que la vieja venía efectivamente hacia la puerta, dando todavía más golpes en el suelo con el bastón. Cuando recomponía mis ropas en la calle pude escuchar sus bastonazos y sus voces:

—Extranjera, que eres una extranjera. ¿No sabes que eso está prohibido en Calenda? ¿Es que no lo sabes, so lagarta?

Y le daba bastonazos.

Pedí audiencia con el Hombre de las Ceremonias para, de una vez y para siempre, poderme enterar al menos de su versión oficial de lo que había sido la Revolución de la que tantas veces me habían hablado inconexamente de pasada.

Frente a la magnificencia del despacho de Juan el Poeta en su Tienda, el cuarto de trabajo del que desde el primer día se me apareció como el hombre más poderoso de Calenda contrastaba por su sencillez. También con extrema y parece que cuidada sencillez buscada me recibió y habló conmigo, frente a tanto discurso como anteriormente me había dedicado en público en las últimas semanas.

Por la espontaneidad con que lo hizo, no me resisto —como me pasó con el libro de las hazañas de Igny— a reconstruir en este memorial una transcripción, lo más fiel que recuerdo, de su relato.

RELATO QUE EL HOMBRE DE LAS CEREMONIAS ME HIZO DE LA REVOLUCION

«Durante el poder de Igny, Calenda estaba en manos de los nobles. Ellos eran los dueños de las tierras y de las vidas de los hombres que se las trabajaban. Parientes y amigos de otros nobles que mandaban en otras tierras, en nada apreciaban nuestros valores: nuestra agua, nuestro sol, nuestro aire, nuestra convivencia. Tenían sometidas a las gentes por el miedo, por la fuerza de los alguaciles. Nadie podía hablar. Tenían unas rígidas leyes que obligaban al silencio, como ahora ocurre en esa ciudad de la que viene usted, según sabrá. Los nobles daban las tierras y las tiendas, los comercios de carne y los transportes de pescado a sus familiares, a sus hijos naturales y a sus bufones. El pueblo mientras tanto pasaba hambre y no encontraba donde trabajar. El pueblo estaba harto. La Gran Sequía, que ellos llaman todavía desde el exilio la Gloriosa Sequía, fue lo que colmó nuestra paciencia. Si en vez de sequía se hubiera tratado de una inundación, le diría que fue la gota de agua que colmó el vaso. Pero aquí sería una imagen masoquista.

»La Gran Sequía sirvió para que todos nos diéramos cuenta de la tiranía de los nobles, que hasta entonces habíamos padecido sin sentir. Desde entonces a la Revolución pasaron casi veinte años, pero la gente mantuvo aquello en la memoria. Por ahí circulan historias clandestinas sobre la grandeza de Igny, que cuentan que quedó demostrada en aquellas dramáticas fechas. No se las crea, si alguna vez llegan a sus manos. Están trabadas de forma que el que las lea sepa perdonar a aquel hombre nefasto para Calenda. La verdadera grandeza la ha encontrado Calenda con nosotros, que restituimos sus tradiciones, que la hicimos volver a los mejores momentos de su historia, que dimos al pueblo la libertad de hablar, que le dimos la Asamblea del Gran Salón para que dialogara con nosotros, una institución ésta de la Asamblea que los nobles habían hecho languidecer en su provecho.

»La Revolución fue algo muy sencillo. Hasta los nobles estaban cansados de mantener en silencio a las gentes. No tenían ya cárceles donde encerrar a los que no cumplían sus leyes; y les faltaba dinero para construir nuevas cárceles, porque tampoco había en el pueblo, en las gentes del pueblo, dinero para pagarles los elevados tributos que les ponían por las cosas más nimias: tributo por tomar el sol en invierno, tributo por enterrar a los muertos, tributo por el llanto nocturno de los niños, tributo por el primer afeitado de los muchachos, tributo por la primera menstruación de las niñas que dejaban de serlo.

»El último año del mandato de los nobles, la cosecha quedó por recoger en los campos. Todos los hombres estaban encerrados en las cárceles, por unas u otras

causas.

Y las mujeres tampoco podían ir a segar los campos de los señores, porque casi todas estaban embarazadas de los propios nobles, que habían aprovechado el encarcelamiento de los maridos para acudir a las humildes casas en las noches del invierno y aumentar así el censo de sus hijos naturales.

»Solamente el Cuerpo de Acemileros estaba en libertad. Y supo responder a las esperanzas del pueblo, ya que ellos mismos eran el pueblo. Los acemileros eran los encargados de suministrar a los nobles, trayéndoles los alimentos, las bebidas, los vestidos, las ropas de sus casas, los músicos y concubinas de los países vecinos. Conjurados con el pueblo que a la postre eran, los acemileros se volvieron por días más habladores, los más habladores; y también los más pendencieros, los más bebedores, los más libertinos. Y los nobles entonces, para dar ejemplo entre los que los servían y protegían, no tuvieron otro remedio que ir encarcelando a sus acemileros conforme iban cayendo en faltas. Llegó el día en que no había en los palacios quien fuera a por agua, quien trajera las gallinas con que hacer caldo a las paridas, quien acarreará leña para las chimeneas en los fríos meses del invierno. Así fueron pasando los meses y los nobles fueron enfermando, ya que, en solidaridad con los acemileros, también se hicieron encarcelar los cocineros de los palacios, las amas de llaves, los matarifes, los barberos, las limpiadoras, las lavanderas, las amas de cría. Noble hubo que llevó durante cinco meses la misma camisa, ellos, que se cambiaban la ropa blanca tres veces a diario en sus buenos tiempos, aromándola con alhucema antes de ponérsela si era en invierno o con manzanas echadas en los cajones de las cómodas por el verano; noble hubo que se tuvo que dejar la barba, como los trabajadores porque no sabía afeitarse y porque todos los barberos de Calenda estaban en la cárcel a causa de su buscada locuacidad, lo que a este gremio, de natural hablador, no le fue especialmente difícil conseguir.

»Y cuando el hambre y la suciedad los cercaban, decidieron marchar, abandonar sus tierras y esperar a que perecieran todos los que estaban encerrados en las cárceles. Su esperanza era que, una vez muertos todos sus súbditos y principalmente los más rebeldes y montesinos, pronto podrían regresar triunfantes a sus tierras, que repoblarían con hambrientos labradores traídos de otros países, enviados para ello por sus familiares, los nobles que gobernaban en otras naciones en sucesivas particiones de la herencia del inicial dueño del mundo entero.

»Pero los nobles no contaban con los carceleros ni con la caballería. Los carceleros, casi los únicos, con las mujeres de edad y los niños de pecho, que todavía quedaban en libertad, al ver marchar a los nobles en sus carrozas, temieron que los presos se amotinaran, hicieran saltar las rejas y los rastrillos y los mataran a todos. Por lo que en cuanto los últimos nobles y los últimos niños bastardos de pelo rubio hubieron pasado las últimas esquinas de Calenda, abrieron las rejas y los candados, y el pueblo hasta entonces prisionero salió, y comenzó a estrenar su libertad. Y el que más gritaba estrenándola, de entre todos, era Juan el Poeta, que luego habría de ser

el cantor de nuestra Revolución. Y a mí, que hasta entonces me afanaba como esquilador de las ovejas de los nobles, mayormente de las de Igny, me nombraron de jefe, más por la fuerza de las circunstancias que por mi valía. Lo primero que decidí fue que la caballería diera una carga contra los nobles que huían.

»Caballos apenas quedaban, que los nobles los habían ido sacrificando secretamente en los sótanos de sus palacios para tener carne que comer; y los que había, estaban famélicos de tantos días como llevaban sin que nadie les echara un pienso. Pero saben los jinetes que los caballos se hacen partícipes de las tristezas y las alegrías de quienes los suelen montar. Y los que salían de las cárceles, cuando di la orden, iban a sus casas en busca de sus caballos. Y, hablándoles, les razonaban la necesidad de que sacaran fuerzas de flaqueza y energías de un pienso que aún no les habían echado, y que corrieran cuanto pudieran para alcanzar a los nobles, que en su huida ya habían pasado las eras del común y se adentraban por los cruces de los caminos, unos hacia Nonas, otros hacia más distantes lugares.

»Comprendieron los caballos y corrieron más que lo habían hecho en toda su vida, sin que las espuelas tuvieran que ensangrentarles los ijares. Y así, nuestro improvisado Cuerpo de Caballería dio la histórica carga contra los nobles, sus hijos, sus mujeres, sus criados y sus concubinas y bufones. Algunos escaparon; otros no se habían atrevido a huir de Calenda y a dejar solos sus palacios. Pero con todos hicimos justicia, empezando por el Gran Igny, al que fusilamos en la plaza.

»Creamos entonces nuestro Sistema, se estableció la Asamblea, abolimos la nobleza; hicimos nobles, para poner en burla el sistema antiguo, a los niños que habían nacido aquel año de madres solteras y habían sido abandonados en la Inclusa. Se abolieron las leyes de los nobles, se mandó quitar sus impuestos, todo el mundo pudo hablar. Entonces, por mi iniciativa, y secundado siempre por Juan el Poeta, cerramos las tiendas y abrimos las librerías. Puedo decirle que Calenda, desde que hizo su revolución, es feliz».

El Hombre de las Ceremonias me había hecho, finalmente satisfecho, este relato. Y de pronto, volvió a su tono solemne. Abriendo un cajón de la mesa de su despacho, me sacó una estrella de cinco puntas hecha con palillos de dientes. Comprendí que era la encerrona que muchos días antes me había anunciado el Joven Luchador.

—Pero a pesar de todo esto que le he dicho —me dijo con despecho—, mi querido Huésped Ilustre, hay muchas personas que todavía no están contentas con cuanto hemos hecho por Calenda. Mire esto.

Y, teatralmente, puso encima de la mesa la estrella de palillos de dientes, con tanta fuerza que medio la rompió. Viendo que yo la miraba con extrañeza, se justificó:

—Bueno, ha sido una verdadera lástima que se haya roto. Verá que es una estrella hecha con palillos de dientes. Porque hay grupos subversivos que se dedican a estas cosas...

—¿A qué? —pregunté con todos los fingimientos que pude improvisar.

—¿A qué va a ser? —se encolerizó—. ¡A hacer monumentos con palillos de dientes!

—¿Y eso es malo? —Seguí fingiendo.

—Eso está prohibido. ¿No sabe usted que están prohibidos en Calenda los palillos de dientes?

—Sí, eso me han dicho, pero no acababa de creerlo. ¿Y por qué?

—Pues, mi querido amigo, porque con estas cosas tratan de derribar el Sistema. Y usted sabe ya que el Sistema no hay quien lo derribe, que es eterno.

Llamó a un timbre que tenía colocado debajo de la mesa y apareció al momento un hombre en lamentable actitud servil, a quien ordenó:

—A ver, tráigame a los detenidos de ayer. —Y me miró de una forma que al instante comprendí que el Hombre de las Ceremonias había ido teniendo noticias de mis contactos con los luchadores de la Causa, con la Noble Dama, con las muchachas del local nocturno, con el Hombre de Etiqueta, con el librero, con la Bella Muchacha de la Xenófoba.

Así era. Al momento hicieron entrar, esposados, al Joven Luchador y al librero. Me temí un careo. Pero, de entrada, el Hombre de las Ceremonias se puso a discursar:

—Aquí tiene a estos dos alteradores del orden, que se dedicaban con la mayor impunidad, sirviéndose de puestos de confianza, a hacer monumentos con palillos de dientes, y, lo que es peor, a propagar esas actividades entre gentes humildes, fácilmente convencibles, a los que les anunciaban paraísos que habrían de llegar a Calenda para su exclusivo disfrute si hacían cuanto les ordenaban. Mire a este muchacho —y me señaló al Joven Luchador—, que ha estado aprovechándose del Sistema como botones de la Posada, siempre nuestra dilecta colaboradora. Le parecerá que no ha roto un plato en su vida, ¿no? Pues ahí donde lo tiene era el responsable de un centro de lucha, que es como ellos llaman a los sitios donde se reúnen a hacer estas cosas. Mejor dicho, se reunían, porque ya han quedado completamente desarticulados. No sabemos todavía dónde se reunían, pero es lo mismo; los agentes especiales están ya sobre pistas seguras y tardaremos muy poco en saberlo. El Gran Alguacil tiene un gran interés en ello. Y este otro —dijo, mientras me señalaba al librero— era el encargado de una librería de la comunidad, pero la empleaba no sólo en contra de los principios de Calenda, sino para distribuir obras prohibidas, en defensa de los nobles y de los luchadores, y en traficar con palillos de dientes...

Sin que nadie me lo advirtiera previamente, creí que lo menos perjudicial para mis dos amigos sería poner cara de no haberlos visto en mi vida, cosa que hice. Ellos, por su parte, hicieron otro tanto, lo que nunca sabrán cómo se lo agradecí. Al entrar torcieron el gesto. Yo temí que fuera por mí, al verme. Pero después, a pesar del nerviosismo y el miedo que me invadían, comprendí que en realidad les cegaba la claridad que entraba por los balcones, viniendo como vendrían de algún oscuro y subterráneo calabozo.

El Hombre de las Ceremonias, una vez hecha esta demostración, ordenó que se los llevaran. Hizo que me sentara de nuevo. Llamando otra vez a un secretario, me hizo grandes elogios de la importancia de otro hallazgo que me iba a mostrar.

Lo que le trajeron en una bandeja eran justamente los dos libros prohibidos que yo había dejado escondidos en el armario del hotel. Con el mayor cinismo, comenzó a decirme:

—Mire, más material subversivo. Lo hemos encontrado al azar. Véalo, puede mirarlo si lo desea.

No pude evitar que me temblaran las manos mientras pasaba las hojas de los libros, de mis libros.

—Los dos están prohibidos en Calenda —me dijo—. El uno, éste al que le faltan unas hojas —y me señaló el de las hazañas de Igny—, es una relación llena de mentiras sobre la época de los nobles; el otro, un manual de lucha subversiva. Todo ciudadano de Calenda que tenga noticia de la existencia de estos libros tiene la

obligación de denunciarlo inmediatamente...

Vi que me ponían un puente de plata. Y lo que deseaba era poder cruzarlo cuanto antes. Pero el Hombre de las Ceremonias me retenía más y más tiempo, con una demostración y otra, con uno y otro alardes del poder de sus servicios de información.

En los minutos que siguieron pasaron por aquel despacho la Noble Dama, y el Hombre de Etiqueta, y Lina, y Tina. Todos fingieron no conocerme, y lo mismo hice yo. Hasta que llegó la Bella Muchacha nieta de la Xenófoba, que en su locura me abrazó al verme:

—¿Por qué me dejó así —me dijo—, con lo bien que hubiéramos pasado la tarde en mi cuarto?

Yo, quitándomela materialmente de encima, pregunté indignado falsamente al Hombre de las Ceremonias:

—¿Pero qué hace esta muchacha? Está loca. Sí, loca, completamente loca.

—Sí que lo está —me dijo—. Es delincuente habitual contra nuestras normas de familia. Además, por su culpa se ha tenido que suspender el homenaje que íbamos a tributar a su tía abuela, una heroína de la Revolución, a la que se conoce con el nombre de batalla de la Xenófoba...

Se la llevaron. Después trajeron al especial que me había servido tan cortésmente la cena en la Posada el día del control, a quien acusaban de revelar secretos de Estado.

Cuando ya hubieron pasado todos y creí que iba a terminar la demostración de poder con mi detención, el Hombre de las Ceremonias hizo traer a un hombre al que de verdad sí que nunca había visto anteriormente:

—Y éste que aquí le presento es el nuevo encargado de la Tienda. Hemos sabido que Juan el Poeta consentía que se celebraran allí por las noches reuniones clandestinas. O, al menos, no se había enterado de que se celebraban, como era su obligación: la de vigilar el local noche y día en nombre de la comunidad que se lo tenía confiado. Así que lo hemos relevado de ese cargo y a cambio lo hemos ascendido a la categoría de Mitólogo, distinción que hasta ahora se le daba extraoficialmente. Le ha salvado su ejecutoria a favor de la Revolución. Si no, sería procesado con las personas que antes le he mostrado.

Levantándose, el Hombre de las Ceremonias me tendió su mano, en la que vi alegremente el puente de plata en que momentos antes había pensado:

—Como verá, mi querido amigo —me dijo—, la Revolución no la hemos hecho en balde. Somos implacables con nuestros enemigos, con los agentes subversivos que están a sueldo para alterarnos la convivencia. Queda usted especialmente invitado a presenciar su proceso.

—¿Cuándo será?

—Dentro de dos horas, en la plaza. Hemos instruido un sumario urgentísimo, y aunque estas personas que usted ha visto han sido detenidas la que más hace doce

horas, el caso ya está informado por el fiscal. Para algunos pide la pena de muerte.

Si no me fallaban las cuentas que me hice con tanto miedo encima, a la hora en que comenzara el juicio yo ya estaría en Nonas. Por la que pudiera tronar.

LIBRO SEGUNDO

NONAS, O EL DINERO

*... y pues al pobre le entierra
y hace propio al forastero...*

FRANCISCO DE QUEVEDO

No me dio tiempo a detenerme antes de dejar atrás la última esquina de Calenda para rascar con una moneda en los caliches de las paredes. De todas formas, no hubiera podido saber dónde llegó allí la sangre. La que los aguadores escanciaban en los días de la gran sequía correría por el suelo y, a borbotones por el arroyo de los empedrados, se iría hacia los regatos, hacia las torrenteras.

Que todos fueran hacia la plaza para presenciar el más Sonado proceso nunca habido, me permitió alejarme de allí con cierta tranquilidad, camino adelante. Los más rezagados, que volvían tempranamente de sus faenas en el campo para no faltar en la plaza, se cruzaban conmigo:

—Vaya usted con Dios, buen hombre.

—Buenas.

Ninguno me miraba con malos ojos, lo que me tranquilizó. El miedo podía en mí más que la vergüenza de mi renuncia en aquellas horas en que no hice nada por ayudar a los que se me ofrecieron como amigos muy pocos días antes. Mientras corría peligro la vida de algunos de los que confiaron en mí, yo salvaba la mía poniendo tierra de por medio. Y en el fondo, agradecía al Hombre de las Ceremonias su magnanimidad para con los huéspedes ilustres y la delicadeza de no hacer pedir para ellos la pena de muerte. Porque a aquellas horas yo, quizá con más culpas que nadie, debería estar atraillado en la plaza, soportando los informes del fiscal y las miradas de reprobación de todos.

Desde el camino podía oír todavía, más débiles cuanto más corría, los aplausos que venían desde la plaza, los disparos de la cohetería, los sones de la banda, las oleadas de gritos de «sí» y «no» con que contestaban a las preguntas retóricas de los discursos con que estaban tranquilizando su natural sed de justicia.

Oyendo iba los lejanos sonidos de la plaza pública cuando sentí que se acercaba un automóvil. Tuve el cuidado de hacerme a un lado de la carretera, recordando tantas historias de fingidos mendigos arrollados y muertos en accidentes que no fueron siquiera una cuarta parte de lo fortuitos que consiguieron presentarlos. Cuando noté que el coche se acercaba, y que disminuía la velocidad, y que se detenía, y que el motor seguía en marcha, agitando el menor número posible de piezas metálicas y haciendo muy poco ruido —lo que al momento me dio idea de la calidad del vehículo—, francamente, sentí miedo. Las piernas me temblaban, y eso que había tenido la precaución de cruzar la cuneta y alejarme lo más posible de la rodadura del camino. Me volví para ver qué me iría a ocurrir. Y se me presentó la estampa tan suburbial como antigua de una señora muy enjoyada y llena de pieles que bajaba del coche, mientras el conductor uniformado le abría la puerta. Que yo supiera, no había por aquellos desiertos contornos más chabolas que las distantes chozas de los pastores, ni otro pobre por socorrer que no fuera yo. Pero, por fortuna para mí y para mi estómago, en Calenda no habían conocido mi habitual apariencia de vagabundo cascarrabias, encubierto tras los honores de mi declaración como Huésped Ilustre.

Así que no supe qué pensar. Y seguí sintiendo pánico cuando la señora enjoyada me llamó:

—Oiga, oiga...

Yo seguí andando, a pasito quedo, como solía hacer por los caminos, para no levantar polvo ni sospechas, por la que pudiera tronar. Pero la señora insistía:

—Manuel, llámelo, que a lo mejor es sordo...

Y el chófer y la señora, sin distinción de rangos, se pusieron a llamarme. Con tanto esfuerzo lo hacían, que hasta me dieron pena, y me detuve, y me volví hacia ellos.

—Venga, venga —me dijo la Señora Enjoyada—, no tema, somos sus amigos...

Aunque no los conocía de nada ni supiera que fueran mis amigos hasta que lo intentaban, por lo visto, ser a partir de aquel instante, me acerqué. La Señora Enjoyada, con toda dignidad, buscó una excusa de descampado para evitar que el conductor oyera cuanto pudiéramos decir:

—Manuel, ¿no me dijo usted que parecía que se había caído una tuerca dos kilómetros atrás? ¿Por qué no va a buscarla?

Y el hombre uniformado, resignadamente, se disponía a la caminata cuando la señora le concedió:

—No, no vaya andando, por Dios... Puede coger el coche... Este caballero es de plena confianza —añadió, cuando vio que el chófer hacía un gesto de desconfianza por mi presencia en descampado.

El coche aplastó de cincuenta a sesenta hormigas al salir de la carretera para dar la vuelta, y se alejó a toda velocidad. Entonces, la Dama Enjoyada, sentándose en una piedra y abriendo el bolso, me dio unos billetes con el poco disimulado orgullo de quien practica la caridad organizadamente:

—Tenga, buen hombre, que le van a hacer falta. Ya sé que se le han puesto las cosas difíciles en Calenda y marcha a Nonas. Ha hecho bien con escapar. Ya ve a mi pobre amiga. A estas horas, ya la habrán condenado.

Casi tan lejos ya mi miedo como el lujoso coche, relacioné entonces los gritos que al comienzo de mi caminata escuchaba con aquella señora y la Noble Dama que me visitara en la Posada, con el desposeído bando de los poderosos. Mientras, la Dama Enjoyada seguía consolándome:

—No tenga remordimientos de conciencia; ya estaban sobre nosotros. No crea que ha sido por su culpa por lo que han detenido a su amiga, que también lo es mía; tenga la conciencia tranquila. ¿No le contó ella que no la dejaban terminar la casa nueva? Pues estoy casi segura: han sido los Luchadores. Envidian que nosotros podamos seguir siendo lo que éramos, y que ellos no hayan llegado a nada...

Me vi tan gratuitamente consolado mientras cantaban los pájaros y las abubillas saltaban tontamente sobre las cercas de piedra, sintiendo al aire agitar las cargadas ramas de los olivos, que me dio vergüenza mi libertad con aquel dinero entre las manos. Cuando iba a devolverlo advertí, además, que no eran los billetes que circulaban en Calenda, con la efigie del Hombre de las Ceremonias y de una estampa de la Gran Carga, sino que era una moneda para mí desconocida, con el retrato de unos hombres que nunca había visto, poderosos en el recuerdo o en el mando.

—Tome, muchas gracias; pero no puedo consentirlo —le dije, mientras le devolvía los billetes—. Además, de nada me servirían. ¿No ve que son monedas falsas?

—¿Falsas? No sabe usted lo que dice. Son billetes de Nonas, que no es lo mismo. No puede usted imaginarse el trabajo que nos cuesta conseguirlos en Calenda. El contrabando de divisas está muy perseguido por el Hombre de las Ceremonias.

—Se lo agradezco entonces doblemente, pero no puedo —insistí, cuando a la fuerza la Dama Enjoyada quería meterme los billetes en algún bolsillo—. No puedo aceptar más regalos. Demasiado amables han sido conmigo los días que me tuvieron allí, y con las complicaciones que les he traído...

—¿Un regalo? —me preguntó la Dama Enjoyada haciéndose de nuevas, mientras se echaba aire nerviosamente con un abanico que cogió, suspendido al cuello como lo traía con una cadenita de plata—. No, mi querido amigo, no es un regalo... Verá. Es, ¿cómo le diría yo? Un pago anticipado.

—¿Un pago? ¿De qué?

—Déjeme que le explique, que es usted un impaciente —me reprendió sonriendo—. Es un pago anticipado. Usted llegará a Nonas, verá gente, hablará con ella... Verá a nuestros exiliados... Le preguntarán por nosotros... Usted comprende. Y de lo que usted diga dependerá la fama que tengamos, sus noticias serán las últimas, las más fiables. Quizá le pregunten por nuestras relaciones con el Hombre de las Ceremonias... Usted no es torpe y me entiende. Lo que hago es pagarle anticipadamente para que hable bien de nosotros. Es un pequeño servicio que nos

hace, y que le tenemos que retribuir de alguna forma. Y como quizá no le volvamos a ver por aquí, no queremos quedar en deuda con usted.

Sin dinero como iba, igual que cada vez que me echaba al camino, hice un nudo corredizo con mi honradez, para que ella misma se ahorcara, y acepté prestar tales servicios. Para que no pudiese tener después remordimientos sobre mi proceder, quise enterarme detalladamente de mis obligaciones.

—Nada —me dijo la Dama Enjoyada—, usted no tiene que hacer absolutamente nada especial. Simplemente, hablar bien, hablar bien de nosotros, ponernos por las nubes siempre que pueda, siempre que salgamos a colación. Decir que esto de Calenda es cosa de días. Que vamos a volver al poder de aquí a unos cuantos meses como muy tarde. Que el pueblo vuelve a pedir nuestro dominio porque con nosotros vivía más feliz, porque nos preocupábamos más por sus cosas. Que la supresión de los colonos y la cesión de las tierras a los que las cultivaban ha sido un fracaso. Que el Hombre de las Ceremonias sabe que tiene contados sus días en el poder. Y si de paso dice también que los Luchadores trabajan por nosotros, que han hecho causa común, que somos como una piña, mejor. Estos gestos democráticos de que la gente haga alianzas para no conseguir lo que cada uno busca por separado es algo que tengo entendido que cae muy bien por ahí fuera.

—¿Y de su amiga, la procesada, qué digo?

—¿Estuvo usted en el colegio? —me preguntó a su vez, como toda respuesta, la Dama Enjoyada.

—Sí, pero hace ya mucho tiempo y apenas recuerdo nada —me evadí—. Pero ¿y de su amiga? ¿Qué digo de su amiga si me preguntan por ella, de la construcción de su casa, de la venta del palacio de Igny?

—Calma, calma, vayamos con calma... Le decía que si había estado en el colegio por saber si tenía nociones de historia general.

—Sí, lo de siempre. La historia sagrada, la historia nacional, las batallas, los triunfos... Lo que todo el mundo.

—Bueno, pues entonces no hay dificultad —dijo la Dama Enjoyada, levantándose de la piedra de la cuneta donde estaba sentada, con mi gentil ayuda, después de lo cual me invitó a que siguiéramos paseando, al comenzar a hacerlo ella—. En ese caso, lo que tiene que hacer cuando le pregunten por mi amiga es figurarse que está otra vez en la escuela y que es el maestro quien le hace preguntas para examinarle de historia.

—¿De historia? No entiendo —dije nerviosamente, mientras procuraba pasear con igual calma que mi acompañante.

—Sí entenderá, porque yo se lo voy a explicar. Verá, en las clases de historia, ¿no son los nuestros siempre los buenos, los que ganan las batallas aunque las pierdan, y nuestros enemigos siempre son los malos, los que si ganan lo hacen con ardides, con traiciones?

—Sí...

—Pues haga exactamente igual. Convierta a mi amiga, que también creo que lo era suya...

—Sí, una señora muy amable. Se le veía la nobleza, que todo le venía desde la cuna —dije para halagarla, pensando después de todo que el dinero podría hacerme falta y que ya lo tenía en el bolsillo.

—Pues mejor todavía —siguió la Dama Enjoyada—. Convierta a mi amiga, como le iba diciendo, en una heroína de los manuales escolares de historia. Usted ya lo sabe: los buenos, para ese caso, somos nosotros, los nobles. Los malos, el Hombre de las Ceremonias y los suyos...

—Pero ¿qué les digo?

—Lo que se le ocurra, improvise en cada respuesta. Ya sabe la norma: en los libros de historia, los que tenemos la razón, aunque al principio perdamos las guerras, terminamos ganándolas. Y además...

Pero ya no pudo darme más instrucciones de qué hacer a cambio de su dinero. Cuando escuchamos el solemne ruido del coche, la Dama Enjoyada me tendió algunos billetes más, que esta vez guardé en el bolsillo sin ayuda alguna de su insistencia.

Cuando se alejaba, me iba diciendo adiós agitando el abanico de encajes por fuera de la ventanilla.

Pasaron algunas horas en las que no me crucé más que con las lagartijas que de lado a lado de la carretera pasaban, dejando en el polvo escrituras cuneiformes. Para entretenerme, iba cogiendo tallos de avena salvaje, que me metía en la boca, piedras que lanzaba lo más lejos posible intentando que, tras chocar en tierra, saltaran varias veces hasta perderse definitivamente, como solía hacer cuando andaba por la orilla del mar y lo que se me cruzaba en la soledad no eran lagartijas, sino verdosos cangrejos que al oírme se escondían con torpeza en sus piedras resbalosas de humedad salina.

Escuchar el lejano ruido de una motocicleta fue un atractivo en la soledad de mi andadura. Con dinero de Nonas en el bolsillo, ya lejos de Calenda, cada vez me sentía más seguro, y nada me inquietaba. Así que cuando la motocicleta se detuvo a mi altura sólo tuve un sentimiento de agradecimiento para el muchacho que, con su pregunta, quebraba mi aburrimiento:

—¿Viene usted de Calenda?

—Sí, señor, para lo que guste.

—¿Es usted el Huésped Ilustre?

—No sé si a estas horas lo seré todavía —le dije con serenidad, viendo que nada podía ocurrirme ya—. Como ve, ya estoy en camino. Seguramente ya habré dejado de ser Huésped Ilustre.

—Esto es para usted —me dijo, y me dio unos billetes, iguales a los que me había metido en el bolsillo antes la Dama Enjoyada, más algunas monedas, de cuño igualmente desconocido para mí. Ya sin ningún rubor, como el profesional perceptor de generosos donativos en la huida en que me estaba convirtiendo, me limité a preguntar con calma:

—¿Para mí? ¿Por qué?

—Vengo a entregárselo de parte de los Luchadores. Aunque nuestros jefes han sido descubiertos y a estas horas están siendo juzgados en la plaza, y les saldrán muchos años de cárcel, otros han ocupado ya sus puestos. La Lucha por la Causa continúa. Dentro de muy poco llegaremos al poder y todo cambiará en Calenda. El pueblo está con nosotros. Como usted sabe, ya todos hacen torres de Pisa con palillos de dientes por las noches...

—¿Hasta el Hombre de las Ceremonias?

—Para eso le damos el dinero...

—Me lo darán, pero no entiendo una palabra. Que yo sepa, el Hombre de las Ceremonias no solamente no hace monumentos con palillos, sino que manda encarcelar a los que los hacen.

—Usted va a Nonas, ¿no?

—Sí, ésta es la carretera, según creo, y ése es mi propósito, si puedo conseguirlo.

—Llegará, no se preocupe. Le han puesto puente de plata para no tener que ajusticiar a un Huésped Ilustre. Han retirado a los guardias de la frontera, con el pretexto que tenían que asistir al proceso de los detenidos. Cuando usted llegue a

Nonas, pues tiene que transmitirles a todos nuestra fe en el triunfo. Decirles que luchamos y que cada vez estamos más cerca de la victoria. Por eso será bueno que hasta les diga que el Hombre de las Ceremonias hace por las noches catedrales y castillos, temiendo el día que lleguemos. Tiene que hacerles creer que, de esta forma, trata de congraciarse con nosotros para después del triunfo.

—¿Y los hace?

—¡Qué los va hacer! ¿No ha visto lo del proceso, como usted mismo acaba de decir? Pero hay que desprestigiarle ante los ojos del mundo... Y usted va a ir fuera, va a poder hablar de las cosas que están pasando aquí...

—De acuerdo. ¿Algo más que decir?

—Naturalmente, decir que los nobles han sido represaliados al mismo tiempo que nosotros, pero que no existe ninguna relación entre nosotros y ellos, como usted bien sabe que es verdad. Y, por supuesto, que diga cada vez que se le presente la ocasión que nuestra Causa cuando triunfe terminará de una vez con los Nobles y con el Hombre de las Ceremonias. Que es cuestión de días...

Y sin decirme nada más, seguro que pensando en su próxima autocrítica, el muchacho aceleró de nuevo la motocicleta y, dando la vuelta a gran velocidad y extendiendo una pierna sobre la carretera para no perder el equilibrio, desapareció. El ruido se iba disipando a la par que la polvareda que había levantado con su demostración de rauda destreza.

Sonó al principio como un tractor que estuviera roturando una de las lomas por las que se perdía la carretera en el horizonte. Pero al rato advertí que era un helicóptero lo que se acercaba, al percibir el inconfundible martilleo gaseoso. Cuando me volví a verlo, volaba todavía muy alto, y advertí que conforme se acercaba iba perdiendo altura. Curado ya de espantos, no me cupo la menor duda de que alguien más venía a despedirme y quizás a ofrecerme algún tipo de ayuda. Pero nunca supuse que fuera el propio Hombre de las Ceremonias quien descendiera poco después del aparato, que se posó en el claro que dejaban unos olivos, levantando con las aspas todas las hierbas secas que tan resbaladizas hacían las cunetas.

Sin quererlo, le dije adiós a los pájaros que volaban asustados, a las cargadas ramas de los olivos, al polvo del camino. Supuse que al momento estaría dentro del helicóptero y a los pocos minutos en una cárcel de Calenda. Tan cercano estaba el peligro que ni siquiera sentía miedo, y una desesperada serenidad se apoderó de mí, de modo que podía dominar hasta el menor gesto. Dueño de mi miedo, era dueño de mí.

No esperaba encontrar en el Hombre de las Ceremonias el mismo talante de halago que mostró el día que llegué a Calenda en autobús; pero fue así. Temía un fastidioso interrogatorio sobre las circunstancias de mi marcha, sobre mi presencia en aquel despoblado olivar que atravesaba la carretera. Pero ya digo que todo fue muy distinto.

Se me acercó con una cartera de piel en la mano, satisfecho:

—Muy agradecido. Ha sabido usted corresponder a las atenciones que Calenda le ha dispensado.

Entendí que me iba a interrogar sarcásticamente, que me ejecutarían entre grandes obsequiosidades para con mi persona, que hasta podría elegir quienes hubieran de formar el piquete que me fusilaría. Pero vi que todo era real.

—Gracias a usted —siguió—, Calenda ha podido descubrir a sus más peligrosos enemigos, que acudieron a usted como las mariposas de la luz a las velas. Eran los que alteraban el orden en la mayor impunidad, sirviéndose de sus posiciones privilegiadas. Francamente, sentimos que no haya querido quedarse con nosotros; nada le hubiera ocurrido. Hasta pensábamos tributarle un homenaje de agradecimiento en cuanto terminara el proceso y hubieran sido ejecutados los principales agitadores. Por eso no le dije nada esta mañana, tratando de darle una sorpresa.

—Es que yo... —le dije, pero no me dejó acabar de justificarme.

—Comprendo, lo comprendo todo; no tiene que decirme nada. Por eso no nos oponemos a sus deseos. ¿Quiere marchar, no? Pues bien: puede marchar. ¿O se cree que cuando se puso en camino no lo sabíamos? ¿No se cruzó al salir con varios camperos?

—Sí. Por cierto que me extrañó que volvieran tan temprano del trabajo.

—Como que no eran camperos, sino agentes especiales, mandados para controlar

su salida, mi querido amigo. Pero, en fin, usted ha decidido marcharse, y bien que lo lamentamos; pero no seremos nosotros los que nos opongamos. Usted no es súbdito de Calenda y, según tengo entendido, tampoco de parte ninguna. Usted es un hombre libre. Y por eso queremos recompensarle...

—Si dice usted que soy un hombre libre, ¿le parece ya poco esa recompensa, ser libre?

—En fin, no me meto en discusiones —se entristeció el Hombre de las Ceremonias—, ya que para mí la mayor recompensa no es ser libre, sino ser de Calenda. ¿Para qué sirve la libertad si no se está en Calenda, si no se respira su aire, si no se toma su sol en las mañanas del invierno?

—Y se bebe su agua, claro... —dije, ya en un abierto sarcasmo, al ver que el Hombre de las Ceremonias me había concedido la gracia de poder seguir con vida.

—Pero ya que usted no quiere quedarse con nosotros, no vamos a permitir que marche por las buenas...

—Usted dirá lo que tengo que hacer —me entregué.

—No, no tiene que hacer nada —y comenzó a reírse, al verme tan resignado a la condena que imponerme quisieran—. Lo que quiero decirle es que le traigo esto.

Y me entregó la cartera de piel que antes me había llamado la atención.

—Muchísimas gracias —le tuve que decir.

—A cambio, le rogaría algunas cosas.

—Usted dirá.

—Ya sabe usted que fuera tienen una gran envidia a nuestras tradiciones de Calenda. En nombre de toda Calenda, le ruego que hable bien de nosotros por ahí. Que diga que no existen los Luchadores, ni los Nobles, que todos son felices, que a la Asamblea asiste libremente quien quiere, que el Sistema está tan seguro que durará siglos. Es todo lo que le pido. Y de mí, puede decir lo que quiera. Pero tenga en cuenta solamente una cosa: que si yo fuera lo que dicen de mí y que usted seguramente habrá escuchado, a estas horas no estaría usted aquí, marchando a Nonas tan tranquilamente...

No supe cómo reaccionar, porque el miedo volvió a apoderarse de mí. Otra vez temí por mi vida, por mi libertad. Aunque recuperé la calma cuando fue el Hombre de las Ceremonias quien me dio ánimos:

—Venga, hombre, alegre esa cara... Que no voy a llamar al Gran Alguacil —me dijo, bromeando.

—¿No piensa llamarlo?

—¿Cómo lo voy a llamarlo, si el Gran Alguacil no existe?

—¿Que no existe?

—Nunca ha existido. Lo inventaron las gentes después de la Revolución, cuando mandé disolver el Cuerpo de Alguaciles y organicé otros sistemas de vigilancia y represión. Créame: los hombres no están hechos para ser libres, les debe faltar alguna glándula para poder serlo. Pero de esa glándula no han sido dotados. Siempre han de

temer a alguien, aun cuando más libres creen que son. Y si ese alguien no existe, se lo inventan. Ya tienen entonces creado a su Gran Alguien, al que los puede encarcelar, al que los puede condenar, al que les puede privar de su libertad.

Y diciéndome esto, volvió a subir al helicóptero, que dio en mi honor dos pasadas a baja altura antes de desaparecer definitivamente tras las lomas del horizonte. Lo que estaba esperando con ansia, para poder abrir la cartera de piel, no fuera que me hubiesen entregado una bomba de relojería dentro de ella. Pero no. Lo que había dentro eran mazos de billetes de Nonas —ya familiares para mí, mucho antes de haber traspasado sus fronteras— perfectamente ordenados, todos con números correlativos, nuevos. También había más papeles, presuntamente documentos. Así que me senté en la cuneta para examinarlo todo. Había un pasaporte de Nonas a mi nombre, naturalmente que falsificado, dado lo burdamente que tenía prendida la fotografía con que aparecí en los periódicos de Calenda al día siguiente de mi llegada. En la profesión me habían puesto: «inversionista». También me habían inventado un nombre, una edad. Habían vuelto a nacerme.

Había también en la cartera muchos objetos inútiles. A punto estuve de tirarlos: unos billetes de avión, ya utilizados y muy arrugados; una agenda con muchas anotaciones; calderilla, un talonario de cheques con varios talones cortados de la sierra de puntos perforados; un portarretratos con las cabecitas sonrientes de dos niños rubios y tostados de sol. Pero tan cansado estaba que no me metí en ordenar la cartera y en tirar todas aquellas cosas inservibles. Porque en éstas la noche se había echado encima. Y me tumbé a dormir, como pude, bajo un olivo centenario, en cuyo tronco los siglos habían hecho una retorcida cavidad, aunque no seguramente pensando en los perplejos fugitivos de Calenda.

De que había pasado la frontera me di cuenta cuando noté que no había pájaros en los árboles. Porque traspasar la línea de los dominios de Calenda fue algo que hice automáticamente, fuera de mí, retirados los guardias fronterizos como estaban, en el tendido de puente de plata que me dispensaron. Al levantarme, había seguido carretera adelante, como es la obligación de todo caminante en cuanto sale el sol. Hasta que llegué a un edificio con el color de la tierra y con varios pabellones que, por las barreras pintadas de rojo y blanco que los unían, supuse que era la aduana de Nonas.

Entregué el pasaporte, que me sellaron sin mirarlo demasiado.

—¿Algo que declarar? —me preguntó el agente.

—Solamente esto —le dije, señalando la cartera de piel que me había regalado tan desprendidamente el Hombre de las Ceremonias.

Abrió la cartera, después de ponerla ante un aparato de rayos X, y contó el dinero que llevaba: veintitantos mil pesos. Después me preguntó si llevaba más dinero en los bolsillos, aunque fuera moneda fraccionaria. Saqué la calderilla que había encontrado en la cartera, los billetes arrugados que me habían dado el Muchacho de la Motocicleta y la Dama Enjoyada: total, casi tres mil pesos más. El agente anotó todo aquello en el teclado de una máquina para mí desconocida, que me extrañó por su diseño y por las palabras que dibujaba en una como pantalla, con lucecitas de un verde pálido. Finalmente apretó un determinado botón y sacó un trozo de cinta perforada, en el que también venían escritos a tinta los números de mi fortuna:

—¡Vaya! —me dijo, mostrando sorpresa—. Esto se llama exactitud: veinticuatro mil ochocientos veintidós pesos.

—Exactitud, claro —sonreí complaciente, sin saber de qué iba aquello.

—¿Sabe usted lo que me dijo ayer un traficante? —me preguntó el agente en un abierto tono de confianza, mientras yo iba vaciando ordenadamente la cartera—. Pues que le habían metido el dinero en el equipaje sin que se diera cuenta, que debía ser una broma pesada. ¡Tres millones traía el tío! Y, señor, ¿no existe el reglamento? Pues a cumplirlo, así, como usted, con exactitud. ¿Qué se pueden entrar hasta veinticinco mil pesos? Pues veinticinco mil pesos, y justo...

Entonces agradecí al Hombre de las Ceremonias, para mis adentros, su saber sobre los reglamentos aduaneros de Nonas. Y su previsión: porque cuando tomara el helicóptero, algún especial le habría ya informado de las razones por las que se habían echado tan apresuradamente al camino, en cuanto comencé mi huida, la Dama Enjoyada y el Muchacho de la Motocicleta.

El aduanero siguió examinando cuanto traía en la cartera, y alabando cada objeto:

—Un billete de avión. Vamos a ver... Muy bien. Si no lo trajera usted, no lo dejaríamos entrar, a pesar de su pasaporte en regla.

—¿No?

—Naturalmente que no. Con las falsificaciones de pasaportes que hay... Y además, viniendo andando. ¿Usted ha visto que muchas personas entren a pie en los

países?

—Pues no —le concedí, porque tenía toda la razón—. Se llega en avión, o en automóvil...

—Así que usted salió hace... —Y volvió a mirar el pasaje de avión—. Hace quince días. ¿Viaje de negocios, no?

—Sí, cosas de inversiones —dije, temiendo que nunca llegaría a entrar en Nonas con tan prolijo examen de ingreso.

Después, el agente cogió un amarillo papel arrugado que también traía yo en la cartera, y, extendiéndolo, siguió recomponiéndome mi historia, que para mí, naturalmente, tenía mucho más interés que para él:

—A ver —y leyó—: «El vehículo arriba señalado ha sido depositado en este taller para una reparación...». ¿Algo de importancia? —me preguntó.

—No pero complicado sí que es —le expliqué, bandeándomelas ya en terreno firme, y dándole de nuevo en el corazón las gracias al Hombre de las Ceremonias por haberme inventado un pasado y provisto de tan útiles documentos para demostrarlo—. Lo menos tardarán dos meses en repararlo.

Y pidiendo perdón a la buena voluntad de los que me habían ayudado a escapar de la pena de muerte, comenté al aduanero con la superioridad habitual de los viajeros internacionales:

—Es que en Calenda están atrasadísimos. Aquí esa avería me la hubiera reparado en cuestión de horas. Y, además, ni un mal coche que alquilar he podido encontrar. Así que no he tenido más remedio que venirme andando, aunque a usted le haya extrañado tanto.

—Ya, ya me extrañaba —me dijo el aduanero, tomando el talonario de cheques, del Banco Nacional de Nonas, al que no concedió la menor importancia, y pasando a observar los niños rubios y tostados del portarretratos—. ¿Sus hijos, no? —me preguntó.

—Sí, uno...

—Se ve... Tienen sus mismos ojos, el mismo corte de cara...

Entonces recordé que en el pasaporte decía que era casado. Y como el Hombre de las Ceremonias no me había hecho acompañar por ninguna mujer para defraudar a la Aduana de Nonas, tuve que inventarme una para convencer al agente:

—Sí, en lo rubio salen a la madre...

No pude evitar que, a su vez, sacara de su billetera las fotos de sus hijos y me las enseñara. Bien valió la pesadez del comentario forzado por la facilidad de la entrada. Porque una vez que hube pasado el largo mostrador donde inspeccionaban los equipajes, y un mozo tomó mi cartera de mano, me llamó la atención una gran sala llena de gente:

—Son inmigrantes —me dijeron— que están esperando trámites o que no reúnen las condiciones.

Seguimos andando, en busca de un coche de alquiler. Y mientras le iba

preguntando, el mozo de equipajes me comentó la suerte de aquellos inmigrantes, que yo había evitado milagrosamente:

—En su mayoría son fugitivos de Calenda, exiliados políticos. Pero como no tienen más de veinte mil pesos y menos de veinticinco mil que es, como usted sabe que ahora señala el reglamento de la aduana, la cantidad que hace falta para poder entrar, pues no los dejan. Además, son gente que no tiene dinero y que nunca lo tendrá, que aquí en Nonas no podrá trabajar en lo mismo que hacían en Calenda: albañiles, peones, panaderos...

De que en Nonas era todo muy distinto empecé a tener noticias cuando el mozo me dijo cuánto eran sus honorarios por llevarme la maleta de mano desde el mostrador del aduanero hasta la parada de los coches de alquiler, estacionados ordenadamente a la puerta del edificio:

—Cinco mil pesos, señor.

Y yo que creía que el Hombre de las Ceremonias me había dejado una fortuna dentro de la cartera de piel...

Desde la aduana se veía la ciudad de Nonas, por lo que no debía estar a más de quince kilómetros, en el fondo de un pequeño valle. Se llegaba por una autopista con una densa circulación, a cuyos lados se levantaban atrayentes edificios. Me hice llevar a un hotel. Frente a los cinco mil pesos del maletero, me sorprendió el bajo precio del coche:

—Doscientos pesos, señor —me dijo el conductor, entregándome una nota a modo de factura, que sacó de una máquina que llevaba junto al volante, parecida a la que había estado manejando el aduanero durante su inspección de mis pertenencias.

Mientras entraba en el hotel —por supuesto que sin dejar que ningún mozo de equipaje que se acercara tomara mi cartera de mano para llevármela—, leí aquel papel, también con unas extrañas cifras perforadas y el resto escrito a tinta, que decía: «Transporte, 50 pesos; honorarios del conductor, 150 pesos», lo que me sorprendió.

Una vez que rellené una ficha en recepción y punteé una serie de casilleros para perforar que había en ella, y cuando me entregaron la llave de la habitación, no pude evitar que un botones me acompañara. Esta escena, que siempre trato de evitar, es violentísima. El botones le pregunta siempre a uno si ha hecho un buen viaje. Y, después, invariablemente, le corrige («por aquí, señor») cuando al salir del ascensor uno tira por el pasillo de la derecha en vez de coger el de la izquierda. Y una vez en la habitación, son totalmente inútiles sus demostraciones de destreza para cerrar las cortinas, para echar las persianas, para encender las lámparas, para abrir los armarios, para encontrar los timbres, para graduar el volumen de la música ambiente, para poner a menos trapo la calefacción. Porque cuando el botones se ha llevado su propina, ha cerrado la puerta y se ha quedado uno solo, nunca acierta cómo se apaga la radio, cómo se pone más fuerte la calefacción, cómo se enciende la luz del cuarto de baño, cómo se abre el agua caliente de la ducha. Por tales demostraciones, el botones me cobró nada menos que cien pesos. Se los entregué sin rechistar, mientras me entregaba como comprobante otra tira de papel perforado, igual que la del chófer y el maletero, que sacó de una máquina parecida a la que aquéllos usaban, sólo que ésta era más pequeña y la llevaba colgada al cuello con una cadenita.

Por fortuna, sobre el escritorio de la habitación, junto a muchos otros folletos, había un libro cuya utilidad posterior nunca podía imaginar ni ponderaré suficientemente. Se titulaba «Nonas. Guía Oficial». En su lectura me enfrasqué toda la mañana. Con él en las manos bajé al comedor y me quedé casi toda la tarde en un amplio salón, tan alfombrado como desierto, de la planta noble, tan sólo habitado por la inútil presencia de un piano blanco situado en un rincón. En la cena no leí, porque el comedor estaba muy concurrido y me parecía de mala educación el hacerlo. Así que me limité a aburrirme lo que pude mientras cenaba, mirando cómo se aburrían también los otros clientes que estaban sentados solos en una mesa, tratando —como yo— de terminar cuanto antes. Con el postre en la boca me subí de nuevo a mi habitación, para terminar de leer el libro.

Tan útil, como digo, fue para mí su lectura, que no resisto, como he hecho con

otros trozos a lo largo de este memorial, copiar ahora algunos párrafos. No me ocurre con el libro de las hazañas de Igny que he tenido que reconstruir de memoria para que lo puedan conocer cuantos lean estas páginas. Ésta «Guía Oficial» la conservo desde aquel día y siempre la tengo a mano. Ni que decir tiene que la robé del hotel.

Como no podía ser menos, Nonas era el país más favorecido por la Naturaleza, según pude saber por aquel libro. Su latitud era la ideal para tener un clima ni extremadamente frío ni en exceso caluroso. Este clima permitía la existencia de una flora única, con especies que en ningún otro lugar del globo eran conocidas, que habían podido resistir las consecuencias de los avances industriales gracias a la prodigiosa topografía nacional, con montañas de nieves perpetuas, largos y anchos ríos, zonas templadas, áreas soleadas durante trescientos sesenta días al año. Las lluvias no eran pertinaces, como se atreven a ser en otras naciones, ni mucho menos tropicales. Caían cuando tenían que caer; cuando las esperaban los camperos, la polución del aire y los niños a quienes aquel año sus padres habían comprado botas de goma.

Este paraíso natural tenía una de las economías más florecientes del planeta. Decía el libro:

«Nonas tiene aproximadamente un doce por ciento de la superficie de todos los países del mundo, por lo que ocupa en este rubro el lugar 25. En población, aproximadamente tiene un 0,5 por ciento de los habitantes de la Tierra, por lo que ocupa el lugar 85. En densidad de población, ocupa el 27 lugar mundial. La renta por habitante es superior a la de todos los países del mundo. Nonas es, igualmente el primer país mundial productor de acero, de carbón y de energía eléctrica. En el comercio mundial ocupa el primer lugar de los países exportadores e igualmente encabeza la lista de las naciones importadoras, más por la variedad que por la cantidad de productos».

Si bien el país nadaba en la abundancia, no me ocurría igual a mí. Conforme fueron pasando los días e iba devengando gastos en el hotel, languidecieron mis reservas monetarias. Para lo cual, ciertamente, no eran necesarias demasiadas jornadas hoteleras. Cuando ya me quedé absolutamente sin dinero, eché mano del talonario de cheques que el Hombre de las Ceremonias había introducido en la cartera de piel que me regaló en el camino. A pie, porque ya no tenía ni para tomar un taxi, me encaminé al Banco Nacional de Nonas, que ocupaba un monumental edificio en la plaza principal de la capital, junto al Palacio Presidencial, la Catedral y la Corte de Justicia.

Mi esperanza es que hubiera algunos fondos en aquella cuenta misteriosamente abierta a mi nombre. Cuando me identifiqué para pedir el saldo de mi cuenta, tuve la curiosidad de preguntar en qué fecha había sido abierta. Lo había sido —según las cuentas que eché— aproximadamente el día en que el Joven Luchador fue a recogerme a la Posada para mostrarme el centro de Lucha. Tener, no tenía gran cosa: cinco mil pesos. Cuando me retiraba, el empleado me detuvo:

—Señor, ¿no quiere ver la caja privada?

—Ah, verdad, la caja privada —dije, para ganar tiempo, con la misma técnica que había empleado en la Aduana y que tan buenos resultados me iba dando para conocer la historia antigua que me habían inventado.

El empleado me acompañó a un ascensor que nos bajó hasta el sótano. Después de pasar dos controles y de que nos pusieran unos cartones plastificados en la solapa; después de que hubiéramos firmado en dos libros que custodiaban otros tantos vigilantes armados, atravesamos una gran puerta blindada que me hizo creer que entraba en un frigorífico para conservar el poder adquisitivo del dinero. Por pasillos acorazados, el empleado me condujo hasta una estancia circular cuyas paredes estaban ocupadas por pequeños nichos metálicos con un número que podía leerse desde bien lejos.

—¿No va el señor a comprobar las existencias de su caja privada? —me había dicho cuando yo acababa de retirar mis fondos, triste de mi escasa fortuna y alegre por los cinco mil pesos que me habían caído del cielo.

Me abrió la caja que correspondía al número de mi cuenta. Francamente, no esperaba encontrar joyas, ni paquetes de valores mobiliarios, ni mucho menos lingotes de oro. Por eso no sentí la menor decepción cuando comprobé que lo único que había dentro de la caja a mí asignada era una carta dirigida a mi nombre.

El empleado comprendió que quería leerla. Así que me dijo:

—Si quiere, puede utilizar un despacho privado. Es la primera vez que viene a nuestro banco, ¿no, señor?

—Sí, como ve, la cuenta la he abierto hace poco. ¿Dónde está ese despacho que me dice?

Dentro de los mismos corredores acorazados, me condujo a un pasillo que, aparte de paredes metálicas y blindadas, tenía el suelo alfombrado. Antes de dejarme a solas tras una puerta que abrió él con una llave y un vigilante armado con otra, me preguntó:

—¿Puedo cerrar la caja, señor?

—Espere, por si las moscas. ¿Le importaría esperarme fuera? —le dije, y me encerré a leer el contenido de aquel sobre a mí dirigido.

Respetable Ex Huésped Ilustre:

Ya ve que la libertad no lo es todo en el mundo. Si está leyendo esta carta es señal inequívoca de que se ha quedado sin dinero, que en una sociedad metalizada como es la de Nonas, de bien poco le vale su libertad si no tiene nada en el bolsillo. Ya sé lo que ha ocurrido, señor. Ha acudido usted al banco a comprobar si el talonario de cheques que le entregué podía servirle para retirar alguna cantidad de dinero. Y al ver que, además de la cuenta, tenía a su disposición una caja privada, ha aceptado comprobar qué contenía, por si allí estaba su fortuna. Pero ya ve que no, que aparte de los cinco mil pesos que supongo acaba de retirar, toda su fortuna es, por ahora, esta carta.

Enemigos que somos de Nonas, y habiéndome prestado los inestimables servicios —que ya le agradecí personalmente— de servir para poner al descubierto a toda una extensa red de agitación tendida en el país, quizá le valgan ahora más mis palabras contenidas en esta carta que todas las fortunas de Nonas, tan fáciles de conseguir como inadecuadas para satisfacer a un hombre —aunque sé que no es éste su caso— que ama el aire, el sol, el agua, la convivencia de Calenda.

Le dejé en la cartera que le regalé una agenda con direcciones. Si aún la conserva, en ella puede encontrar las señas de algunas personas que le proporcionarán un empleo. Son enemigos de Calenda, personajes del antiguo Sistema que voluntariamente se exiliaron cuando triunfó la Revolución. Como le supongo ya enemigo de nuestro Sistema, quizás ellos puedan ayudarle.

Y para que vea que lo que únicamente busco es la felicidad de los que dependen o han dependido —como es su caso— de mí, voy a hacerle una recomendación final.

La recomendación final es que quiero que sepa que Nonas está dominada por el dinero. No espere encontrar amigos. No espere que los agentes de la agitación le vayan a buscar, como aquí hicieron, para que colabore con ellos.

Trabaje, luche en Nonas. Pero ya verá como más tarde o más temprano querrá volver aquí con nosotros. Porque a su ciudad sí que ya no podrá regresar. Tenemos una completa información sobre las razones que le hicieron llegar una tarde a nuestra plaza, en el autobús.

Suyo afectísimo...

La carta del Hombre de las Ceremonias me dejó sin fuerzas. Pulsé el timbre que me había indicado el empleado que accionara cuando hubiese terminado, pensando que le tendría que pedir que me sacaran de allí entre dos y me llevaran a un médico. Tan pocas ganas de lucha tenía después de las veladas amenazas y predicciones de desgracia contenidas en la carta del Hombre de las Ceremonias. Pero lo pensé mejor, y cuando entró el empleado caí en la cuenta de que había que hacer desaparecer aquel papel. Ya informado del nivel tecnológico que disfrutaban en Nonas, creí lo más natural decir:

—Por favor, ¿un incinerador portátil?

—¿Eléctrico o movido por energía atómica? —Me dio a elegir.

—Me da igual.

Lo traje, pequeño como un paquete de cigarrillos, e introduje en él la carta, que segundos después quedaba convertida en un decorativo pisapapeles de porcelana sintética.

Iba a dejar allí el pisapapeles que había expulsado el incinerador, pero cuando abandonábamos el despacho privado, el empleado me dijo:

—Su pisapapeles, señor, ¿no se lo lleva?

—No, ¿para qué?

—¿No le gusta? Hubiera escogido otro objeto en el programador...

—¿Cómo otro objeto? —dije con extrañeza. Lo del incinerador-transformador no me sorprendió, por lo que había leído en la guía oficial:

—Se ve que hace unas semanas que falta del país, señor, y en este tiempo hay nuevas máquinas del bienestar, nuevos avances tecnológicos —me fue explicando, mientras buscábamos la salida por el subterráneo laberinto de corredores acorazados—. Quizá cuando salió usted al extranjero los incineradores portátiles solamente transformaban el papel en objetos de porcelana. Pero hace diez días han salido al mercado otros que, mediante un pequeño programador, los transforman en ropa interior de señora, en golosinas para los niños, en obras completas de Homero... Miles de posibilidades, como ve. En el banco se han sustituido todos por el nuevo modelo. Pero los dejamos en el programa cero, que es el de la porcelana, porque ya sabe usted que gran parte de nuestros clientes son personas que nacieron antes de los avances tecnológicos, muy chapados a la antigua, que difícilmente se adaptan a nuestros progresos en el terreno de la automatización.

Como ya tenía dinero en el bolsillo, en cuanto salí del banco llamé a un taxi para llegar cuanto antes al hotel. Ni que decir tiene que lo primero que hice fue ponerme a buscar mi futuro entre las direcciones de la agenda.

Venían varias direcciones; y no sabía por cuál de ellas decidirme. La de mayor confianza me pareció una anotada como «Empleos e Inversiones, S. A.». Me presenté allí a los pocos minutos, sin temor a gastar en taxis mis cinco mil pesos de reserva. Me asignaron a una bella señorita para que me atendiera:

—Pase al despacho de la Consultora de Empleos, por favor...

Nada más entrar, me obsequió con una taza de café. En todos los hogares y oficinas de Nonas había unas tuberías de diversos colores que suministraban, con sólo abrir un grifo, los líquidos más diversos. Lo comprobé el mismo día de mi llegada, cuando por culpa del botones que no me lo había explicado, ni bien ni mal, me lavé los dientes con un líquido que me sabía demasiado a *whisky* como para que no fuera *whisky*, como efectivamente comprobé poco después que era, cuando abrí otros grifos: de leche, de soda, de ginebra, de cerveza, de vino. Según pude enterarme en el hotel, había tenido mala suerte a la hora de que me asignaran habitación. En las puestas al día tecnológicamente durante la última semana (el hotel estaba en una constante renovación de instalaciones, según iba avanzando el grado de bienestar de Nonas) habían puesto ya la acometida no sólo de café, sino de café con leche, de café con leche corto de café y de café con leche largo de café.

El despacho de la Consultora de Empleos debía ser de los que no estaban puestos todavía al día, porque para servirme el café con leche que le pedí, correspondiendo a su invitación, tuvo primero que abrir el grifo del café y después el de la leche. Ella abrió el de ginfizz, que instalaban con el abono de una pequeña cuota semanal de suplemento.

—Y bien —me dijo—, ¿en qué quiere trabajar?

—En lo que sea. De lo que no quiera nadie... De barrendero, de albañil; de cualquier cosa. Me hace falta el dinero cuanto antes.

Me costó mucho trabajo conseguir que dejara de reír. Cuando ya se calmó, me dijo:

—Tome, ¿quiere un coñac? Se lo ha ganado, hombre —y abrió otro grifo, distinto a los de antes. Después me aclaró—: Perdone que me ría, pero se ve que hace mucho tiempo que falta usted de Nonas. Precisamente esos empleos que dice son los más solicitados, los mejor remunerados.

Y caí en la cuenta que llevaba razón, porque me acordé de los cinco mil pesos que tuve que entregar con todo el dolor de mi corazón al maletero de la aduana.

—Para estos puestos —siguió explicándome la Consultora de Empleos— se necesitan muchas recomendaciones, cursos especiales en los Centros Superiores de Estudios Humanos. ¿Tiene usted algún título, técnico o humano?

—No, ninguno.

—Pues entonces, poco voy a poder encontrar de calidad para usted.

—Yo, de lo que sea, señorita —le dije humildemente, por ver si la sobornaba con mi planta de pobre hombre muerto de hambre.

En un ordenador que tenía sobre la mesa marcó unas cifras. Girando la máquina,

me dio a leer lo que un pincel electrónico había escrito en la pantalla:

CONS. DIR. GEN. — 100 000
SUBD. B. — 100 000
REP. N. — 120 000

—Muy bonito —dije pueblerinamente, viendo las letras y cifras que las lucecitas verdes habían escrito sobre la pantalla.

Dejándome por imposible, la Consultora de Empleos insistió:

—Es realmente admirable su sentido estético. No, no había caído en que la pantalla del ordenador tiene hasta su belleza. Pero ¿por cuál se inclina de estos empleos?

—¿Cómo por cuál?

—Sí, para sus condiciones, éstos son los tres únicos empleos que tenemos ahora mismo: un puesto de consejero director general, cien mil pesos al año; uno de subdirector de un banco, también de cien mil pesos anuales, y otro de representante nacional de algo, supongo que será de alguna fábrica, con ciento veinte mil pesos anuales...

Me dejó que pensara mirando la pantalla, y al momento insistió:

—¿Se decide por alguno de los tres?

Pero yo estaba absorto en la contemplación de la técnica y me dio por pensar en la alegría que mis padres tendrían, de vivir, al verme hecho todo un subdirector de banco, un consejero director general... en otro sitio que no fuera en Nonas. Así que decidí elegir el puesto que tenía una mayor retribución, según veía marcado en la pantalla del ordenador. La Consultora de Empleos volvió entonces a marcar unos números y unas letras en el teclado del ordenador; pero esta vez en la pantalla, en vez de las leyendas de lucecitas verdes, apareció, sola en el centro, una luz roja intermitente, que se mostró, dándole la vuelta a la máquina, mientras me explicaba:

—Imposible, ya lo ve. Para ese puesto se requieren unas condiciones que usted no reúne. Por eso se enciende la luz roja.

—¿Cuáles?

Y volvió a escribir en el teclado, con lo que salió una leyenda que decía:

REQ. TIT. EST. HUM.

—¿Quiere que se lo explique, no? —Adivinó la Consultora, viendo mi perplejidad ante el tablero encendido—. Esto quiere decir que para ese empleo se necesita estar titulado por un Centro Superior de Estudios Humanos. Así que vamos a ver los otros dos.

—¿Cuáles eran, que ya no me acuerdo, con tanta lucecita?

—Espere, no se impaciente —y, sonriendo, volvió a teclear, con lo que en la pantalla volvieron a aparecer las dos primeras inscripciones que las luces habían grabado al principio:

CONS. DIR. GEN. — 100 000
SUBD. B. — 100 000

—Consejero-director-general —dije—, los bancos no me gustan ni para sentarme. Y la Consultora pidió, tecleando de nuevo, los detalles del empleo que yo deseaba. Salieron al momento en la pantalla del ordenador:

CONS. DIR. GEN. FAB. LAM.
100.00/REF. 12 536 752

—Se trata del cargo de consejero director general de una fábrica de lámparas. Pero por la referencia veo que debe ser una fábrica poco tecnificada.

—¿Poco tecnificada?

—Sí, anticuada en sus fabricados. Le explicaré, ya que como usted ha estado fuera mucho tiempo, quizá no esté al tanto de las últimas noticias. Cuando usted estaba aquí, las bombillas, ¿cómo eran?

Aunque nunca hubiera estado allí, supuse que como en todas partes, por lo que hice una perfecta descripción:

—De vidrio, con el vacío hecho dentro, con un filamento que se pone incandescente con el paso de la electricidad...

—Sí, en eso siguen siendo exactamente igual —me dijo la Consultora de Empleos, con lo que me encontré impensadamente que al menos estaba al día en algo—. ¿Pero cómo se ponían, cómo se conectaban?

—Pues si mal no recuerdo, tenían arriba una tuerca de rosca, que se ajustaba en un casquillo que pendía del techo...

—Pues eso es lo que ya está superado —me dijo, como quien comunica el más sensacional de los descubrimientos—. Nuestra tecnología ha permitido conseguir bombillas sin rosca.

—No me irá usted a decir que han vuelto a descubrir las lámparas de bayoneta...

—No, hemos descubierto algo más revolucionario. Un sistema que, aunque tiene tuerca, dispone de un ajuste automático. Las lámparas van provistas de un diminuto motor adicional. Usted la coloca bajo el casquillo, la fija a él con unos resortes de que está dotada, acciona el motor y ellas solas se enroscan. Seguramente esta fábrica a la que va usted sigue fabricando lámparas con el procedimiento convencional. Por eso el sueldo, a pesar de que todos los haberes de directores generales son bajos, es menor que lo habitual.

—Y si hay bombillas con motor como usted dice, ¿cómo se venden las de rosca sola? —dije, familiarizándome ya con los problemas de mi nuevo empleo.

—Para eso seguramente lo querrán a usted, para que programe en los ordenadores sistemas de venta de las lámparas convencionales.

Y para celebrar la gestión, por la que hube de pagar al contado mil pesos, la Consultora de Empleos me obsequió con otro café. Aproveché para preguntarle:

—Y un peón, ¿cuánto gana?

—Ahora mismo lo verá.

Accionó el ordenador:

P. CONST. — 3 000 000

—Ya lo ve —me interpretó la leyenda de lucecitas verdes de la pantalla—: «Peón de la construcción, tres millones de peso anuales».

—Yo, como hace mucho tiempo que estoy fuera, ¿sabe usted?, no estoy al tanto de estas cuestiones. Así que quisiera preguntarle una cosa: ¿por qué estos empleos, que cuando yo me fui eran los más tirados, vamos, los menos cualificados, los peor pagados, ahora son los mejores?

—Muy sencillo, señor: a medida que se ha ido tecnificando el país, han ido suprimiéndose funciones elementales, primitivas, vamos, convencionales.

—¿Como las lámparas?

—Algo más o menos. Una máquina cuesta menos que comprar las horas de trabajo de un hombre mediante un sueldo. Pero hay ocupaciones que no las puede hacer la máquina, en las que el hombre sigue siendo insustituible. Aunque nuestros investigadores están trabajando en ello, aún no se ha descubierto una máquina para llevar carretillas de ladrillos, ni paletadas de mezcla. Contenedores de ladrillos sí existen, pero para llevar diez ladrillos de una parte a otra, hace falta un hombre. Máquinas de enfoscar lienzos de paredes también existen; pero para dar esas dos paletadas que rematan una obra, hace falta un hombre.

—Los investigadores, entonces, estarán muy bien pagados, ¿no?

—No crea. Un premio Nobel, por ejemplo, viene a ganar unos trescientos mil pesos al año. Como hay tanta competencia... Solamente en Electrónica tenemos ya dos mil doscientos premios Nobel. Muchos de ellos están en paro, y viven gracias al seguro de falta de empleo. Y lo malo es que las previsiones a corto plazo son francamente desalentadoras: hay un grupo de investigadores en Cibernética que están trabajando desde hace unas semanas en el proyecto de una Máquina de Inventar Máquinas, que ha sido generosamente subvencionado por el Gobierno. Si lo consiguen, vamos a peligrar todos. Hasta yo misma me veré de directora general de un banco, porque tendremos entonces una máquina consultora de empleos.

Reímos, y brindamos finalmente con otra copa de coñac, escogiendo entre una de las tres fórmulas de deseos de salud y éxito, previstas para ocasiones como aquella,

que salieron escritas con lucecitas verdes en la pantalla del ordenador.

Comencé al día siguiente el trabajo, que me dejaba bastante tiempo libre. Nadie quería comprar las lámparas de la fábrica. Entonces se me ocurrió hacer una campaña de promoción por los pueblos, en gran parte de los cuales aún no conocían el dispositivo automático para enroscar las bombillas. Con mucho trabajo, fuimos vendiendo toda la producción que quedaba en los almacenes. Cuando hubimos vendido la última bombilla, el presidente de la sociedad me llamó a su despacho para felicitarme y, al mismo tiempo, despedirme. Ya no tenía objeto seguir produciendo, me dijo. Yo, tímidamente, le sugerí que pusieran al día los sistemas de producción, para poder hacer las bombillas con motores de enganche:

—Desista de esa idea —me dijo—, no estamos en condiciones de hacer frente a la competencia. Cuando nosotros, en el supuesto que usted plantea, tuviéramos montada la planta de fabricación, ellos habrían perfeccionado el invento, quién sabe si encontrado otro sistema de iluminación totalmente distinto. Por otro lado, sabe usted que nuestra fábrica ocupa un solar céntrico, a treinta kilómetros de la plaza de la Corte de Justicia, la Catedral y el Banco de Nonas. Vendiendo el solar liquidaremos la sociedad con un beneficio muy sustancioso. Yo ya, a mi edad, no estoy para competencias.

Ni que decir tiene que la sociedad era él. No había otro accionista. Así que vendió el solar de la fábrica, todos los edificios propiedad de la compañía, y se marchó lejos, según supe después por sus tardías postales, a un país subdesarrollado con sol y pájaros.

Yo entonces quedé sin trabajo y, lo que es peor, sin que me dieran indemnización alguna por el despido. Las leyes de Nonas admitían el despido libre para promover el avance tecnológico. A cambio, el presidente de la sociedad me hizo un regalo por haber liquidado tan satisfactoriamente el negocio: me pagó el sueldo de todo el año, como si lo hubiera trabajado entero, y me dio cincuenta mil pesos más. Con aquel dinero pensé, para hacer economías, dejar el hotel e instalarme en una vivienda alquilada. Pero estaba completamente equivocado en mis pretensiones. En Nonas lo que salía realmente caro era tener una vivienda en arrendamiento. Solamente los millonarios —o sea, los albañiles, los mozos de equipajes— se podían permitir el lujo de habitar durante un año una casa con jardín, en las afueras, y mudarse al año siguiente a un pequeño apartamento en el centro de la capital. Solamente ellos podían cambiar de vivienda cuando lo deseaban. Los demás quedaban esclavos de su piso en propiedad.

Pero aunque las viviendas en propiedad estaban al alcance de cualquiera, yo no tenía aún ahorros suficientes como para hacerme con una. Así que no tuve más remedio que seguir viviendo en el hotel, junto con personas de mi posición social que no tenían otra salida que las cinco estrellas.

Pronto, como siempre me ocurre, me fui contagiando de mis eventuales conciudadanos. Como ellos, comencé a rendir culto a la tierra, y en los ratos libres corría al parque para poder ver árboles, para poder pisar arena o grava. Me

comenzaba a entretener, como ellos, en la contemplación de libros lujosos con láminas en color que traían pájaros, muchos pájaros. Los pájaros, me contaron, habían desaparecido hacía mucho tiempo de Nonas, en los años que comenzó el desarrollo tecnológico. Los humos de las fábricas los fueron matando; los fueron envenenando las aguas que bebían. Una mañana, toda la plaza principal apareció alfombrada de los pequeños cadáveres emplumados. Eran los pájaros que anidaban en los árboles de la rotonda central, donde al atardecer jugaban los niños y hacían labores de punto las ancianas. Los pájaros —contaron al día siguiente los periódicos— habían muerto de inanición. Hacía muchos años, el pan había desaparecido de la dieta de los habitantes de Nonas como consecuencia de los avances tecnológicos en materia de alimentación y utilización de recursos. Los campos ya no se sembraban de trigo, sino que eran parcelados para polígonos industriales, para zonas residenciales, para ciudades de nueva planta que levantaban en seis horas, de la noche a la mañana, con monumentos prefabricados a héroes inventados por las ordenadoras según los esquemas psicológicos de las gentes, entre las que se hacían encuestas para determinar su atracción por el Poder, la Muerte, la Fama, la Belleza. También se hacían en los campos hipódromos, circuitos de prueba para los nuevos vehículos. El nuevo trazado de carreteras desviaba el curso de los ríos, cegaba y entubaba los arroyos, destrozaba las madrigueras de las liebres, que ya no podrían cruzar asustadas de noche por el asfalto ni ser aplastadas por los coches, porque las alambradas de seguridad escoltaban el recorrido de las autopistas. Contra ellas murieron, al no verlas y estrellarse, las últimas golondrinas de mayo.

Una asociación de amantes de la Naturaleza mantuvo durante algunos años un horno eléctrico, comprado como pieza de museo en una tienda de antigüedades. Con la ayuda de un profesor de Arqueología Industrial de la Universidad, lo instalaron y pudieron así montar una panadería. Hicieron un viaje de estudios por los pueblos subdesarrollados donde todavía se amasaba a mano y humeaban las chimeneas de las casas, y aprendieron a hacer pan. Cada noche sacaban del horno cientos de teleras que inmediatamente mojaban y desmigaban. Esparcían las migas por las plazas y paseos de la capital, para que los pájaros encontraran siempre qué comer cuando cantaran a las claras del día. Pero los planes de expansión industrial del Gobierno prohibieron un día el funcionamiento del horno, que pasó, junto con todos los útiles de la panadería de la asociación de amigos de la Naturaleza, a las vitrinas del Museo de Arqueología Industrial. Allí está ahora y lo he visto más de una vez, junto a una cocina de petróleo, un ventilador, una radio de galena, un compresor, una hormigonera y una prensa hidráulica.

Los pájaros emigraron de la capital. Pero como la capital se había extendido tanto, tenían que volar durante dos días y dos noches para llegar al campo, y caían extenuados sobre las autopistas, en los tejados metálicos de las fábricas, llenos de anuncios para que los leyera quienes viajaban en avión. Hubo un intento científico de crear un ambiente artificial en un zoológico, para que los pájaros pudieran

sobrevivir; pero todos fueron muriendo. Una comisión de científicos dictaminó que en la masacre de los pájaros había influido no solamente la falta de migas de pan, sino la total desaparición de insectos en la fauna del país, tras los planes de desinfección llevados a cabo años atrás por el Gobierno en las áreas urbanas e industriales.

Hice míos la prisa, el culto al bienestar y a la tierra, el aburrimiento que reinaban en Nonas. Me ocupé en muy diversos trabajos, que me permitieron ir viviendo, sin llegar a la opulencia y sin poder disponer de más medios de comodidad que los que me ofrecía el hotel. Por ejemplo, por más que ahorra nunca podía llegar a reunir lo suficiente como para pagar la cuota de entrada a un club de campo, donde pudiera tomar el sol los días de descanso, ya que la capital, a causa de los humos industriales, estaba en un otoño permanente, sólo que sin apenas árboles que perdieran las hojas. Por eso, la llegada de las estaciones astronómicas solamente podía saberse por los medios de comunicación colectiva. Cuando alguna mañana ponía en el hotel el periódico en el lector automático, el altavoz quizá decía:

—Hoy ha entrado la primavera...

Después, recitaban versos de antiguos poetas del tiempo en que se podía ver el reverdecer de los campos. Pero ya, si no fuera por los medios de información, nadie podía saber que se entraba en una estación y en otra. Árboles ya no quedaban en la ciudad. Tampoco se notaban unas especiales diferencias de temperatura de una estación a otra. Gracias a las obras hidráulicas y los sistemas de protección meteorológica a la navegación aérea se había conseguido, sin intentarlo, un total equilibrio climático. Según pude saber una tarde escuchando una conferencia, más de cinco millones de personas tuvieron que cambiar de empleo cuando, en los años en que comenzaba el imperio de la tecnología, se consiguió este equilibrio.

Me gustaba, como a todos los habitantes de la ciudad, ir a las salas de conferencias para escuchar de los ancianos intelectuales evocaciones retrospectivas: cuando talaron el último árbol seco, cuando pasó por la plaza el último caballo en un desfile, los tiempos más lejanos todavía en que circuló el último tren a vapor.

Mientras, como decía antes, iba tirando en muy diversos empleos: no tuve más remedio que aceptar ser subdirector de un banco para poder subsistir. Después me ocupé como director general de una red de supermercados. Todos fueron empleos de esta ínfima categoría. Y no veía forma de poder prosperar. Mayormente por eso me dediqué a la delincuencia.

Hice inventario de mis fuerzas y saberes, para ver en qué podría ocuparme con provecho. Títulos, no tenía. Y mucho menos, los raros títulos que más se cotizaban en Nonas. Acudí de nuevo a ver a mi ya amiga la Consultora en la oficina de empleos:

—No —me dijo—, a su edad ya no se puede ingresar en ningún Centro de Estudios Humanos, ni incluso de nivel medio. El tope máximo de edad son dieciocho años. Después ya es imposible.

—¿Y para qué sirve estudiar allí?

—Los titulados en esos centros son los que pueden colocarse de albañiles, de vigilantes, de maleteros. Ya se lo expliqué otra vez...

—Sí, ¿pero qué estudian?

—Pues cultura de lujo, carreras de ricos, como en realidad son. No estudian nada que tenga relación con la tecnología ni con las ciencias. Se dedican a aprender cosas inútiles: arameo, métrica latina, historia del arte, esgrima, gimnasia rítmica, estilística escultórica, liturgia mozárabe... Así salen plenamente capacitados. Con esa formación se les asegura que nunca trabajarán en una fábrica, en un centro de investigación tecnológica, en una empresa de ordenación de servicios...

—¿Y es imprescindible el título?

—Totalmente. Como ya sabe que el Gobierno está en manos de los más acaudalados, votaron esta ley para asegurar que sus hijos no enloquecerían y que vivirían felices toda su vida. Porque en los Centros de Estudios Humanos cuestan tan caras las matrículas que sólo los hijos de los antiguos poderosos, los que ya tenían un cierto grado de bienestar cuando comenzamos el avance tecnológico, pueden acudir a estudiar allí.

—Y si yo, por ejemplo, sé hacer alguna de esas cosas sin tener título, qué sé yo, arameo o métrica latina, ¿puedo ejercer de albañil o algo así?

—Imposible. No, si esas cosas, la métrica o el arameo, no sirven realmente para nada. Sólo son para poner una traba administrativa y convertir los buenos empleos en cotos cerrados, en cuerpos limitados.

—Pero yo sé jugar al ajedrez, y sé hasta un poco de latín eclesiástico, y tirar con arco, y contar historias orientales...

—De nada le servirá. Sí, ya sé que no tiene cualificación, que está totalmente al margen de nuestros niveles de tecnología. Pero aquí todos los que estaban en sus circunstancias se preocuparon a tiempo por aprender algo útil a la sociedad: perforistas, técnicos en *marketing*, programadores de expertos en relaciones públicas, ejecutivos, consultores de empresas... En fin, las más bajas ocupaciones, pero con una cierta especialización.

—Así que no me queda más remedio que el intrusismo...

—Tampoco. Está castigado con cadena perpetua. Pero nadie tiene que recurrir a eso. No sé si sabrá que la cárcel está vacía desde hace muchos años, que ahora se enseña como si fuera un museo. Me parece que hace ochenta años que no ingresa allí nadie. El último fue un preso político, el jefe de un partido clandestino que defendía

que las metas del avance tecnológico fueran elegidas por el pueblo mediante votación, y no por el Gobierno.

—Pero ¿no se cometen delitos? ¿No hay criminales?

—A nadie le interesa. Gracias a la técnica, no puede haber delitos por imprudencia, ni delincuentes profesionales. Basta con seguir un tratamiento clínico, que naturalmente corre por cuenta del Gobierno. Sí, ésta puede ser su salida...

A la Consultora de Empleos se le iluminó la cara. Yo creo que había empezado a amarme, sin que se lo ordenara la máquina que tenía en su mesa de trabajo. Por fin había encontrado mi futuro, como si la pantalla del ordenador fuera la bola de cristal de una echadora de cartas.

—Le aconsejo que se haga delincuente —me dijo—, pero delincuente bien visible, para que le puedan sorprender in fraganti y ni siquiera tenga un largo proceso. La Corte de Justicia resuelve estos casos en treinta minutos, o quizás en menos si los perforistas programan pronto su sumario. Y una vez condenado, le envían a una clínica de rehabilitación, donde aprenderá un oficio o le capacitarán para un título.

—¿A quién tengo que matar entonces? —pregunté, ya decidido a todo, viendo el bienestar de Nonas como espectador, sintiéndome profundamente desgraciado ante la felicidad que contagiaba la Consultora de Empleos, en la blancura de su despacho, cuando se puso a reír con mi pregunta.

—¿Matar? Tendría poco éxito. Los asesinatos son casi estadísticamente imposibles. Todos se quedan en asesinatos frustrados, y esos tienen cadena perpetua. Por eso ni siquiera se intentan desde hace tiempo. ¿No ve usted que de nuestras clínicas salen llenos de vida enfermos que hasta hace unos años hubieran tenido que recurrir a los milagros?

—Pero le puedo cortar la cabeza a alguien —se me ocurrió sangrientamente, pensando en los cuadros de ejecuciones medievales que traían las ilustraciones de mis lejanos libros escolares.

La Consultora reía todavía más ante mis disparates:

—¡Qué anticuado está usted! ¿Para qué le va a cortar la cabeza a nadie, si en cualquier clínica volverán a injertársela con plenas garantías de supervivencia? No, lo que le recomiendo es algo más sencillo, que cometa algún delito de los que no lo son.

—No la entiendo.

—Le explicaré. Le recomiendo que cometa un delito de los que, efectivamente, lo son en este país, pero no en otro país. Un delito que no es delito.

Ya comenzaba a entenderla, en cuanto que dejaba de hablar como mis eventuales conciudadanos.

—Vamos a ver —siguió—, me entiende, ¿no?

—Perfectamente —alardeé con satisfacción—. Usted lo que quiere es que yo cometa un delito político.

—Algo así. Por ejemplo, si usted estuviera en Calenda, ¿qué delito de éstos cometería?

—Ninguno, no vea usted cómo se las gastan allí. Aún no han abolido la pena de muerte...

Otra vez la Consultora de Empleos reía con felicidad.

—Si se lo digo como ejemplo, es el método socrático.

—¿Socrático?

—Sí, esta fue una de las cosas que aprendí en el Centro de Estudios Humanos, filosofía griega.

—Y si estuvo en el Centro de Estudios Humanos, ¿por qué anda aquí entre ordenadores y no tiene un empleo mejor?

—Mis padres no tuvieron dinero para poder pagarme el título superior. Me tuve que conformar con el título de grado medio y abandonar entonces los estudios. Sólo aprendí cosas como éstas del método socrático, demasiado útiles todavía por desgracia. El método socrático sirve para convencer a los que no entienden algo. Al menos a mí me sirve.

—Vamos, para las personas como yo —le dije, dándome por aludido, con una sonrisa.

—Sí, como usted. Pero vamos a lo que íbamos. Suponga que en Calenda la justicia fuera como aquí, que no hubiera pena de muerte. Elija un delito de los que allí son muy graves, pero que aquí parecen ridículos.

—Pues —hice como el que recordaba las tradiciones de Calenda por los libros y los medios de información—, no sé, los palillos de dientes quizá... Sí, los palillos de dientes. Me parece que he leído en no sé dónde que allí encarcelan y hasta condenan a muerte a los que hacen reproducciones de monumentos con palillos de dientes, ¿no?

—Así es —me dijo, dándome un aprobado en método socrático—. Pues aquí también tenemos nuestros palillos de dientes, en todas partes del mundo existen... Vamos, que también existen incongruencias, cosas incomprensibles pero ciertas. Puede elegir entre cualquiera de ellas. Así será un delincuente ante los ojos de los demás, del Gobierno y de la Corte de Justicia sobre todo, pero podrá tener su conciencia tranquila, que es lo que proporciona mayor bienestar, según afirmaban nuestros últimos sondeos de opinión.

Yo no conocía apenas la Constitución de Nonas, casi ninguna de sus leyes, aunque había leído resúmenes de propaganda sobre el tema en la «Guía Oficial». Sabía que no existían los que en otras naciones se llaman delitos políticos, ya que las gentes vivían despreocupadas de la política, afanadas sólo en trabajar cuanto menos y cuanto más rentablemente para poder comprar los últimos avances tecnológicos. Era un callejón sin salida: todos aspiraban a poder vivir en el campo, sin complicaciones, lentamente, viendo ponerse el sol cada día. Pero no podían conseguirlo sino tras una vida de preocupaciones, de prisas. Para evitarse preocupaciones y prisas, tenían a toda la industria del país produciéndoles bienestar, máquinas para el bienestar. Pero las máquinas del bienestar costaban dinero, mucho dinero. Y para conseguirlo tenían que trabajar produciendo máquinas del bienestar para otros; tenían que preocuparse,

tenían que estar incómodos, que andar siempre con prisas. Así desaparecieron los pájaros de Nonas. Ahora todos aspiraban a tener un pájaro en su casa, que cantara desde la libertad con barrotes de su jaula. Me lo indicó la Consultora de Empleos:

—Nuestros palillos de dientes son meterse a contrabandista de pájaros, que sabe que el Gobierno los tiene prohibidos porque pueden romper el equilibrio biológico que tanto trabajo nos costó conseguir después de las alteraciones producidas por los avances tecnológicos. O bien puede dedicarse a ejercer como deportista aficionado, otra cosa que está prohibida. Puede hacer, por ejemplo, algo que nadie pueda presenciar, que no admita competiciones ni apuestas. Plusmarquista de altura, cazador con perro, pescador de truchas, nadador estilo mariposa, levantador de pesos...

Siguió enumerándome posibles actividades delictivas. De todas ellas, la que más me satisfizo fue la de contrabandista de pájaros. Así que le pagué los honorarios por su consulta y decidí emprender cuanto antes mi nueva actividad.

En la central de impresión despacharon en diez segundos las cien tarjetas de visita que encargué. Eran ciertamente bellas, con mi nombre lacrado en relieve y debajo, con una letra menuda: «Contrabandista de pájaros». Cuando el empleado me las entregó tras recogerlas de la máquina a la que había ordenado su impresión poco antes —todo aséptico, todo con batas blancas y cristales, todo a la vista del público—, por casualidad leyó la inscripción. Bajando el tono de voz me dijo, cuando le pregunté cuánto le debía por las tarjetas:

—Nada, se las regalo, y encima le doy cincuenta mil pesos si me consigue un canario. No hace falta que sea un canario flauta. Con un canario de cualquier clase me conformo. Es la ilusión que mi mujer tiene de toda su vida, poder tener un pájaro. Y si puede conseguirme migas, y hojas de lechuga, y un paquete de alpiste, y terrones de azúcar, y una jaula, le pagaré lo que me diga.

—Estoy esperando un envío —le dijo, improvisando un léxico profesional—. En cuanto lo reciba, tendrá aquí su encargo.

Me dediqué a repartir tarjetas de visita entre todas las personas que me encontraba, buscando que me detuvieran al hacerlo. Pero no pude conseguirlo. Lo que logré fue que me hicieran cuantiosos pedidos. Me encargaron ocho loros, tres papagayos, un cuervo amaestrado, tres alondras, una urraca, dos periquitos, cinco golondrinas, una collera de colibríes. El pedido más importante me lo hizo un antiguo miembro de la desaparecida y ahora casi clandestina asociación de protección de la Naturaleza: doscientos gorriones, para soltarlos en la plaza principal.

Por mucho que me esforcé, como ya he dicho, en dar las tarjetas con la mayor ostensión, como quien trata de medrar profesionalmente, no tuve suerte en mi intento. Nadie se ocupó de mí, salvo para hacerme estos pedidos que he dicho. Un policía que se cruzó conmigo cuando en una esquina hablaba con una anciana de verderones, de periquitos y de alpiste, me miró como a un loco y siguió circulando, atento a otras cosas, que no al contrabando de pájaros.

Así que me decidí a la comisión real del delito para poder entrar en la cultura del bienestar. Tracé el plan: alquilaría un avión y traería la mercancía disimulada de alguna forma. Como no tenía mucho dinero, al cabo de varios días de gestiones me tuve que conformar con fletar un avión muy anticuado que estaba en subasta para ser desguazado: un tetrarreactor. Volamos a un país subdesarrollado, donde no me fue difícil encontrar parte de la mercancía, que compré muy barata en un mercadillo dominguero, lleno de pregones, de moscas, de canciones y de niños mocosos y pedigüños. Tuve alguna dificultad en hacerme con las golondrinas y los gorriones. Las golondrinas no querían vendérmelas, porque decían que le quitaron las espinas al Señor. De los gorriones me dijeron que no merecía la pena, que había tantos. Pero también los pude conseguir, dándole algún dinero a un grupo de niños que correteaban por el mercado. Sabiendo mis deseos, incluso me trajeron un nido de jilguero con dos huevos, y tres palomas torcaces y un palomo ladrón, que también metí en la furgoneta que había alquilado en el aeropuerto, para mí deliciosamente

renqueante y ruidosa, después de tanto tiempo en la silenciosa perfección mecanizada de Nonas.

Ya de vuelta al avión, camuflé allí la mercancía, con ayuda de la tripulación, a la que pagué tan caros sus servicios que me quedé apenas sin dinero. Las palomas las pusimos dentro de dos cajas de cintas magnetofónicas. A los loros y papagayos los emborrachamos con tequila y los escondimos en una maleta. Los gorriones los escondimos, a pares, en los amplificadores de una partida de radioteléfonos portátiles que habíamos llevado para tal fin. Así fuimos disimulando el matute, con ardidés que habríamos de perfeccionar en pleno vuelo, conforme se acercaba nuestro destino.

Tan perfecto había sido todo, que pude pasar la mercancía sin grandes inconvenientes por la Aduana. Solamente me dio preocupación un loro al que se le había pasado la borrachera antes de lo previsto. Pero los aduaneros estaban más ocupados en el manejo de sus máquinas que en el doble fondo de una maleta, donde pasé los huevos de jilguero y el palomo ladrón.

Ya los pájaros en el almacén que había alquilado, puse al máximo el volumen la música ambiental de que estaba dotado e hice funcionar dos o tres máquinas allí abandonadas, para evitar que cuantos pasaban cerca pudieran oír sus cantos. Me quedé a dormir allí para vigilar la mercancía —en el hotel había dicho que estaría fuera tres días, en viaje de negocios— y me agradecí a mí mismo, al llegar la amanecida, haber resistido la tentación de comprar en el mercadillo de aquella ya lejana ciudad un vistoso gallo de plumas doradas, que tan altaneramente habría cantado con las claras del día.

Porque a la vista de lo bien que me habían rodado las cosas estaba decidido a actuar cuerdamente: vendería parte de mi contrabando antes de hacer una operación bullanguera que me delatase por fin. De esta forma, podría ingresar en mi cuenta bancaria un dinero que me sería quizá de utilidad cuando, con mi título bajo el brazo o con un oficio socialmente aceptable aprendido, saliera de la clínica de rehabilitación tras haber cumplido mi condena. Así que vendí el canario al hombre de la imprenta. Como en realidad era un precioso ejemplar de concurso de canario flauta y le proporcioné, además, varios paquetes de alpiste, una decadente jaula de cerámica azul, simientes de lechuga y terrones de azúcar, saqué por todo más de cien mil pesos, casi lo que había ganado en medio año de trabajo en la fábrica de lámparas. También vendí los papagayos, las golondrinas, los loros, el cuervo amaestrado, los periquitos que me había pedido la señora de la esquina. En la entrega de los periquitos empecé a buscar la ocasión para que me detuvieran. Pero tuve la mala fortuna de que no pasara por allí en aquel momento el guardia que con tanta superioridad me mirara como a un loco días antes.

Como había pagado con creces los gastos del flete del avión, los sueldos de la tripulación, el alquiler de la camioneta y del almacén y el precio que pagué por los pájaros en el lejano mercadillo dominguero, y había ingresado en mi cuenta cuatro millones largos de pesos, pensé que tenía que aprovechar al máximo la oportunidad

que me quedaba del ciento de gorriones, todavía agazapados en sus escondites de los radioteléfonos.

Así que, puesto en contacto con el antiguo dirigente de los protectores de la Naturaleza, encontré la oportunidad buscada. Lo hallé francamente arrepentido:

—Lo comprenderá usted, un mal momento lo tiene cualquiera, un arrebató. Piense que si soltamos esos pájaros pondré en peligro mi empleo, que es muy apetecible para cualquiera, ya ve, limpiabotas en el principal café de la ciudad.

Intentó pagarme la mercancía, con tal de que no volviera a hablarle del asunto y mucho menos lo complicara en él si me detenían y le diera garantías de sigilo sobre su anterior desliz. Rehusé recibir cualquier cantidad para poder soltar yo mismo los gorriones en la plaza.

Me decidí a hacerlo todo a la luz del día. Sacándolos de sus escondrijos, metí a los gorriones en un jaulón. Horas antes, eché en remojo los bollos que había traído del lejano mercadillo subdesarrollado. Cuando llegó el momento, saqué el pan del agua, que casi se deshacía, y lo metí en un paquete de papel impermeable. Me monté en un coche con el pan y la jaula de los gorriones, y poco después llegaba a la plaza principal. Era una hora temprana. Todo el mundo iba para sus trabajos, con prisa, por lo que nadie se fijó en mí cuando bajaba mis trebejos del coche.

Primero cogí el paquetón de pan. Y desmigándolo, fui esparciéndolo por el suelo, en la rotonda central de la plaza. Cuando ya estaba todo aquello lleno de migas, volví al coche y cogí la jaula. Y, poniéndola en el suelo, abrí la puerta. Los gorriones, a los que había dejado adrede sin comer durante los días anteriores, salieron y se pusieron a picotear las migas con alborozo. Yo esperaba que cayeran fulminados, tanto me habían hablado de la contaminación del aire. Pero no; se pusieron a saltar sobre la plaza, a revolotear por el lugar donde me habían dicho que antes estaban los árboles.

Cuando los que iban al trabajo, saliendo de sus prisas y preocupaciones, se dieron cuenta de que habían vuelto los pájaros, y que la plaza estaba invadida, me hicieron corro, estando como estaba echándoles migas. Yo les decía a todos:

—Son míos, los he traído yo, ¿les gustan? Pueden verlos. ¿Quieren echarles migas? Tengo aquí más pan todavía. Los he traído para que todo el mundo en Nonas pueda tener un pájaro, para que hagan aquí sus nidos y sus crías.

Me miraban como a un loco. Ni siquiera se reían de mí, sino que me compadecían. Me miraban con miedo y con lástima, y seguían andando con prisa, con sus carteras de piel en la mano, llenas de papeles que hablaban de máquinas del bienestar. Otros me siguieron mirando hasta que llegaron los guardias y me detuvieron.

Tanto éxito tuvo la suelta de pájaros, que fue ampliamente comentada en todo el país, y condenada por el Gobierno, en una sesión urgente, a cuyo término hizo público un comunicado oficial que fue muy difundido.

Según pude enterarme después, los gorriones más viejos sobrevivieron hasta tres días desde que los solté en la plaza. Los otros fueron cayendo muertos sobre los transeúntes, extenuados de no encontrar árboles donde anidar.

Nunca creí que fueran tan rápidos los procedimientos urgentes en la Corte de Justicia. Desde que me detuvieron los guardias hasta que, por un altavoz que todavía busco en mi memoria por los amplios rincones de la sala de audiencias donde me dejaron, me leyeron la sentencia que ya esperaba —reclusión en una clínica hasta mi total rehabilitación social— no pasaron más de cuarenta minutos.

A mis jueces no los vi. Incluso ahora dudo que fueran hombres y no máquinas. Los guardias que me habían detenido, como estaba tan cercana la Corte de Justicia, en la misma plaza, me llevaron directamente allí, a pie, y me dejaron en el Departamento de Policía que había en la planta baja. Un funcionario con bata blanca, después de ofrecerme la bebida que elegí de entre las que suministraba el aparato que estaba sobre su mesa, me fue haciendo unas preguntas muy amablemente, mientras iba tecleando mis respuestas en el ordenador que tenía a su lado.

—¿Eran suyos los gorriones?

—No, eran de ellos mismos, eran libres. Por eso quise ponerlos en libertad.

—¿Cómo se hizo de ellos?

—Es que soy contrabandista de pájaros.

—¿Cómo dice?

—Sí, contrabandista de pájaros.

—Ya será menos, ¿no?

—No, lo que le estoy diciendo. Mire mis tarjetas de visita.

Y le di una.

—¿Dónde se hizo con los pájaros? —siguió interrogándome.

—Los compré en un viaje que hice especialmente para eso a un país subdesarrollado.

—¿Cuánto tiempo hace que hizo ese viaje?

—Poco: tres o cuatro días todo lo más. No recuerdo exactamente ahora.

—¿Tiene ganas de recordar?

—Ningunas —dije, temiendo que ordenaran mi tortura. Pero el hombre de la bata blanca siguió imperturbablemente haciéndome sus preguntas, cada vez con mayor amabilidad.

—¿Le ayudó alguien a pasar los pájaros?

—No, nadie.

Del ordenador surgió un zumbido, mientras comenzaba a encenderse intermitentemente la luz roja.

—Perdone —me dijo el Hombre de la Bata Blanca—, pero este testimonio no corresponde con la información de nuestras memorias magnéticas.

Y ordenando un determinado programa, al tiempo que leía en la pantalla, me hizo una sucinta, pero detallada y ajustada a la realidad, descripción de las circunstancias de mi viaje, y por descontado que del flete del anticuado reactor y de la contratación de su tripulación. Ante tanta evidencia, me limité a decir:

—Tiene usted razón. Como le decía, no tengo ganas de recordar este penoso

asunto.

—Descuide —me dijo—, las máquinas de la Justicia están a su disposición. ¿Se confiesa entonces autor del contrabando de pájaros y de su suelta en la plaza?

Me confesé autor de aquello, y también de haber traído las golondrinas, la urraca, el cuervo amaestrado, el palomo ladrón y los huevos de jilgueros, para evitar una situación violenta, un zumbido en el ordenador y una luz roja y —sobre todo— para que el título que me dieran en la clínica de rehabilitación fuera lo más rentable posible.

En la sala de audiencias, como ya he dicho, no pude ver ante mí más que la pantalla ampliada de un ordenador, que me iba formulando determinadas proposiciones. A mi lado pude encontrar, cuando me condujeron allí directamente desde el Destacamento de Policía, lo que había de ser una ayuda eficaz: “Ordenador de Defensa”, ponía sobre la máquina que estaba junto a mi sillón. Una máquina exactamente igual a las que tantas veces me había encontrado en mis idas y venidas por los despachos y oficinas de Nonas.

En la pantalla se dibujó con lucecitas verdes una frase:

“Comienza la vista de su causa”.

Y después fueron apareciendo ante mí las acusaciones:

“Se le acusa de ser contrabandista de pájaros. ¿Tiene algo que objetar?”.

A mí no me interesaba objetar nada. Pero, aunque me interesara, tampoco podía, ya que no sabía manejar el ordenador que tenía a mi lado.

—No, nada —dije de viva voz. Y en la pantalla aparecieron, siempre con lucecitas verdes, unas frases. Estas:

“No hable. Programe en el ordenador su defensa. En él encontrará todas las posibles opciones. Tiene dos minutos para comprobarlo y comenzar a actuar en su defensa”.

Se apagó la pantalla que tenía ante mí. Y pude dedicarme con detenimiento a observar el ordenador. Aunque su teclado tenía muchos signos para mí ininteligibles, sí pude comprender lo que más destacaba en él:

«Programa 1: Se acepta la acusación.
Programa 2: Se rechaza y el procesado se declara inocente.
Programa 3: Se acepta en parte la acusación, pero se pide la libre
absolución».

En el momento justo en que acababa de leer aquellas inscripciones —ya debía estar todo previamente cronometrado— se iluminó de nuevo la pantalla para reanudar el diálogo de lucecitas verdes:

—«Repetimos. Se le acusa de ser contrabandista de pájaros. ¿Tiene algo que objetar? Pulse el botón correspondiente al programa de defensa que ha elegido».

Pulsé el botón del programa 1. Con sorpresa, vi que en la pantalla de mi pequeño ordenador, las lucecitas iban escribiendo:

—Me declaro culpable. Sí, soy contrabandista de pájaros. Así lo pone en mis tarjetas de visita.

Aceptado esto, el juicio transcurrió fugaz. Porque el ordenador me evitó premiosas respuestas. A veces, se entendían directamente, con ruidosos chasquidos, la máquina de acusación y la de defensa, y ni siquiera podía enterarme de qué estaba siendo juzgado.

Cuando me preguntaron...

—«¿Tuvo intencionalidad delictiva al comprar los pájaros en un país subdesarrollado?».

... mi ordenador escribió una respuesta que no me hubiera salido tan bien ni aún después de pensarla mucho:

—«No. Los compré porque en la plaza del mercadillo había moscas, y niños con mocos, y me dieron lástima los niños con moco y desnudos, y los hombres con ropas de andrajos y barba de tres días que vendían los pájaros. Y pensé que, comprándoselos, les ayudaba a poder llegar un día al pleno desarrollo y a disfrutar de un bienestar similar al de Nonas, si aquellos pesos les ayudaban a fomentar en el futuro su avance tecnológico».

Así que no me sorprendió que me condenaran, como deseaba y esperaba, a una reclusión rehabilitadora. Lo que realmente me llamó la atención fue que la sentencia fuera leída por un altavoz que nunca pude encontrar, en vez de aparecer escrita en la ampliada pantalla del ordenador.

Según pude enterarme después, los anacrónicos altavoces disimulados venían a ser algo así como las pelucas empolvadas de los jueces de Nonas.

La clínica era igualmente blanca, como la bata del técnico de Policía que me interrogó cuando me detuvieron. Todo en ella estaba en función del bienestar.

—No se trata de que sufra usted aquí, ni de que purgue sus culpas —me dijo el director, en el breve discurso que me dio al recibirme en su despacho, nada más que ingresé allí, a los pocos minutos de haber escuchado mi sentencia—. Como comprenderá, nuestro grado de avance tecnológico ha hecho que superemos el concepto de delito y de pena que aún sigue vigente en muchos países subdesarrollados, pero que nosotros no podemos admitir. En las antiguas cárceles, de las que habrá sabido usted por los libros de historia, se privaba al delincuente de cuanto constituía su felicidad; se le privaba del bienestar, de la libertad, del trato con su familia, de su trabajo habitual... Nosotros, como comprenderá, hemos superado eso hace muchos años. Aquí lo que hacemos es traer a la clínica para que se rehabiliten a los ciudadanos que no muestran un especial interés por todo aquello de lo que resultaban privados en las antiguas cárceles: el bienestar, la libertad, la felicidad, el trato con la familia...

—¿Qué tengo que hacer entonces, trabajar? —pregunté, pensando en los comics de los presidiarios con uniformes listados, un número en el pecho, una bola de hierro encadenada al pie y un pico entre las manos.

—No, nada, no tiene que hacer nada. Es decir: podrá hacer lo que quiera. Sobre todo, no tiene obligaciones: aquí solamente queremos que conozca las excelencias de nuestra civilización. Quizá por no haberlas conocido o por no haber podido disfrutar de ellas cometió usted el delito por el que se le ha condenado. Ya sabe la idea de nuestro Gobierno en materia penitenciaria: los delincuentes sólo existen en los países subdesarrollados. En nuestra sociedad se dan simplemente inadaptados sociales, que no han accedido al disfrute del desarrollo tecnológico, del bienestar. Nuestra labor en la clínica, estimado cliente, es poner a su alcance esta civilización que hemos logrado gracias a nuestros avances, para que se convenza de que en su disfrute están la libertad, la felicidad, el bienestar...

Me sorprendió que el director de la clínica me llamara *cliente* en vez de recluso o algo por el estilo. Pero después, cuando pasé al Departamento de Recepción, lo comprendí:

—Aquí tiene su ficha; por favor, rellénela —me dijo otro funcionario de bata blanca.

En la ficha decía:

«*Nuestro cliente don..... quedará asimilado durante su permanencia en esta clínica a la categoría social de obrero sin cualificar, con unos ingresos anuales de tres millones de pesos. Por su estancia habrá de abonar a la Administración la cantidad de mil pesos diarios*».

Es decir, que se me consideraba de entrada no como a un delincuente, sino como

lo que yo aspiraba ser: un hombre feliz, dueño de su tiempo y de su trabajo, que tuviera un empleo primitivo, sin prisas y sin máquinas...

—¿Conforme? —me preguntó el funcionario de bata blanca, mientras yo pensaba estas cosas.

—Sí, por supuesto.

Me hizo firmar aquella ficha. Poco después me enseñaron la clínica, a bordo de un pequeño vehículo descubierto que avanzaba sin hacer el menor ruido ni dejar tras de sí ni una bocanada de humo. La clínica venía a ser una síntesis de todo cuanto apetecible había visto en el país. Pero no tenía jardín, ni paseos con árboles, ni bancos de hierro pintados de verde donde sentarse, ni fuentes, ni jardineros que salieran tras los macizos de plantas con un rastrillo entre las manos. Todo era cristal, metal reluciente y blanquísima fibra plástica. Del fondo de los pasillos, las figuras humanas surgían como de entre las páginas de un álbum, a falta sólo de que alguien firmara al pie de cuanto estaba viendo.

Cuando marchábamos en el silencioso vehículo por uno de los largos pasillos, me llamó la atención ver a una muchacha que, con un tosco escobón de lentisco, barría unas basuras que no existían:

—Esta cliente —me informó el funcionario de bata blanca que me acompañaba— está francamente recuperada. Ingresó aquí por una nadería, por infringir las normas del Gobierno sobre planificación familiar. Ahí donde la ve, tiene solamente veinticinco años. Pero ya había tenido tres hijos, haciendo caso omiso de las campañas oficiales sobre control de natalidad. Ahora está completamente recuperada. Dentro de unos días podrá salir. Trabajaba como perforista, pero ahora su ilusión es poder llegar a ser limpiadora de oficinas y alcanzar los tres millones de pesos anuales. La hemos capacitado para que pueda entrar, haciendo una excepción en cuanto a la edad, en un Centro Superior de Estudios Humanos y pueda conseguir ese título que desea. Mientras tanto, seguirá trabajando de perforista, pero ya no habrá peligro de que colabore más a la superpoblación del planeta. Gracias a la instrucción social que ha recibido aquí tendrá hipotecado todo su tiempo libre, y cuando vuelva a su casa por la noche estará tan cansada que ni siquiera dará las buenas noches a su marido.

La clínica era como una ciudad en miniatura, desde la que se entraba y salía a voluntad a la otra ciudad, a la capital de Nonas. No había inconveniente alguno en quedarse a dormir fuera. Yo mismo fui varias veces al hotel a recoger algunas cosas que había dejado allí, y como se me hiciera demasiado tarde, preferí pernoctar en mi antigua provisional casa de cinco estrellas. Hasta que decidí despedir la habitación del hotel. Si en la clínica me cobraban mil pesos diarios por la habitación, ¿qué necesidad tenía de mantener reservada la otra en el hotel, si además en el centro de rehabilitación disponía de muchísimas más máquinas de bienestar, de todas las que habían salido hasta aquel momento al mercado de Nonas? Y, por lo que pude enterarme, todos cuantos estábamos en la clínica habíamos pensado igual. Habíamos pensado justamente como estaba previsto por los psicólogos sociales del Gobierno al establecer el sueldo diario y el abono por la habitación. Incluso podíamos acudir al Departamento de Funcionamiento Interior y formular reclamaciones por medio de una computadora que tenían allí para tales fines. Todas las quejas eran atendidas. Yo, por ejemplo, me quejé al segundo día de que en mi habitación no había grifo de agua mineral con gas, sino simplemente de soda. Al día siguiente comprobé, a la vuelta de un largo paseo a pie que di por los pasillos de la clínica, que no solamente me habían instalado el agua mineral carbónica, sino que también me habían puesto un circuito cerrado de observación térmica para ver desde la cama si estaba a mi gusto la temperatura del baño, cuando al despertarme por la mañana accionaba los grifos y el distribuidor de sales con un telemando, desde las tibias sábanas del último sueño.

Fui conociendo a todos los otros clientes. Aunque, ciertamente, me costaba trabajo. Todo el mundo andaba con prisas, nadie se detenía a hablar con nadie. Todo funcionaba perfectamente en la rehabilitación. Las zonas previstas para que varias personas se reunieran para poder conversar estaban habitualmente desiertas. Yo las frecuenté en los primeros días. Pero dejé de hacerlo cuando comprobé que sería muy difícil encontrar nunca a nadie allí. Así que decidí hacer lo que todos hacían, andar lo más de prisa posible por los pasillos y las largas estancias acristaladas, para ver si se encontraba uno con alguien que a su vez hacía lo mismo para ver si podía saludar a algún otro cliente del centro. Y cuando me encontré a los primeros clientes que veía, ninguno quería detenerse. Intentaba saludarlos, pero me decían:

—Perdone, pero no puedo detenerme, tengo mucha prisa. Con usted he visto ya hoy a dos personas en la clínica, y he de ver a doce antes de que termine el día.

Porque los métodos de rehabilitación que nos hacían seguir consistían simplemente en irnos metiendo en el cerebro las formas de vida imperantes en Nonas, haciéndonos confiar en su utilidad, en tenerlas como único camino para poder llegar un día a trabajar tranquilamente de limpiabotas en un café, de barrendero público, de friegaplatos. Conmigo, ciertamente, no fueron demasiado duros. Me impusieron tareas muy fáciles. Por ejemplo, llegar en menos de dos minutos, utilizando los medios públicos de transporte —reactores subterráneos, trenes aéreos, helicópteros de cercanías, etcétera—, desde la plaza pública donde yo había soltado

los gorriones a la Recepción de la clínica, como si hubiera de entrar a trabajar allí a una hora determinada. Otro día me pusieron como trabajo de rehabilitación un ejercicio de utilización del ocio: me dieron tres hipotéticos días libres, en los que hube de escuchar noventa y tres discos que tuve que buscar en el mercado, recorrer tres mil kilómetros en un vehículo que me facilitaron, sacar mil quinientos metros de película con un tomavistas de aficionado y doscientas fotografías de paisajes pintorescos, visitar treinta monumentos históricos y comprar doscientos veintidós objetos de recuerdo. Superé la prueba satisfactoriamente. Según me dijeron luego, era de las más difíciles, ya que suponía un alto grado de destreza en la utilización del bienestar.

Así que me costó mucho trabajo, con la dificultad que había de encontrarse con alguien, saber los delitos que habían cometido los que conmigo eran clientes obligados de la clínica gubernamental. Con mucha paciencia, pude ir recogiendo testimonios aislados, historias inconexas, que pude reconstruir en sus evidentes lagunas gracias al ordenador de bolsillo que me facilitaron en el Departamento de Recepción el día de mi llegada, junto a otros objetos personales.

Para evitar a los lectores de este memorial trabajos parecidos a los que me produjo el hallazgo y reconstrucción de aquellas historias, dejaré que, por un rato, hable el ordenador con la vida de los que conmigo corrían inexplicablemente, sin sentido, por aquellos blancos pasillos acristalados, en pequeños silenciosos vehículos que no dejaban tras de sí ni la bocanada de humo y tos de un adolescente que fuma su primer cigarro.

INFORME DE MI ORDENADOR SOBRE LOS TESTIMONIOS DE OTROS
CLIENTES DE LA CLÍNICA DE REHABILITACIÓN

Testimonio número 1

«Soy un estudiante de un Centro Superior de Estudios Humanos. Si mi familia sigue disponiendo de las fuentes de riqueza que actualmente domina y puede terminar de pagarme los estudios, saldré de dicho Centro con un título que me capacitará para elegir el oficio de mi preferencia. Aún no me he decidido, ya que estoy todavía en los primeros cursos, pero mis preferencias giran en torno a dos grandes tipos de actividades: guarda del parque zoológico o vigilante nocturno. Si me dan una plaza de guarda en el zoo podré conocer de cerca la vida de los animales que han logrado sobrevivir a nuestro avance tecnológico. Incluso pienso hacer unas indagaciones de tipo primitivo, esto es, filosófico, sin ayuda de ordenador alguno, sobre las causas últimas de la desaparición de tantas especies como aquí sucumbieron: caballos, pájaros, perros, gatos, gallinas, etcétera. Si, por el contrario, no puedo obtener esa plaza me dedicaré a trabajar de vigilante nocturno. Así podré tener todo el día libre y recorrer los campos que todavía quedan, aunque ya son pocos, no urbanizados con fines industriales o residenciales. Así me compadeceré en la contemplación de los cauces secos por los que antes de la ruptura del equilibrio biológico corrían las aguas, en aquellos tiempos en que todavía había lluvias.

»Llegué aquí, a la Clínica de Rehabilitación, por haber cometido un grave delito, según la ordenación jurídica de nuestro Gobierno. Resulta que los Servicios de Estadística me denunciaron, ya que en los tres últimos años no he consumido los bienes previstos por las Normas de Bienestar. Apenas he abierto los grifos de bebidas alcohólicas y carbónicas de mi habitación, solamente algo el de leche artificial; no he llegado a alcanzar las cifras medias de consumo de energía eléctrica “per capita”, ni de carburantes sólidos, ni de energía nuclear, ni de acero, ni de carbón. En cambio, según me acusaban los Servicios de Estadística, he consumido más oxígeno del previsto por habitante/año, ya que con mi deseo de conocer los campos que aún quedan, a veces corría, y respiraba demasiado de prisa, ya que tengo un defecto orgánico que me causa trastornos circulatorios y me hace jadear cuando realizo un ejercicio físico, por pequeño que sea. Finalmente, durante el juicio, al salir a relucir este problema, surgió una nueva acusación: no haber hecho uso de los

avances clínicos y quirúrgicos para evitar un superior consumo de oxígeno.

Testimonio número 2

«Mi proceso surgió a raíz de otro. Me explicaré. Yo soy médico, y parece que cuando juzgaron a un joven estudiante de Humanidades, que debe también ser cliente de la clínica en estos días, salió a relucir cierta enfermedad orgánica que padecía. La cosa no hubiera tenido la menor importancia si no da la casualidad —la causalidad, diría yo más bien— de que ese estudiante reside en el trozo de calle que tengo asignado para control de salud. Son realmente muy pocas casas, y en ellas vivirán todo lo más cuarenta personas. Pero este muchacho casi nunca paraba allí, siempre andaba por los campos, o en su Centro de Estudios, y la verdad es que me descuidé con él un poco en los chequeos obligatorios y en los periódicos controles de salud colectiva.

»Al salir a relucir este pequeño problema, estudiaron todos mis actos durante los últimos años, desde que me licencié en la Universidad y fui destinado al puesto que ahora ocupo, tan mal remunerado por cierto como lo son en Nonas todos los investigadores y titulados universitarios que nos dedicamos a asuntos directamente relacionados con la tecnología. En el examen de mis actividades, comprobaron que en mi zona no se habían cumplido las previsiones gubernamentales en materia de mortalidad y natalidad. Mientras que en natalidad la cosa no era grave —había nacido un niño más de los previstos, de una madre que llegó a tener tres, pero a cambio había cinco familias sin hijos, planificadas por mí—, sí se presentaron graves problemas en cuanto a mortalidad. No habían muerto todos los ancianos previstos por la planificación urbana, por lo que mi zona presentaba una población que, a los ojos del Gobierno, comenzaba a ser peligrosa, máxime si se tiene en cuenta que el trozo de calle que tengo asignado se encuentra cerca de una zona industrial, donde la contaminación es levemente más alta que la media permitida, ya que —y esto tengo que decirlo, pese a quien pese— el Gobierno no se ha preocupado hasta ahora de instalar allí industrias descontaminadoras, porque las localiza preferentemente en los sectores escolares y turísticos.

»Cuando salga de la clínica volveré, naturalmente, a mi trabajo, y seré lo más rígido posible en los controles. El Gobierno dice que los controles se hagan dos

veces a la semana, ¿no? Bueno, pues yo pienso hacerlos diarios, para que no vuelva a ocurrirme una cosa de éstas».

Testimonio número 3

«Tengo desde luego un empleo mal remunerado y socialmente poco considerado: soy director-gerente de una fábrica de vehículos automóviles. Según un acuerdo del Gobierno, fueron hace años enviados a la fábrica que dirijo técnicos en investigación sobre metales que habían cursado ampliación de estudios en otros países. De acuerdo siempre con la planificación gubernamental, dejé el equipo de producción en manos de los investigadores, que hicieron determinadas correcciones y alteraron sustancialmente los esquemas de la cadena de montaje, así como los sistemas de adquisición de materias primas. Se trataba, en definitiva, tal como me informaron, que, dada la carencia de materias primas que venimos padeciendo por agotamiento de los recursos naturales, era altamente recomendable —al igual que se hacía en aquellos años en otros países— la vuelta a materiales desechados por viejos, tales como el caucho natural, la gasolina, etcétera. Habían descubierto —seguían diciendo en su informe— que aunque últimamente se creía que ya no quedaban reservas de estas materias en el planeta, habíanse hallado algunos restos en determinadas regiones donde la explotación no fue demasiado racional en las primeras décadas de la revolución industrial, y en cantidades tales que hacían pensar en una reexplotación de tales yacimientos. Este descubrimiento, añadían, pudo conseguirse gracias al trabajo de un equipo de especialistas en Arqueología de Recursos Naturales.

»Hice una rápida adecuación de los sistemas de producción, montaje, distribución y comercialización de acuerdo con las recomendaciones del equipo de investigadores, y continuamos nuestra tarea normalmente. Pero ahora, al cabo de cinco años, fui llamado a juicio. Resultaba, según el informe del ordenador general del ministerio público, que los vehículos que habíamos lanzado al mercado duraban más años de los previstos en las planificaciones estatales. De esta forma —me demostraron— aún circulan vehículos lanzados por mi fábrica hace tres y hasta cuatro años, cuando lo normal es que un vehículo quede fuera de servicio o al menos superado por otro nuevo modelo en un plazo que oscila entre los ocho y los diez meses.

»Este fallo técnico, seguía diciendo el informe del ministerio fiscal, ha colapsado la industria del ramo y alterado sustancialmente las previsiones de consumo en el sector, ya que personas que en estos cinco años debían haber comprado, como media estadística mínima, de seis a ocho nuevos vehículos, aún siguen utilizando los que lanzamos en nuestra fábrica tras la reestructuración técnica. De aquí que se hayan producido en otras fábricas alarmantes stocks ya invendibles, puesto que se trata de modelos intermedios, de hace dos o tres años, con escasa versatilidad, porcentaje de contaminación superior al últimamente autorizado, etcétera.

»En mi defensa pulsé el programa C; esto es, aceptar solamente parte de la acusación. Para ello añadí a la programación prevista por la máquina de defensa unos datos sobre el “Ford T”, que me facilitó un investigador en Arqueología Industrial al que consulté antes del juicio. Pero no me sirvió de nada: me condenaron. Y lo que más me preocupa en este momento es que, si no hago provechosamente mi rehabilitación en la clínica, seguramente me degradarán y aparte de director general me harán también consejero delegado de la fábrica.

Testimonio número 4

«Mi caso es parecido al de otro director gerente de fábrica que está también en esta clínica, y vino dado por su proceso. El equipo de investigadores que actuó en su factoría también fue enviado por el Gobierno a mi empresa. Y sufrí las consecuencias de los primeros años de esta era, cuando se creía que quizá sería salvable todavía el equilibrio biológico. En mi fábrica hacemos envases. Envases para todo lo que se pueda imaginar. Como decía un antiguo eslogan de la empresa, de los primeros años del diseño industrial, “empaquetamos desde una excavadora a una perla”. Pues bien: el equipo que estudió nuestros sistemas de producción descubrió un fallo de reciclaje^[2]: los restos de nuestros envases no podían ser utilizados con otros fines. Hizo unas recomendaciones, que hemos seguido mecánicamente hasta ahora, ya que nada hacía pensar en cambiarlas, dada la situación de economía de mercado y libre competencia que rige el consumo en nuestra sociedad. Pero cuando surgió el otro proceso, el de los automóviles tan resistentes, la Sala de Medio Ambiente de la Corte de Justicia estudió este asunto y me condenó, por seguir produciendo de acuerdo con una técnica industrial ya superada.

»Para ver si consigo dejar de ser director general y logro un puesto de menos responsabilidad y por lo menos me ascienden a jefe de la flota de camiones de reparto, en cuanto salga de la clínica pienso cambiar todos los sistemas de producción, para adoptar aquel que mayor cantidad de residuos indestructibles proporcione a nuestros fabricados».

Testimonio número 5

«Becado por el Gobierno, al concluir mis estudios, junto con otro pequeño grupo de investigadores, hice un viaje por el extranjero, a fin de incorporar a nuestra tecnología los últimos avances, en aquellos años en que todavía se intentaba hacer compatibles cosas antagónicas como son tecnología, bienestar y felicidad. Introducimos aquí nuevos métodos anticontaminantes y sistemas de preservación del medio ambiente. Personalmente he podido comprobar qué utópicos eran aquellos intentos nuestros, y ya investigo en asuntos de mucha mayor utilidad, dado que hemos entrado en un proceso irreversible.

»Cuando fui llamado a juicio, pulsé en el programa de defensa el 2, negando las acusaciones. Y o no tengo la culpa de que, una vez que hice aquellas modificaciones industriales, nadie se preocupara después de la revisión y puesta al día de nuestras recomendaciones que, según he podido también comprobar, han frenado ciertamente nuestra tecnología en los últimos cinco años.

»Tras mi condena he tenido la certeza de que se trataba de un fallo político que se quería solventar buscando a unos culpables, presuntos o probados: en este caso, el equipo de colaboradores en la investigación y mejora de métodos que yo dirigí en aquella serie de trabajos, así como los empresarios que adoptaron en sus industrias nuestras recomendaciones.

»Al término de mi período de rehabilitación, que he seguido satisfactoriamente, creo decididamente que si el Gobierno ha asegurado la libertad de todos los ciudadanos, también ha de reservar para sí la libertad de equivocarse y de buscar culpables para evitar su caída. Dado su grado de pleno desarrollo, en nuestra sociedad solamente un idealista como los que descubren en los antiguos libros y periódicos los estudiosos de Arqueología Política puede pensar que un Gobierno asentado sobre el poder de las ordenadoras, de las máquinas y de la tecnología puede fracasar. En todo caso, las que fracasan son las máquinas o los hombres que las manejan. Pero nunca el Gobierno».

Testimonio número 6

«Viendo en mi ordenador las historias de otros clientes de esta clínica sigo creyendo que soy un pobre hombre y que mi condena es justa. Se me ha acusado de que hace quince años que ocupo el mismo puesto de trabajo, que habito la misma casa, que sigo sin tener vehículo propio, que percibo las mismas rentas no salariales, que dispongo de las mismas elementales y convencionales máquinas del bienestar, correspondientes al período primitivo de la irrupción tecnológica: un televisor en colores, una lavadora superautomática, un frigorífico, un friegaplatos, una cocina eléctrica, un extractor de humos, una aspiradora, una abridora de latas, un secador de pelo y una pequeña fresadora-lijadora-pulimentadora de aficionado, con la que me distraigo en mis ratos de ocio haciendo pequeñas reparaciones caseras y faenas de carpintería doméstica.

»Realmente soy un inadaptado social. Ni mis ingresos ni mis gastos han aumentado de acuerdo con las tasas anuales mínimas fijadas por el Gobierno como metas de cumplimiento obligatorio. Siento la responsabilidad de ser una carga para la sociedad en que vivo. No compro casi nada, apenas cubro los niveles mínimos obligatorios de consumo. Pero a mi edad, ¿qué más se me puede pedir? Tengo ya ochenta y cinco años. Cada semana, cuando el médico del sector viene a hacerme los reconocimientos preceptivos, veo en su cara un gesto de disgusto, cuando entra por las puertas y ve que todavía no me he muerto. ¿Pero qué puedo hacer? Me he enterado de que le estoy causando graves problemas profesionales, y me han dicho que también lo han mandado a esta clínica, aunque todavía no lo he visto. Pero ¿yo qué le hago, si en mi juventud se vivía de una forma muy distinta, si participé en la última guerra que se hizo en el mundo, y aprendí a dormir al sereno, y a comer de lo que hubiera, y a amar de pie, y a odiar sonriendo, y a cosas que ya son completamente inútiles? Jubilado, solo, únicamente aspiro a vivir feliz, con lo que tengo y con las últimas máquinas que compramos, entonces las más modernas, cuando mi mujer vivía. Además, si yo ahora comprara los últimos descubrimientos, no me servirían para nada. No sé utilizarlos. Ella era la única que pudo enseñarme a manejar esos cacharros, con los que todavía vivo.

»Me acusaban en el proceso de que, a pesar de todo, soy feliz. Y tenían razón. A mi edad, ¿de qué mejor se puede acusar a un viejo de otra época?».

A los pocos días de haber completado estas historias —ahora pienso si no obedecería a alguna sutil orden de ejercicio de rehabilitación al hacerlo— pude abandonar la clínica. El director me llamó a su despacho:

—¿Qué piensa hacer ahora? —me preguntó.

—No sé, algo que me proporcione bienestar.

—¿Contrabando de pájaros?

—No, por favor; de ninguna forma —contesté, viendo que me lo preguntaba para comprobar mi grado de rehabilitación—, no sé; pero haré algo que me permita poder comprar muchas máquinas de bienestar, trabajar produciendo algo que puedan consumir muchas personas...

—Veo que se ha rehabilitado completamente. Y para que no se le presenten problemas, tenga.

Y me extendió una pequeña cartulina de color rosa, que me recordó la de las colas de los autobuses que desde la ciudad iban hacia Calenda.

—Esto —añadió— le servirá para que pueda buscarse un trabajo que le permita tener un total bienestar.

Leí la cartulina. Decía, con una gran simpleza de líneas:

| |
|---|
| <p>GOBIERNO DE NONAS Título oficial de vigilante nocturno</p> |
|---|

Me dio una gran alegría leerla. Pensé instantáneamente en cuanto me había dicho el estudiante como la máxima de sus aspiraciones: en noches tranquilas, en el silencio, en mañanas que podría pasarlas andando por los campos, hablando con la gente que quisiera pararse conmigo a darme los buenos días. Casi me olvidé de dar las gracias en estas alegrías. Cuando lo hice lo más cumplidamente que supe, el director de la clínica me dijo:

—No, no tiene que darme las gracias. Se lo ha ganado usted. Ha demostrado en las pruebas de rehabilitación una inteligencia nada común. Su mismo delito, que ahora usted mismo es el primero que condena, tenía una gran carga de originalidad. Hacía muchos años que no se producían en Nonas cosas de este tipo. Una persona como usted puede ser francamente peligrosa si no es incorporada a tiempo a la sociedad, y este título es la mejor garantía de que usted mismo será el primer guardador de su bienestar, que se integrará en las aspiraciones comunes de todos los ciudadanos de Nonas.

—No lo entiendo, pero debe tener razón en lo que dice —confesé, adulator.

—No, se lo voy a explicar. Nos ha costado mucho alcanzar el grado de desarrollo tecnológico que disfrutamos. Una persona como usted, que ha corrido mucho mundo, puede ser peligrosa, porque le puede hablar a la gente que se encuentre por la calle de libertad, de que no todo en el mundo consiste en ganar dinero para comprar las máquinas del bienestar...

—¿Yo? ¿Con un puesto de vigilante nocturno cree usted que me va a dar la chifladura de ponerme a pensar en esas cosas y más por decírselas a la gente?

—Ya sé que no las piensa, pero quería decírselas para convencerme de que le hemos ayudado a encontrar la felicidad.

Y me dio un gran abrazo, recibíendome ya entre los suyos, y me acompañó hasta la puerta para despedirme.

Ya no volví al hotel, sino que me fui directamente al banco, a sacar parte de los cuatro millones de pesos que había acumulado antes de mi ingreso en la clínica mediante el contrabando de pájaros. Tuve ciertos reparos de conciencia en coger aquel dinero. Pero al fin y al cabo, ya había pagado mi culpa —estaba por decir que ya me habían pagado mi hazaña— y estaba libre. Después de todo —empecé a conformarme conmigo mismo—, ir a por los pájaros, pasarlos por la Aduana, traerlos, venderlos, soltar los gorriones en la plaza, ¿no fue un trabajo?

Tenía dinero suficiente para comprarme una casa con las mayores comodidades. No me fue difícil hacerlo. A las pocas horas, la tenía instalada con las más costosas máquinas del bienestar que se fabricaban no solamente en Nonas, sino las que el país importaba de otras partes, cobrando unos altos impuestos. Incluso me permití —ya que si no, iban a notar a leguas que era un nuevo rico— adquirir ciertos detalles que había comprobado que connotaban una privilegiada situación social y una antigua posesión del bienestar: obras de arte, objetos raros y curiosos que alcanzaban mucha mayor cotización que los cuadros o las esculturas. Entre estos objetos me hice con una primitiva radio de galena, un paraguas, una bicicleta, y lo coloqué todo en adecuadas vitrinas, a modo de un museo arqueológico privado, que fue muy celebrado por cuantos visitantes tuve.

Ya instalado, tampoco me fue difícil encontrar trabajo. Todo lo contrario: el problema fue escoger entre los cientos de puestos de vigilantes nocturnos que se ofrecían. Para ello acudí a la oficina de mi antigua amiga la Consultora de Empleos, que me recibió con evidente alegría y celebró no solamente mi ocurrencia de los pájaros —de la que todo el mundo se había enterado—, sino mi salida de la clínica. Me sorprendió que me recibiera en un lugar distinto al de otras veces. Era un despacho cualquiera de tantos como había visto antes de llegar a Nonas, cuando rascaba con monedas en los caliches de las paredes buscando los rastros de la sangre.

—¿Ha mejorado usted de empleo? —tuve que preguntarle al verla allí—. Veo que tiene un despacho más elegante, con menos máquinas y más alfombras.

—No, quien ha mejorado es usted —me contestó, y viendo que no entendía ni media palabra de lo que me decía, continuó—: antes le recibía en el lugar que tenemos destinado a las personas con menor cualificación laboral y social, a nivel de director general. Ahora estamos en el salón que dedicamos a las personas más cualificadas, como usted.

—A los vigilantes nocturnos —dije yo, con sorna.

—Sí, a los vigilantes, a los basureros, a los lavacoches, a las mujeres de la limpieza.

También me llamó la atención que mi trabajo me lo buscara sin auxilio de máquina alguna, sino sacando de un estante acristalado un fichero, como pocos había podido antes ver en Nonas.

—Hay que tener detalles con nuestros buenos clientes, usar objetos antiguos de buen tono —me dijo sonriente, señalándome el fichero, mientras pasaba las cartulinas

buscando para mí un buen empleo.

De común acuerdo, elegimos un puesto privilegiado: vigilante de obras.

—Así tiene usted el aliciente de que no es un empleo seguro; ya sabe usted lo sencillo que es encontrar un empleo fijo, para toda la vida. Un empleo eventual, que le dé al trabajo cierto carácter de aventura, de riesgo, de libertad, es lo más difícil. Con este que le propongo estará magníficamente. Cuando terminen la obra que haya estado vigilando, le despedirán, y le pagarán una fuerte indemnización, porque a los fijos no, pero a los eventuales les dan indemnización cuando los despiden. Y solamente tendrá que esperar que le llamen para otra. Así podrá conocer más personas, podrá estar en más sectores de la ciudad. Créame que será un privilegiado: hay personas que se llevan trabajando treinta o cuarenta años en el mismo sitio, al lado de los mismos compañeros, yendo allí cada día por las mismas calles. Esto llega a crear graves problemas psíquicos. Pero usted no los tendrá...

Tan amable fue conmigo la Consultora de Empleos, que la invité a casa a tomar unas copas.

Al llegar a la obra el primer día me esperaba el director general. Noté que bajo los andamiajes habían estacionado un remolque móvil.

—Pase, por favor —me dijo, señalándome aquel remolque—, que voy a enseñarle su despacho.

El remolque tenía, a pesar del espacio tan reducido, todas las máquinas del bienestar que podía encontrar en Nonas. Alfombrado, tenía hasta detalles de buen gusto en la decoración, como una pequeña vitrina con un órgano eléctrico y otros antiguos instrumentos musicales.

—¿Le encuentra alguna falta, señor? —me preguntó el director general.

—No, nada; perfecto.

—Ahora, señor, si me permite, voy a hacerle entrega en nombre de la empresa de su símbolo de distinción.

Y abriendo una caja fuerte que había en el remolque, oculta tras un cuadro, sacó una pistola, y un estuche de piel, que me entregó, diciéndome:

—Ya me han informado que es la vez primera que el señor desempeña este puesto, por lo que le felicito cordialmente. Tengo mucho gusto en hacerle entrega de los símbolos de su poder: la pistola detonadora que usaban los antiguos vigilantes nocturnos antes de la revolución tecnológica y el reloj de sereno que llevaban colgado al cuello y en el que tenían que hacer una perforación cada hora, para demostrar a sus amos que estaban despiertos toda la noche. En cierto modo —me dijo entre halagadoras sonrisas— fueron unos precursores de nuestros actuales perforistas.

Preguntándome si mandaba alguna otra cosa o si algo me hacía falta, el director general se marchó y me dejó solo en la obra. Saliendo del remolque, del que cogí un bastón que estaba también colocado dentro de una vitrina, como el órgano eléctrico, comencé mi trabajo. Hacía una agradable noche de verano. Así que me di una vuelta por todo el contorno de la tapia que cerraba la obra, dando golpes en el suelo con el bastón, como había hecho la Xenófoba cuando yo fornicaba con la Bella Muchacha. En el silencio que me acompañaba, oía cómo los bastonazos resonaban por las nocturnas esquinas desiertas.

Después, conforme pasaba el tiempo, cada vez le fui encontrando mayores alicientes a mi trabajo. Aprendí a contar las horas sin reloj («ahora deben ser las dos»; «ya serán las cuatro») por los pequeños acontecimientos de la noche: cuando pasaban los camiones de la basura, cuando empezaba a refrescar, cuando en el cielo se adivinaban las primeras claras.

Pude permitirme ciertos lujos, como buscarme a un contrabandista que cada noche, en cuanto se iba el director general, llegaba con mucho misterio y sacaba de una furgoneta un perro que le alquilaba por horas, a un alto precio. Yo recordaba de mis años en la ciudad —ya tan lejana— que todos los vigilantes nocturnos tenían un perro, aparte de una pistola detonadora y un reloj colgado al cuello dentro de una funda de piel, y quise permitirme los lujos a que me facultaba mi título.

Como llegué a aquel trabajo cuando la obra estaba recién comenzada, en los

cimientos todavía, me esperaron muchas otras venturas. Cuando se fue acercando el invierno, el mismo contrabandista del perro se ofreció una noche para proporcionarme leña, para poder encender una candelada:

—¡Qué buenos tiempos aquellos en que se calentaba uno así! ¿Eh? —me dijo la primera noche que la encendí, tratando de congraciarse conmigo para que le dejara desentumecerse las manos sobre los rescoldos.

Pero me tomé mucho sigilo en estas cosas, lo que no me fue difícil, dado el dinero que ganaba y la posición social que ocupaba. Todo me estaba permitido. Cuando por las noches llegaban los guardias —que aunque también tenían una alta consideración social ganaban menos que yo—, siempre les alargaba unos miles de pesos para que nada dijeran de la candelada. Porque hacer desaparecer las cenizas era completamente fácil. De ello se encargaba el director general cuando por las mañanas, mucho antes de que en sus helicópteros llegaran los obreros, acudía para cubrir el trámite de comprobar si había marcado todas las horas de la noche en mi reloj. A cambio de unos cientos de pesos, cogía las cenizas y los restos de leña, los metía en una bolsa y los escondía, para llevárselos después a enterrarlos muy lejos de allí.

Descubrí en aquellos días cómo con dinero y en la cima del poder perdían importancia hechos a los que yo antes les había dado mucha. Ya no me sorprendía que el coñac saliera de las tuberías instaladas en el remolque. Así que me agencié en un anticuario una vieja botella de vidrio, que llené de coñac y que llevaba en el bolsillo del abrigo. Y en las noches de invierno, mientras me calentaba en la candelada, me tomaba mis grandes tragos de coñac bebiendo a morro de la botella. Y después acariciaba mi perro, y me daba con él una vuelta por la obra o por la acera de la calle, haciendo sonar mucho el bastón sobre las losas del pavimento.

Era uno de los pocos felices de Nonas.

LIBRO SEGUNDO

CONFESIÓN GENERAL

El trato con liberales sin causa alguna que lo justifique está prohibido por ley natural.

FR. ANGEL DE ABÁRZUZA, O. M. C.^[3]

He tenido suerte en la vida. Con el dinero que fui ahorrando en mi puesto de vigilante nocturno, no me fue difícil ir comprando muchas cosas. Por supuesto que, entre ellas, todas las máquinas del bienestar que iban apareciendo en el mercado de Nonas. Pero cuando ya las tenía compradas todas, pensé que como cada vez me sobraba más y no sabía qué hacer con el dinero, pudriéndose como debía estar en las cajas subterráneas del Banco Nacional, cajas privadas que ya tenía en número superior a las doscientas, dado lo pequeñas que eran, pensé que lo más racional sería comprar no sólo las máquinas, sino también las fábricas donde las hacían.

Poco a poco, ayudado siempre por la Consultora de Empleos, a la que quité de trabajar comprándole un título de ama de casa de los más costosos de cuantos expedía el Centro Superior de Estudios Humanos, e invitándole a que se viniera a vivir conmigo, lo que hizo, ya que estaba francamente enamorada de mí, fui comprando todas las fábricas del país. Cuando ya había comprado todas las fábricas, quise que fueran más las tiendas que vendían las máquinas. Compré también todos los resortes psicológicos con los que se conseguía que la gente comprara las máquinas que uno quisiera. Cuando tenía todo esto en mis manos, comprobé que cada vez me sobraba más dinero. Así que, siempre aconsejado por la Consultora de Empleos, decidí comprar el Banco Nacional de Nonas. Una vez comprado el banco, no me fue difícil hacerme con las carreteras, con el espacio aéreo, con el oxígeno. Y teniendo en mis manos estas cosas, lo más natural era que comprase también el Gobierno, que fue lo más fácil. Para evitar que mi felicidad pudiera venirse abajo, tuve la precaución de comprar también a la oposición. Estuve tentado de comprar la Corte de Justicia, pero la Consultora de Empleos me hizo pensar que sería inútil, ya que podría ser la causa de mi ruina, pues me condenarían a cadena perpetua solamente por haberlo intentado y, por otra parte, siendo yo el dueño absoluto de Nonas, era matemáticamente imposible que me procesaran.

Lejos de detener el avance tecnológico, lo aceleré. Era para mí lo más rentable. Cuantas más máquinas de bienestar se compraran, más ganaba yo, y más cosas podría adquirir a mi vez.

Cuando ya en Nonas poco más podía comprar, corregí las diferencias sociales, de modo que todo el mundo ganara los tres millones de pesos anuales, lo mismo los barrenderos que los directores gerentes. Entonces, tanto los directores gerentes como

los barrenderos trataron de hacerse con objetos que connotasen una superior categoría social. En este momento me supuso grandes ganancias el montaje de una cadena de fábricas de objetos de arte y falsas antigüedades, productos que invadieron el país. Y como adrede ordené que se programara la mayor producción posible, todas las casas se llenaron de los mismos distinguidos objetos. De esta forma, todos han comenzado a ser realmente iguales.

Los pájaros no los hemos vuelto a ver. Y como ya no sabía qué hacer para ganar más dinero y no podía volver a los tiempos en que volaban los pájaros y corrían los arroyos por la tierra, y si nadie compraba nuestras máquinas todo el bienestar se vendría abajo, decidí un día, siempre aconsejado por la Consultora de Empleos — que ha sido mi mejor ordenador, con la ventaja de que se acuesta por las noches conmigo—, comprar Calenda. No me fue difícil, porque los Luchadores estaban minando el poder del Hombre de las Ceremonias, después de un pacto que habían hecho con los Nobles, quienes les proporcionaron todo el dinero que necesitaban para comprar palillos de dientes y para alquilar locales donde instalar centros de lucha. Compré Calenda, y después de comprarla hice desaparecer misteriosamente al Hombre de las Ceremonias y a Juan el Poeta, que tengo ahora internados en una isla que fue un tiempo campo de pruebas nucleares, alejados del mundo. Una vez desaparecidos ellos de la escena, no me fue difícil que ocuparan el poder, en coalición, los Luchadores y los Nobles. Para evitar mayores luchas, llené Calenda de máquinas del bienestar, vendidas al principio a bajos precios, ya que coloqué allí toda la producción que no podía absorber el ya saturado mercado de Nonas. Aunque algo más atrasados que nosotros, en Calenda están ya a estas horas iniciando su propio desarrollo tecnológico, para lo que contratan a los investigadores en paro de Nonas, y nadie piensa allí en utopías tales como libertad, felicidad y otros males del siglo. Tengo noticias de que todos los antiguos Luchadores han dejado de acudir a los centros para hacer monumentos con palillos de dientes. Ahora ocupan ese tiempo en hacer horas extraordinarias de trabajo en las fábricas, lo que les permite comprar más y más nuevas máquinas de bienestar. De otro lado, los Nobles también se han puesto a trabajar, y participan en el montaje de las fábricas y en el establecimiento de cadenas de distribución, cuando han conocido las excelencias del bienestar y han comprendido que en su antigua grandeza apenas disfrutaban de cuanto hoy en Nonas, por poner un ejemplo cercano, se le ofrece a cualquier director gerente.

Pero hasta ahí solamente llega mi dicha. Ahora que puedo conseguir lo que me proponga, me hubiera gustado saber dónde llegó la sangre en la ciudad, aquello que no pude lograr cuando no era nadie y vagaba por allí las tardes en que cantaban los pájaros, rascando con una de las pocas monedas que tenía los caliches de las paredes, y preguntándoselo a los ancianos.

Hace unos días mandé a aquella ciudad de mis miserias a un equipo de investigadores para que me aclararan mi duda. Y han vuelto con muy malas noticias. Nada han podido decirme. En el lugar que les indiqué sobre los mapas como

antiguamente ocupado por la ciudad solamente han encontrado un lago de sangre. Tendré que esperar a que pasen muchos años antes de que la sangre baje y pueda de nuevo pasar una y otra vez por aquellas calles, pararme a mirar los muros, sacarme una moneda del bolsillo y rascar con ella en la cal, o preguntarle a las mujeres, que estarán allí, sentadas en sus sillitas bajas a la puerta de las casas, vestidas de negro, mientras en el mundo sigan cantando los pájaros.



ANTONIO BURGOS (Sevilla, 1943). En la capital andaluza cursó la carrera de Filosofía y Letras, licenciándose posteriormente en Madrid en Filología Románica. Al propio tiempo obtuvo el título de Periodismo en la Escuela Oficial, y desde entonces ejerce esta profesión como redactor de la edición sevillana de *ABC*, y colaborador de importantes semanarios nacionales como *Triunfo*, *La Codorniz*, *Hermano Lobo* y *Cuadernos para el Diálogo*.

Ha escrito un libro de poemas, y un ensayo que lo lanzó al mundillo literario español, en medio de una gran polémica. Se trataba de *Andalucía, ¿tercer mundo?* Por primera vez se enfrentaba un escritor andaluz con el tópico que envuelve a su tierra y que hasta ahora había impedido su conocimiento. Antonio Burgos, de una manera sistemática, con frialdad pero con pasión, exponía a la vista de todos la verdadera cara de una Andalucía que la propaganda nos había escamoteado. Siguiendo en su posición de periodista testigo de la realidad, pero dejando su parte a la fantasía, había escrito antes *El contador de sombras* en la que una vez más se ocupaba de los aspectos desconocidos y dolorosos de Andalucía: el despoblamiento y la pobreza. También su segunda novela, *Toque de gloria, toque de agonía*, insistía en la obsesión de Antonio Burgos: Andalucía, pero esta vez vista desde arriba, desde sus prohombres, sus caciques, esa raza insólita que hunde sus raíces en la Edad Media y que, por ello, se agosta y degenera en los tiempos que corren.

La Universidad de Sevilla acaba de publicar un ensayo magistral sobre el *Folklore de las cofradías de Sevilla*, libro que ha levantado también abundante polvareda de críticas positivas y negativas, y aún otro que a no dudar conseguirá la misma

reconfortante y vivificadora división de opiniones, *La feria de abril en Sevilla*. Su última novela es *El contrabandista de pájaros*, premio de novela Ciudad de Marbella 1972, que al parecer cierra una trilogía iniciada en *El contador de sombras* y continuada en *Toque de gloria, toque de agonía*, pero elevando el ambiente localista de las dos primeras a un plano universal, en el que se debaten el hombre y las distintas formas de entender la organización social: la socialización absoluta y el individualismo absoluto. El hombre, huésped ilustre en Calenda, y contrabandista de pájaros en Nonas, queda en ambos casos marginado, abandonado a sí mismo, olvidado, alienado, víctima. El humor, la poesía que la novela destila no acaba de endulzar la amargura de la conclusión a que el autor ha llegado tras su andadura fantástica por el mundo de Calenda y por el mundo de Nonas. ¿Nuestro mundo?

Notas

[1] En el original hay una nota a pie de página que dice textualmente: «Algunos autores de naciones enemigas y malas creencias dan en llamar “La primavera de sangre” y “La sequía de la muerte” a nuestra Gloriosa Primavera. Por otra parte, el Sistema ahora imperante en Calenda ha borrado cualquier referencia a aquellos gloriosos hechos en las historias autorizadas y oficiales, que son las únicas que allí circulan libremente». <<

[2] En este punto, como no entendía la palabra, el ordenador me suministró la siguiente información complementaria: «En los primeros años de la expansión tecnológica se creía todavía en el reciclaje, operación industrial consistente en sucesivas transformaciones y manipulaciones de las mismas materias primas, una vez utilizadas ya para su fin principal. Tenía como objeto la eliminación con fines útiles de residuos indestructibles que pudieran dañar a la Naturaleza. Tal preocupación surgió en el mundo hacia 1970, ante la proliferación de restos de materias plásticas que no podían ser destruidos. Por ejemplo, el reciclaje consistía en utilizar para fabricar nuevas piezas de automóviles con motor de explosión la chatarra de los destruidos por el uso o por accidentes de circulación. Tal teoría industrial está actualmente superada, a la vista de que su aplicación no pudo evitar la ruptura del equilibrio biológico y, en cambio, frenó considerablemente durante algunos años la irrupción de la actual tecnología del bienestar». <<

[3] En «El mal del siglo, o sea, el Liberalismo». Tudela, La Ribera de Navarra, 1914.

<<